
HARLEQUIN
Jazmín
Raye Morgan
Recuerdos perdidos

RAYE MORGAN

Recuerdos Perdidos

5º de la Serie El Trono de Ambria

Recuerdos Perdidos (2012)
Título original: Pregnant with the Prince's child (2012)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2472
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Mykal Marten y Janis Davos

ARGUMENTO:

Un matrimonio prohibido…

Janis y **Mykal** se casaron secreta e impulsivamente y fueron felices hasta que la cruda realidad se impuso. Procedentes de dos familias enfrentadas, ¿cómo iba a sobrevivir su amor?

Una vez separados, Mykal descubrió que era un príncipe descendiente de la familia real de Ambria. Janis anhelaba decirle que estaba embarazada de él. En el cuento, Cenicienta conseguía a su príncipe pero, en el mundo real, ¿cómo iba a convertirse en princesa una chica procedente de la familia que dirigía la mafia de su país?

SOBRE LA AUTORA:



Helen Conrad, cuyo pseudónimo es **Raye Morgan**, nació en Pasadena, Califronia. Ha vivido en Holanda, Guam, California, y durante algunos años en Washington D.C. Ahora vive cerca de Los Angeles con su marido y dos de sus cuatro hijos. "Tener a los hijos cerca ayuda a mantenerte joven", dice con una sonrisa. "Pero escribir te ayuda a estar en contacto con el romance que se trama en nuestras vidas cotidianas." Otros pseudónimos que utiliza son Helen Conrad y Jena Hunt.

CAPÍTULO 01

—Mira.

Mykal Marten alargó sus manos cerradas y las abrió lentamente. En su palma se hallaba la mariposa más maravillosa que Janis Davos había visto en su vida. Sus alas color rosa y plata parecían latir bajo la luz del sol.

—¡Ten cuidado! —exclamó Janis sin pensarlo—. No le hagas daño.

Mykal la miró con expresión de extrañeza, como preguntándose por qué habría sido aquel su primer pensamiento.

—Nunca le haría daño —dijo, emocionado—. Solo quería que la vieras. Es tan bella, tan preciosa… Me recuerda a ti —añadió en un tono de voz apenas audible.

—Oh, Mykal —susurró Janis, sintiendo en los ojos el escozor de las lágrimas. Miró a Mykal con la esperanza de captar en su expresión si había sido sincero al decir aquello. ¿De verdad pensaba aquello de ella? Había habido tantas mentiras en su vida que casi temía creerlo. A pesar de ello, rio de felicidad.

Su risa debió de asustar a la mariposa, que salió volando y no tardó en convertirse en un pequeño punto contra el azul del cielo. Cuando desapareció, Janis se apoyó contra Mykal y suspiró.

—Esa mariposa era mi corazón, Mykal. Tú lo has liberado —lo miró a los ojos, esperando que sintiera lo mismo que ella, temerosa de que no fuera así—. No sabía que la vida podía ser así.

Mykal la estrechó con fuerza y sonrió.

—Yo tampoco —dijo con suavidad—. No he sabido lo que era el amor hasta que te he conocido —la besó en los labios lenta y seductoramente—. Prométeme que nunca dejaremos que se nos escape entre los dedos, como suele sucederle a la mayoría de la gente —murmuró—. Prométeme que siempre recordaremos este día y cómo nos sentimos.

—Lo prometo. Y prometo que las cosas solo mejorarán a partir de ahora.

«Solo mejorarán. Solo mejorarán».

Por mucho que se esforzaba en conseguirlo, Janis no lograba que aquellas palabras dejaran de resonar burlonamente en su cabeza. Aquello fue entonces. Esto era ahora. ¿Cómo se celebraba la muerte de una relación romántica?

No se celebraba. Uno solo trataba de sobrevivir a ella.

Y allí estaba en aquellos momentos, frente a la casa de la familia de Mykal, dispuesta a dar por concluido oficialmente todo lo que significaron el uno para el otro solo unos meses atrás.

Cambió de mano la cartera que sostenía y rodeó con la mano uno de los hierros de la verja que había sobre el muro que mantenía apartados a todos aquellos que no pertenecían al interior.

Eso la incluía a ella, por supuesto. Especialmente a ella.

Podía culpar de ello a la guerra. Todo el mundo lo hacía. Ella misma utilizó aquella excusa cuando se casó con Mykal, al que solo conocía hacía dos meses. Su matrimonio fue apasionado, intenso, y solo duró unas semanas antes de que se separaran. En total, apenas habían pasado seis meses desde su primer encuentro, aunque parecía haber pasado toda una vida. También culpa de la guerra. Toda una generación de jóvenes de Ambria habían cedido a impulsos en los que ni siquiera habrían pensado antes de que los tambores de guerra impusieran un ritmo a sus vidas.



Mykal y ella se presentaron voluntarios para el servicio de inteligencia del ejército, recibieron una dura instrucción, y, cuando se conocieron al final de la guerra, parecieron encajar tan bien que a Janis le costaba creer que el hombre con el que se había casado pudiera haber crecido en aquella impresionante mansión. No había duda de que quien vivía allí tenía que ser muy rico.

Mykal y ella hablaron poco sobre su pasado. Janis no se dio cuenta de que, al igual que ella, Mykal estaba ocultando el suyo, pero estaba bastante segura de que no tenía una familia en los círculos del crimen organizado, como ella, algo de lo que no hablaba con nadie excepto con su hermano Rolo.

Y allí estaba, frente a la casa en la que le habían dicho que vivía Mykal, tratando de armarse de valor para llamar a la puerta y pedir que le permitieran verlo. Estaba muy asustada… sobre todo de su propio y traidor corazón. ¿Permitiría que Mykal volviera a pisotear sus emociones? ¿Sería capaz de mantener la calma cuando volviera a ver sus hipnóticos ojos?

Debía hacerlo. Ya no podía pensar solo en sí misma. No podía dejarse llevar por su corazón. Dos meses en un campo de prisioneros le habían hecho comprender que debía dejar de soñar para empezar a enfrentarse a la realidad. Eso tendía a suceder cuando el hombre al que considerabas el amor de tu vida te delataba a la policía secreta.

Miró el timbre de la puerta. ¿Qué iba a decirle al mayordomo? Tenía que conseguir ver a Mykal una última vez.

Mykal… Aún se quedaba sin aliento cada vez que pensaba en él, pero debía controlarse. Él ya no la amaba. Eso estaba muy claro. Pero necesitaba su firma en un par de documentos oficiales. Después podrían cortar los lazos que aún había entre ellos y alejarse el uno del otro sin mirar atrás.

Las manos le temblaban. ¿Podría controlarse el tiempo suficiente para hacer lo que debía? Tenía que hacerlo.

La calle estaba vacía y aún quedaban restos de nieve en algunos rincones. Había hecho un largo viaje hasta allí y se había esforzado para llegar antes de que oscureciera.

—¿Y ahora qué? —murmuró para sí—. ¿Llamo al timbre? ¿Y si me dicen que nada de visitantes? ¿Monto una escena?

De pronto escuchó el sonido de una sirena y al volverse vio que se trataba de una ambulancia. De algún modo, supo que se dirigía hacia la mansión. Un instante después, las verjas empezaron a abrirse.

Se ocultó tras un arbusto. No sabía si la ambulancia iba a por alguien o traía a alguien, pero sabía que aquella podía ser su única oportunidad de entrar en la propiedad. Haciendo todo lo posible por no llamar la atención, cruzó la verja tras la ambulancia. Aún llevaba el mono que le habían hecho ponerse en el campo de prisioneros, y se alegró de ello. Cualquiera que la viera asumiría que pertenecía al equipo de la ambulancia. Así tendría la oportunidad de encontrar a Mykal antes de que la echaran.

La ambulancia se detuvo y dio marcha atrás hacia las amplias escaleras de entrada. Alguien del servicio abrió la puerta y bajó hacia la ambulancia. Janis giró en dirección opuesta y subió las escaleras mientras la puerta de la ambulancia se abría y un enfermero saltaba al suelo gritando órdenes.

Estaba a punto de entrar cuando una voz le hizo detenerse.

—¡Eh!

Al volverse vio que un médico la miraba desde la ambulancia.

—¿Puede asegurarse de que todo está listo en el interior, por favor?

—Oh —Janis estuvo a punto de reír de alivio—. Por supuesto. No hay problema.

—Gracias.

Aquello respondió a la duda de Janis. Traían a alguien, no iban a recoger a nadie.

Cuando entró en la casa echó un rápido vistazo al elegante vestíbulo y a las amplias escaleras que llevaban a la segunda planta. Tenía que encontrar a Mykal en aquella enorme casa, algo que no le iba a resultar fácil.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarla?

Janis giró sobre sí misma y se encontró frente a un hombre de impresionante aspecto vestido de etiqueta.

—He venido con la ambulancia —dijo rápidamente, esforzándose por no mentir. Al volver la mirada hacia la ambulancia, cuyas puertas traseras ya estaban abiertas, vio que estaban poniendo a alguien en una camilla. Se trataba de un hombre cuyo aspecto le resultó familiar.

Su corazón dejó de latir un instante.

¡El hombre de la camilla era Mykal!

Su mente se oscureció un momento. Mykal estaba herido. Todo el amor y los sentimientos contenidos durante aquellos días afloraron a la superficie. La rabia, el dolor, el sentimiento de traición, se esfumaron al instante.

Mykal estaba herido, y todo su ser la impelía a acudir a su lado…

Pero no podía hacerlo. Al ver que Mykal asentía en respuesta a algo que le dijo un enfermero, sintió un intenso alivio. Al menos no estaba inconsciente.

Pero ¿qué le sucedía? ¿Estaba herido? ¿Enfermo? En aquel momento supo lo que debía hacer. Para la gente de la casa debía aparentar formar parte del equipo de la ambulancia, y para la gente de la ambulancia debía aparentar pertenecer a la casa. Hasta que no tuviera la oportunidad de ver a Mykal a solas, no podía permitir que nadie supiera quién era ni por qué estaba allí. Podía haber órdenes específicas para mantenerla alejada de la casa.

Como ya sabía gracias a su entrenamiento, la mitad de la batalla estaba ganada si actuabas como si conocieras el lugar y supieras exactamente lo que estabas haciendo.

Se volvió de nuevo hacia el mayordomo y sonrió.

—Le agradecería que me indicara la habitación en que van a instalarlo para asegurarme de que todo esté en orden.

El hombre dudó un momento y Janis creyó detectar un destello de suspicacia en su mirada. Pero no dijo nada. En lugar de ello, hizo una ligera inclinación de cabeza y luego la condujo hacia una habitación que se hallaba al fondo de la primera planta.

—En lugar de utilizar su habitación, hemos decidido preparar una en la planta baja. Así podremos evitar las escaleras de momento.

Janis asintió mientras se preguntaba qué le habría pasado a Mykal. ¿Estaba en una silla de ruedas? ¿Estaba paralizado?



—Está bien —dijo, fijándose en que la habitación tenía un baño—. Creo que aquí estará muy cómodo —al escuchar la voz de uno de los enfermeros procedente del vestíbulo, añadió—: No hace falta que se quede conmigo. Creo que debe salir para indicar el camino al equipo médico.

—Por supuesto —contestó el mayordomo, que salió de inmediato de la habitación.

Janis suspiró y se dejó caer en el borde de la cama como un fardo. Apoyó el rostro en las manos. Aquello estaba resultando más complicado que cualquiera de las misiones secretas en que había participado. Debería estar riéndose; de sí misma por estar haciendo aquello, y de cualquiera que se la tomara en serio.

Mykal estaba herido, o enfermo, pero no podía pensar en eso. Lo único que necesitaba era un rato para hablar con él antes de que alguien la echara. Y sabía muy bien que aquel «alguien» podía ser el propio Mykal.

Cerró los ojos un momento y trató de centrarse. Todo había parecido muy sencillo. Su enfado con Mykal había ido creciendo con el tiempo y planeaba mirarlo directamente al rostro y contarle cuatro cosas. Pero no contaba con encontrarlo herido…

Mykal no resultaba herido. Había compartido suficientes aventuras con él como para saberlo. Era como un niño de oro, único e intocable. Cuando estaba en una misión secreta había magia: las cajas de seguridad se abrían para mostrar sus secretos, las mujeres se desvanecían y revelaban sus secretos más ocultos, las puertas se abrían ante su sonrisa… pero nunca lo atrapaban ni lo herían. A otros sí, pero no a Mykal. Aquellas eran las reglas y le había conmocionado averiguar que alguien las había roto.

Oyó que los enfermeros avanzaban por el pasillo y se apartó cuando entraron con la camilla en la habitación, esforzándose por mantenerse alejada de la línea de visión de Mykal. Afortunadamente, el mayordomo no entró con ellos, de manera que solo tuvo que interpretar uno de sus papeles. Los enfermeros estaban centrados en su trabajo y no parecían extrañados de haberla visto allí.

No se permitió mirar de verdad a Mykal. Temía lo que pudiera ver, y la reacción emocional que pudiera experimentar. Debía ahorrarse aquello para después… si había un después.

Y entonces, él le habló.

—¿Podría traerme un poco de agua?

Su voz sonó áspera, tensa. Era evidente que sufría algún dolor. Miró un momento sus ojos, justo antes de que los cerrara.

—Claro —dijo, mientras su corazón latía con tal fuerza que estaba segura de que todo el mundo podía escucharlo—. Enseguida.

No la había reconocido. Janis fue incapaz de apartar la mirada de aquel rostro que tanto había amado. A pesar de los estragos que habían hecho en él las heridas, seguía tan atractivo como siempre.

Respiró profundamente, dejó su cartera en un rincón y salió de la habitación antes de que Mykal volviera a abrir los ojos. Había estado bien poder salir para un recado. Necesitaba reforzar la impresión de que pertenecía a la casa. Se encaminó hacia donde supuso que estaba la cocina. Al entrar vio al mayordomo bebiendo algo de una botella de aspecto sospechoso. Al verla, la dejó rápidamente a un lado y carraspeó.

Janis sonrió. La buena suerte le hizo sentirse más segura.

—Lo estamos instalando en la habitación —dijo con profesional cortesía—. Necesitamos una bandeja con una jarra de agua y un vaso.

—Por supuesto, señorita —dijo el mayordomo, que se ocupó de inmediato de preparar la bandeja—. Me llamo, Griswold. Estoy de servicio hasta las nueve. Después solo estará el vigilante nocturno; puede marcar el número nueve en el teléfono para ponerse en contacto con él —le alcanzó la bandeja—. Tenga. ¿O quiere que…?

—No, yo misma me ocupo de llevarla. Muchas gracias —Janis se volvió para irse, pero el mayordomo la interrumpió.

—¿Qué clase de comida debe preparar el cocinero?

Janis se quedó momentáneamente desconcertada, pero enseguida reaccionó.

—Supongo que la típica dieta blanda. Yo empezaría preparando la típica sopa de pollo —contestó, pensando que con el pollo nunca se fallaba.

—Ah, sí. Gracias, señorita.

—De nada —Janis asintió y salió.

Cuando se hubo alejado lo suficiente, se apoyó contra la pared, cerró los ojos y tomó aliento. ¿Qué diablos estaba haciendo? Aquello había empezado como un simple plan para acercarse a Mykal, pero las cosas se estaban complicando. Había pasado las últimas semanas en prisión repasando una y otra vez lo que iba a decirle. Así había logrado mantener la cordura. Pero, en aquellos momentos, las palabras se estaban desvaneciendo. Las cosas no estaban saliendo como había pensado. Mientras estaba en prisión había experimentado toda clase de emociones, desde el pesar a la rabia y, finalmente, una dolorosa amargura al comprender que Mykal no iba a rescatarla. Nadie iba a hacerlo. Había sido una suerte que el ejército hubiera liberado el campo unos días antes, o aún seguiría allí.

Y Mykal… ¿habría estado allí todo el tiempo, viviendo a lo grande mientras ella soportaba los horrores del campo de prisioneros? Reprimió la rabia que comenzó a bullir en su interior. La rabia nublaba la mente, y necesitaba tenerla despejada.

Si Mykal estaba dormitando, podría quedarse hasta que se fuera la ambulancia. Estaba ansiosa por saber qué le había pasado. ¿Estaría enfermo? ¿O herido? Pero si estaba despierto y la veía, probablemente haría que la echaran, como sucedió la última vez que estuvieron juntos.

Respiró profundamente para calmarse. En unos momentos iba a estar a solas con Mykal. Para eso había acudido allí… aunque precisamente eso era lo que más la asustaba.

CAPÍTULO 02

Janis permaneció un momento junto a la puerta del dormitorio, tratando de escuchar. Los enfermeros parecían haber terminado de instalar a Mykal, y no tardarían en salir.

Cuando la puerta se abrió, el primero en salir fue un enfermero pelirrojo.

—Oh, bien. Ha traído agua.

—Ya lo hemos instalado —dijo el otro, dando por sentado que ella estaba a cargo—. ¿Está al tanto del estado del enfermo?

Janis negó con la cabeza.

—No. Esperaba que ustedes me pusieran al día.

—Supongo que sabrá que hace unas semanas tuvo un accidente de moto.

Janis sintió que una repentina emoción atenazaba su garganta. Pero no podía permitirse dejar ver el horror que le produjo imaginar lo sucedido.

—Acabó con varios huesos rotos, algunos órganos internos dañados, incluyendo lesiones cerebrales, y esquirlas en la espalda. Le quitaron la mayoría, pero algunas se hallan muy próximas a la columna vertebral. Aún no han decidido si pueden arriesgarse a quitárselas.

—Oh —Janis tuvo que apoyar una mano en el marco de la puerta para mantenerse erguida, pero el enfermero no pareció notarlo.

—Lo tenemos bien sujeto. No le gustará cuando despierte, pero debe evitar que se mueva.

—¿Puede… caminar? —Janis tuvo que carraspear antes de añadir—: ¿Sufre algún tipo de parálisis?

—De momento no, pero hay que lograr que se esté quieto. Nada de actividad física o agitación de cualquier tipo —el enfermero se encogió de hombros—. Estoy seguro de que ya sabe lo que hay que hacer.

—No… no tengo experiencia con lesiones de columna —balbuceó Janis, asustada. El enfermero parecía pensar que estaba cualificada para hacer aquello, pero no tenía idea de qué hacer—. Tal vez debería llamar a alguien que…

El enfermero negó con la cabeza.

—No es necesario. Mi consejo es que procure que esté tumbado el mayor tiempo posible. Por eso le hemos dado algo para dormir. He dejado las medicinas que le han prescrito en el estante del baño. El médico pasará a verlo mañana sobre las diez.

—Sobre las diez —repitió Janis automáticamente.

—También he dejado una lista de los números a los que puede llamar si sucede algo, pero supongo que no habrá ningún problema —el enfermero sonrió mientras la miraba, como si de pronto se hubiera dado cuenta de lo bonita que era. Se encogió de hombros—. Puede que no sea fácil manejarlo. Tiene bastante mal genio, pero supongo que es lógico después de lo que le ha pasado.

Janis parpadeó. La imagen que estaba transmitiendo el enfermero de Mykal no parecía tener mucho que ver con el hombre con quien ella había estado casada. Entonces recordó cómo se había



comportado el último día, cuando descubrió lo que había hecho. Su genio afloró a la superficie, frío y cortante…

—Por supuesto —dijo, débilmente.

—Supongo que eso es todo.

Janis asintió, insegura de lo que estaba haciendo. Probablemente, el mayordomo debería haberse enterado de todo aquello. Los enfermeros estaban a punto de irse y no tenía ninguna excusa para retenerlos.

—Gracias por su ayuda —dijo, sin aliento—. ¿Necesitan que les muestre el camino de salida?

—No hace falta que se moleste, señorita. Conocemos el camino. Nosotros mismos acudiremos para llevarlo al castillo cuando llegue el momento.

—Oh. Por supuesto —Janis esbozó una sonrisa—. Adiós —añadió mientras, completamente perpleja, observaba cómo se alejaban los enfermeros.

Al parecer, Mykal había estado muy cerca de la muerte. A pesar de todo lo sucedido, apenas podía soportar pensar en ello.

¿Y el castillo? ¿Por qué iban a trasladarlo al castillo?

Pero eso daba igual. Tenía que salir de allí. Había llegado el momento de enfrentarse a los hechos: se había estado engañando a sí misma diciéndose que lo único que pretendía era dejar zanjado todo aquello. En el fondo, esperaba un enfrentamiento en condiciones con Mykal. Quería hacerle saber que la había juzgado mal y cuánto daño le había hecho, quería que admitiera que se había equivocado al traicionarla, quería ver cómo se tambaleaba su legendaria seguridad en sí mismo…

Pero todo eso era imposible ahora. No podía enfrentarse a él en aquel estado. Tenía que irse. No había otra opción. Debía volver a la cocina para poner al tanto al mayordomo de todo lo que le habían dicho los enfermeros.

Contempló con aprensión la puerta del dormitorio. Lo más probable era que Mykal siguiera durmiendo. Si entraba a darle el agua, al menos tendría la oportunidad de verlo antes de irse. Abrió la puerta con delicadeza y, tras respirar profundamente para tratar de calmar los latidos de su corazón, pasó al interior.

Mykal tenía los ojos cerrados y parecía profundamente dormido. Janis aprovechó la circunstancias para mirarlo atentamente. Aunque estaba muy pálido y tenía unas ojeras tremendas, estaba tan atractivo como siempre. A pesar de todo lo sucedido, su corazón seguía añorándolos, y no sabía cómo impedirlo. Pero no le iba a quedar más remedio que dejar sus sentimientos a un lado para seguir adelante. Ya había tenido que tomar decisiones muy duras a lo largo de su vida, decisiones con consecuencias muy desagradables. Sabía que en aquella ocasión tenía que ser especialmente dura, y sabía que podía hacerlo.

Pero se estaba entreteniendo demasiado, y tenía que irse de allí cuanto antes. Volver a estar tan cerca de Mykal resultaba duro. Todos sus viejos sentimientos seguían allí, esperando a ser liberados, pero sabía que eso no podía suceder. Mykal no confió en ella cuando necesitó su apoyo. No hizo nada por salvarla de la policía secreta de Granvilli. Cualquiera con sus medios habría utilizado su influencia para que al menos le facilitaran las cosas. Pero no había recibido ninguna ayuda, y aquello era algo que no podría perdonarle nunca.

Para poder pensar con más claridad, se volvió hacia la ventana del dormitorio y repasó mentalmente lo que quería conseguir. Necesitaba que Mykal firmara los papeles de divorcio que

había preparado, pero, sobre todo, tenía que conseguir que cediera sus derechos paternos sobre el hijo que llevaba dentro. Sabía que aquel podía ser un punto muy delicado y que tendría que luchar duro por lograrlo, pero tenía que hacerlo.

—¿Busca algo?

Janis se quedó repentinamente paralizada al escuchar aquella masculina voz a sus espaldas. No había duda de que era la voz de Mykal. Había perdido la oportunidad de evitar aquello. Se volvió lentamente, con el corazón en la garganta.

—Hola —saludó. Trató de que su voz sonara animada, pero lo único que logró emitir fue un tembloroso susurro—. ¿Cómo estás?

—He estado mejor —replicó él con una mueca.

Janis contuvo el aliento. Esperaba que de pronto estallara todo, que Mykal empezara a gritar y le ordenara que se fuera… pero no sucedió nada.

Cuanto más se prolongó el silencio, más le costó respirar. ¿Tendría Mykal dificultades para ver en la penumbra de la habitación? En cualquier momento la reconocería…

De pronto, Mykal la miró más atentamente y frunció el ceño.

—¿La ha contratado mi hermano?

Janis se quedó mirándolo, completamente perpleja. «Soy yo, Janis», habría querido decir, pero no fue capaz de pronunciar palabra. Tan solo logró seguir mirándolo. ¿Estaría jugando con ella? ¿Se trataría de alguna nueva y creativa tortura? Pero Mykal no era la clase de hombre que haría aquello. Además, ¿qué sentido habría tenido hacerlo?

—¿O la han enviado del castillo? —continuó Mykal a la vez que dejaba escapar un suspiro de cansancio—. Seguro que es eso —murmuró a la vez que cerraba los ojos.

¿Qué estaba pasando allí?

—Yo… no… —Janis no sabía qué hacer. Sabía que debía decirle quién era y recordarle su pasado juntos, pero no se atrevía.

—Supongo que han pensado que me vendría bien una enfermera de día —dijo Mykal, en tono más irritado que amistoso—. Si dejaran de darme esas medicinas, seguro que podría arreglármelas sin la ayuda de nadie.

Janis permaneció donde estaba, paralizada. Mykal no parecía reconocerla. Pero aquello era una locura. ¿Cómo iba a haberla olvidado? Estaban casados. Era posible que su matrimonio no pudiera clasificarse de tradicional, pero había sido intenso y maravilloso mientras duró. Decepcionar a Mykal había sido un gran error, y las cosas se pusieron feas cuando él se dio cuenta de lo que había hecho. Dejó de confiar en ella, algo que le rompió el corazón.

Parecía muy cansado y, cuando contempló la profundidad de sus ojos azules, comprendió que, además del daño físico, sus heridas le habían producido un profundo daño psíquico.

Pero aquel era el hombre al que había amado con todo su corazón, con toda su pasión. Aquel era el padre del hijo que llevaba dentro. ¿Cómo era posible que no la reconociera?

Deliberadamente, dio un paso hacia la cama para que la luz la iluminara directamente. Mykal pareció sorprendido.

—¿No sabes quién soy? —preguntó Janis, que no pudo evitar que la voz le temblara—. ¿No sabes por qué estoy aquí?

Mykal la miró como si estuviera tratando de ver a través de una espesa niebla.

—Lo siento. ¿Ya nos conocíamos?

Janis se quedó mirándolo, perpleja. ¿Estaría soñando todo aquello? Por su expresión, Mykal parecía totalmente sincero.

—Si es una enfermera del hospital, lo siento —Mykal trató de esbozar una sonrisa—. Sé que no he sido precisamente un paciente modelo —de pronto hizo un gesto de dolor—. Es probable que no me fijara en usted.

—En realidad no soy enfermera —dijo Janis rápidamente—. En realidad soy…

—¿Una escolta? —Mykal asintió lentamente, como si empezara a comprender—. Comprendo. Con esas interminables negociaciones, supongo que alguien habrá decidido que necesito protección extra. Sobre todo teniendo en cuenta el estado en que me encuentro.

—Protección —repitió Janis como una autómata. No sabía a qué negociaciones se refería Mykal, pero el despreocupado tono en que las había sacado a colación le hicieron pensar que era algo de conocimiento común… al menos para alguien que no se hubiera pasado varias semanas en un campo de prisioneros—. ¿Cuál es exactamente su estado? —preguntó.

Mykal hizo una mueca, aparentemente molesto por la pregunta.

—Tengo algunas esquirlas de metralla en la espalda. Me quitaron la mayoría, pero algunas estaban demasiado cerca de la columna. Me rompí una clavícula, pero ya casi está curada. También he sufrido una conmoción cerebral que al parecer no es tan grave como pensaban —su tono de voz adquirió un matiz de amargura—. Pero eso, o el coma inducido en el que me tuvieron, parece haber borrado de mi memoria los dos últimos años de mi vida. Espero recuperarlos en algún momento.

—¿No… recuerdas nada?

—Nada.

Janis se quedó mirándolo, muda. ¿Mykal tenía amnesia? Su amor, su matrimonio, lo que le había atrapado haciendo… ¿se había esfumado?

El expresión de Mykal se oscureció mientras contemplaba la reacción de Janis.

—Es usted un tanto extraña. No parece precisamente una enfermera vigilante…

Aún asombrada, Janis agitó la cabeza y parpadeó rápidamente para despejarse.

—¿Por qué no se va y me deja solo? —continuó Mykal con un gesto asqueado—. No necesito a nadie aquí. Estoy bien…

Se interrumpió para dejar escapar un gemido de dolor y cerró los ojos con fuerza a la vez que volvía la cabeza. Obviamente, la medicina que le habían dado aún no estaba haciéndole efecto.

¿Qué le había pasado?, se preguntó Janis, angustiada. ¿Qué le había hecho perder la memoria? ¿Y por qué no reaccionaba ante su presencia como ella reaccionaba aún a la de él? ¿Habría sido todo una farsa desde el principio?

Mykal empezó a recuperarse de nuevo. Fuera lo que fuese lo que lo estaba torturando, parecía estar debilitándose, y Janis decidió atribuir su mala actitud al dolor y dejarlo en eso.

—¿Cómo debo llamarte? —preguntó.

Mykal volvió el rostro, sorprendido.

—¿Aún sigue ahí? Ya le he dado la oportunidad de irse.

—No me asusto fácilmente —replicó Janis con una sonrisa—. ¿Cómo debo llamarte? —repitió.

—Mykal está bien —contestó él. No sonrió, pero ya no parecía enfadado—. Si cree que puede aguantarme, más vale que nos comportemos como si fuéramos amigos —una sombra cruzó su mirada—. Sé que no va a resultarme fácil encontrar amigos. Temo haber sido arrastrado a un mundo en que tales cosas no pueden durar.

Janis no sabía de qué estaba hablando, pero no preguntó.

—¿Qué tipo de amnesia sufres? —preguntó.

—¿Sabes lo difícil que es hablar de algo que no logras recordar? —Mykal cambió de posición cuidadosamente—. He perdido dos años de mi vida, pero eso es algo que no me preocupa a menos que alguien saque el tema a colación.

—Oh. Lo siento.

—No pasa nada —Mykal sonrió antes de añadir en tono burlón—: Alborotadora.

Aquello reconfortó a Janis. Le recordó a cómo solía ser su relación.

—¿No te intriga saber lo que hiciste? —preguntó.

—Ya me han dicho lo que hice. Al menos, me lo han resumido.

Janis supuso que le habrían contado que trabajaba para los servicios de información militar. ¿Pero le habrían hablado de ella? ¿Le habrían dicho que estaba casado? Probablemente no. A fin de cuentas, muy poca gente lo sabía. Lo habían mantenido en secreto. Si sus superiores lo hubiera averiguado, ambos habrían sido expulsados del cuerpo. Ni siquiera sus amigos lo sabían.

—¿Y? —insistió, animando a Mykal a continuar.

—Al parecer estaba en el ejército, pero aún no han confirmado esa información con la agencia adecuada. Por lo visto estaba participando en una operación secreta. Nadie quiere admitir nada a las claras. Entretanto, soy un hombre sin pasado…

El dolor regresó en oleadas. Janis pudo verlo en la expresión de su rostro. Mykal gimió débilmente y cerró de nuevo los ojos. Janis estaba deseando ayudarlo, pero ¿qué podía hacer? No tenía ninguna experiencia en el campo de la medicina. Pero cuando Mykal volvió a gemir, ya no pudo contenerse. Fue al baño, buscó una toalla pequeña y la empapó. Tras escurrirla, volvió al dormitorio y se sentó en el borde de la cama. Luego presionó con delicadeza la toalla contra la frente de Mykal y empezó a murmurar palabras de consuelo. Esperaba que protestara y la echara de su lado, pero no pasó nada de eso. Su contacto pareció calmarlo de inmediato. Poco a poco, su cuerpo empezó a relajarse.

—Hazme un favor —dijo de pronto, y miró a Janis como si no estuviera seguro de cómo iba a reaccionar—. ¿Podrías tomarme la mano? La… la cabeza me da vueltas —añadió mientras volvía a cerrar los ojos—. Supongo que es a causa de la medicación. Solo necesito… no sé… sentirme anclado a algo.

Janis lo tomó de la mano, la sujetó con fuerza y luego la presionó contra su corazón. Un instante después, Mykal se quedó profundamente dormido. Había algo tan real, tan vulnerable en el modo en que le había pedido que lo tomara de la mano, que sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Aquello parecía el mundo al revés. Mykal siempre solía ser el duro, el hombre en cuyos brazos se refugiaba, el que conocía todas las respuestas. Sin embargo, en aquellos momentos le estaba pidiendo protección a ella.

Pero ella no era la persona indicada para dársela. No después de todo lo sucedido entre ellos.



—Mykal —susurró mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. Yo… no puedo… —todo su ser la impulsaba a acariciarlo. Lo había echado tanto de menos… Se llevó su mano a los labios, le besó la palma y volvió dejarla sobre la colcha.

Por un instante recordó la primera vez que se conocieron. La habían enviado a comprobar unos rumores sobre un alboroto en un pub cercano. Cuando entró y vio a Mykal sintió que este colmaba su visión como una estrella, brillante, fulgurante, el centro de todo.

Al principio creyó que lo había atrapado en medio de un gran timo. Sabía que no era quien decía ser y él sabía que ella lo sabía. Pero aquello no lo amilanó en lo más mínimo y le dijo todo lo que necesitaba saber con una gran sonrisa.

La guerra ya había acabado para entonces, pero la falsa tregua que se produjo a continuación resultó aún más peligrosa. Trabajaban en un pueblo fronterizo en el que la gente cambiaba de bando con la misma facilidad que cambiaba de dentífrico. El pequeño pub estaba lleno de oficiales locales, muy asustados ante la perspectiva de que las autoridades de Granvilli hubieran descubierto sus planes de blanqueo de dinero. Estaban buscando una solución. Mykal los había convencido de que estaban a punto de ser detenidos y de que deberían entregarle el dinero a él para que lo protegiera. Le estaban tan agradecidos que incluso pidieron una ronda para brindar por él.

A Mykal le encantaba su trabajo. Tomó el dinero y se fue del pub dejando a todo el mundo satisfecho, como una especie de Robin Hood moderno… si Robin Hood se hubiera dedicado a espiar para Francia.

Cuando salieron del pub y ella lo interrogó respecto a lo sucedido, él rio.

—Tienes razón —dijo—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Ella lo miró un momento y no pudo evitar devolverle la sonrisa. Mykal era completamente adorable y pícaro a la vez. Janis se coló por él de inmediato, y supo que nunca lo olvidaría.

—Te diré lo que voy a hacer —contestó Janis—. ¿Qué tal si te invito a beber algo? Pero no aquí.

No se sorprendió cuando averiguó que ambos trabajaban para los Servicios de Inteligencia Militar de Granvilli. Pero, además, Mykal estaba haciendo otra cosa. Trabajaba como espía para el bando real. Pero Janis no averiguó eso hasta más tarde. A pesar de todo, no habría podido echarle aquello en cara. A fin de cuentas, ella también tenía sus secretos. Y aquel era el problema esencial entre ellos. Incluso cuando había pensado que Mykal era deliciosamente taimado, no había entendido hasta qué punto eran enrevesados sus motivos.

El hombre al que tan apasionadamente había amado seguía allí, en algún sitio. Y la necesitaba, aunque fuera ajeno a todo lo que aquello implicaba. No podía irse de allí hasta asegurarse de que estaba a salvo.

Con un suspiro, Janis se dejó caer en el pequeño sofá que había junto a la cama. Unos instantes después estaba dormida.

Al despertar, Mykal irguió la cabeza con sumo cuidado. Últimamente tenía que hacerlo todo con gran cautela, algo que le producía una intensa frustración.

Su mirada se detuvo en la joven mujer que dormía en el sofá contiguo a la cama. Al principio se sorprendió, pero enseguida recordó que la habían enviado para cuidarlo.

Pero no la necesitaba. De hecho, le molestaba que estuviera allí. Él podía cuidarse solo. En cuanto se le pasara el efecto de la medicación, le diría que podía irse.



A pesar de todo, debía admitir que se había sentido atraído por ella desde el primer momento. La contempló un momento. Era una mujer joven y bonita y su curvilíneo cuerpo parecía en plena forma, aunque apenas podían distinguirse sus formas bajo el mono que vestía. Un mechón de pelo rubio caía sobre su frente, brillante como el trigo bajo la luz del sol. La belleza de la imagen casi lo dejó sin aliento. Apenas había habido belleza en su vida últimamente. Sintió el repentino impulso de alargar una mano para acariciarla.

Pero no podía hacerlo. Debía tener cuidado. Gruñó y movió la cabeza. No iba a poder seguir así mucho tiempo. Llegaba un momento en que no merecía la pena vivir sin poder disfrutar de las actividades humanas más comunes. Acariciar a una mujer era una de ellas.

Pero debía aferrarse al optimismo. Aquello pasaría. Había visto las radiografías. Los trozos de metralla que tenía en la espalda eran simples esquirlas. ¿Cómo podían ser tan peligrosas para su vida unas cosas tan pequeñas? Estaba convencido de que su estado mental no tardaría en mejorar, pero las esquirlas…

Si pudiera recordar con precisión lo sucedido… ¿Qué estaba haciendo y en qué estaba pensando cuando estalló la mina? No lograba recordarlo, y, debido a ello, sentía que había un profundo y oscuro pozo negro en su alma.

La mujer se movió en el sofá y murmuró algo en sueños. Sonó como «aléjate de mí», pero también podía haber sido algo totalmente distinto. Mykal frunció el ceño y se preguntó qué le sucedería. Le habría gustado alargar una mano para tranquilizarla, pero volvió a recordar que ya no podía hacer cosas como aquella.

«Piensa en otra cosa», se dijo.

Miró a su alrededor. La habitación que solía utilizar estaba en la planta de arriba, pero también había pasado algunas noches en aquella durante su juventud, cuando sus primos suizos solían acudir a pasar las vacaciones. El mobiliario tenía un agradable aire de reliquia familiar, aunque Mykal sabía que su madre había trabajado duro durante el periodo de pobreza que pasaron cuando él era un adolescente para transformar gangas en antigüedades. Resultaba agradable estar en un lugar familiar después del tiempo que había pasado en las estériles habitaciones del hospital.

No vivía allí desde que fue a la universidad, más de diez años atrás, pero tenía un montón de recuerdos de su infancia y juventud. Allí le comunicaron sus padres cuando cumplió dieciocho años que era adoptado. Algo así debería haber supuesto una gran conmoción para un joven de esa edad, pero, según recordaba, se limitó a asentir pensativamente, asumiéndolo sin apenas sorpresa.

Siempre había sabido que era una especie de patito feo de la familia. No se parecía nada a sus padres, quienes solían mirarlo durante su infancia con expresión reverencial, como si no pudieran creer que un hijo suyo pudiera ser así. Y no es que no lo quisieran. De hecho, lo querían demasiado, hasta el punto de que su hermano Kylos, el hijo natural de sus padres, se sentía obligado a hacer verdaderas extravagancias para atraer la atención de estos.

De manera que, cuando le dijeron la verdad, vio confirmadas sus sospechas: aquella no era su familia. Y ahora, alguien del castillo había decidido que podía ser uno de los príncipes que tuvo que esconderse en la época de la rebelión que derrocó a la monarquía treinta años atrás. No sabía si había algo de cierto en ello. Y, si lo había, no estaba seguro de querer participar. Pero en aquellos momentos estaba demasiado aturdido como para pensar en nada.

Tal como veía las cosas, tan solo había dos problemas que le impedían llevar una vida normal. En primer lugar, las malditas heridas que lo obligaban a consumir calmantes, y, en segundo lugar, su amnesia.

Aparte de eso, las cosas iban sobre ruedas.

CAPÍTULO 03

Cuando Janis despertó, el cuarto se hallaba en penumbra. Había una bandeja en la mesilla con un recipiente cubierto por un plato. Se levantó y fue a echar un vistazo. Sopa de pollo. Sonrió. Al menos el mayordomo se había tomado en serio sus recomendaciones.

La sopa se había enfriado. ¿Cuánto tiempo llevaría dormida? Miró a su alrededor pero no vio ningún reloj.

Cuando detuvo la mirada en Mykal su corazón latió más deprisa. Si el mero hecho de mirarlo la afectaba de aquel modo, estaba claro que tenía problemas. ¿Cómo iba a convencer a su traicionero corazón de que no lo amara? Empezó a caminar de un lado a otro de la habitación con los puños cerrados, devanándose los sesos para encontrar alguna solución.

Obviamente, no podía seguir allí. ¿En qué había estado pensando? La necesidad de asegurarse de que Mykal estaba bien le hacía olvidar el sentido común, pero no podía arriesgarse a seguir allí. Había acudido con tres objetivos y no había alcanzado ninguno. Pero ¿cómo podía luchar con alguien que se encontraba en una situación tan precaria? No le iba a quedar más remedio que irse y buscar la oportunidad de acercarse a Mykal más adelante.

No sabía exactamente adónde iba a ir, pero tenía que hacerlo. Durante aquellas últimas semanas en el campo de prisioneros solo había logrado pensar en buscar a Mykal para echarle en cara todo el sufrimiento por el que le había hecho pasar. Aún le dolía profundamente saber que podría haberla librado de todo aquello con solo mover un dedo.

Estaba muy concentrada en sus pensamientos, pero sus sentidos se pusieron repentinamente alerta. Alguien había entrado en la habitación y se encaminaba hacia ella. Antes de que pudiera volverse para ver de quién se trataba, escuchó una irritada voz masculina.

—¿Quién diablos es usted?

Al sentir que una mano la sujetaba por la parte trasera del cuello, reaccionó instintivamente, como había sido entrenada. Todo era cuestión de equilibrio. Se volvió como una exhalación, aferró al hombre por las solapas y, utilizando una elemental llave de yudo, lo arrojó al suelo por encima de su cabeza. Al ver que el hombre permanecía muy quieto temió que se hubiera desmayado, pero suspiró aliviada cuando de su boca surgió una ristra de obscenidades.

—Lo siento mucho —dijo, sin molestarse en parecer sincera—. Pero no debería tocar a una mujer por detrás sin previa advertencia.

Las obscenidades continuaron, pero, en aquella ocasión, acompañadas por una risa apenas contenida. Cuando se volvió, vio a Mykal sentado en la cama y sonriendo de oreja a oreja.

—Veo que ya has conocido a mi hermano, Kylos —dijo sin dejar de sonreír—. No hay duda de que sabes cumplir con tu papel de escolta. Espero que te quedes siempre a mi lado.

Janis no pudo evitar ruborizarse ante su halago, algo que la reafirmó en su necesidad de irse.

—¿Por qué diablos necesitas escolta? —gruñó Kylos mientras se ponía en pie—. Entendería que necesitaras una enfermera, pero ¿una escolta? —dedicó a Janis una mirada desafiante—. ¿Y por qué has elegido una que dispara primero y pregunta después?

Janis trató de sonreír, pero no fue fácil. Ni siquiera sabía que Mykal tenía un hermano. Además, aquel hombre era tan distinto a él que la información resultaba inquietante. Tenía el rostro alargado, la piel cetrina, y parecía incapaz de parar de moverse como si le picara algo. Mykal era un hombre

abierto, cordial y cálido… o, al menos, lo había sido, pero su hermano parecía frío, taimado y calculador.

Y si Mykal tenía aquel hermano, ¿qué más tenía? Nunca le habló de su familia. Mirando atrás, comprendió que su breve relación se había basado en terreno poco firme. Habían existido en una especie de fantasía propia. Conscientes de que, de saberse, podrían perder sus trabajos, habían mantenido en secreto su matrimonio, que tan solo duró unas semanas durante las cuales apenas tuvieron tiempo de conocerse de verdad.

—La han enviado del castillo —respondió Mykal en tono cínico—. Supongo que su misión es impedir que me mate haciendo algo normal.

Janis estaba deseando preguntar qué tenía que ver el castillo con aquello, pero, si pensaban que la habían enviado de allí, no podía hacer preguntas al respecto. En lugar de ello, decidió interpretar el personaje que le habían asignado y alzó una mano en señal de advertencia al ver que Mykal se estaba inclinando demasiado hacia delante.

—Cuidado —advirtió—. Estoy seguro de que los médicos te han recomendado no hacer movimientos bruscos.

Mykal le dedicó una mirada gélida antes de volver a descansar contra las almohadas.

—Escuché sus recomendaciones y las acepto… al menos de momento. Parecen pensar que mi vida no va a volver a ser la que era —dedicó a Janis una mirada que implicaba una intimidad que de ningún modo podía creer que compartieran—. Pero no saben que este cuerpo volverá a alzarse con toda su fuerza… Y eso es una promesa.

—Me parece muy bien que pienses eso —dijo Janis con firmeza—, pero hasta ahora nunca he perdido un paciente, y no pienso empezar contigo.

—Eso resulta alentador —murmuró Mykal, que a continuación cerró los ojos e hizo una mueca de evidente dolor.

Janis tuvo que contenerse para no acercarse a él. En lugar de ello, volvió la mirada hacia la puerta, consciente de que, cuando saliera, no volvería a entrar. Pero sus ojos se detuvieron en el bol de sopa.

—A estas alturas ya debes de tener hambre —dijo a la vez que tomaba el recipiente—. Voy a hacer que vuelvan a calentar la sopa. Además, supongo que querrás hablar con tu hermano.

Mykal pareció sorprendido.

—No, en realidad no… —murmuró, pero Janis ya estaba saliendo por la puerta.

No había nadie en la cocina, pero había un microondas, de manera que calentó la sopa y volvió a la habitación rápidamente.

—¿Puedes arreglártelas solo? —preguntó mientras dejaba la bandeja con la sopa en el regazo de Mykal.

Él la miró sin decir nada. Tomó el recipiente y empezó a beber de él como si fuera una gran taza. Janis trató de no sonreír. Cada acción de Mykal hacía que su interior resonara como si fuera un diapasón. El problema residía en que cada una de aquellas reacciones iba acompañada de un toque de temor.

Kylos había encendido la televisión, al parecer, para tener más ruido de fondo, pues no parecía interesado en ningún programa. Hizo una seña a Janis para indicarle que quería hablar con ella a solas. Janis estuvo a punto de irse sin hacerle caso, pero acabó por acercarse a él, reacia.

—¿Han dejado alguna medicación para mi hermano? —susurró Kylos junto a su oído—. He mirado por todas partes y no encuentro nada. Me habían dicho que iban a dejar algo.

Janis asintió, sorprendida por su intensidad.

—Hay un medicamento en el armario del baño.

—Oh, claro —Kylos pareció a punto de dirigirse al baño, pero dudó e hizo una mueca—. Pero supongo que ese es su trabajo, ¿no? —señaló hacia Mykal—. ¿No cree que debería darle algo ya? Parece demasiado despejado.

—Creo que también necesita momentos así —contestó Janis con suspicacia. Suponía que Kylos ya habría hablado con los médicos y, por tanto, debía saber más que ella al respecto. Pero no lo parecía.

—Por supuesto —Kylos arqueó una ceja antes de añadir—. Pero no queremos que se haga más daño, ¿verdad?

Janis frunció el ceño.

—Creo que es consciente de las consecuencias que podría acarrearle moverse —dijo a la vez que se apartaba de Kylos. Había algo en aquel hombre que resultaba desagradable.

Kylos no parecía convencido, pero Janis dejó de hacerle caso al ver que Mykal alzaba el bol vacío en la mano. Se acercó a él, tomó el recipiente y lo dejó en el tocador.

—Supongo que esa sopa hará que te sientas un poco más vivo.

Mykal asintió mientras la miraba con un destello de evidente interés.

—¿Cómo te llamas? ¿Cómo debo llamarte?

—Janis —replicó ella, sin añadir su apellido.

—¿Janis? —repitió Mykal, que a continuación frunció el ceño como si aquello le hubiera hecho recordar algo.

Ella contuvo el aliento. Entonces él sonrió.

—Bonito nombre —murmuró Mykal mientras volvía a cerrar los ojos—. ¿Seguirás aquí cuando me despierte? —preguntó.

Janis no pudo responder. A fin de cuentas, solo hacía un rato que Mykal le había dicho que se fuera. Pero no parecía recordarlo.

—Espero que sí —continuó él, adormecido—. Después quiero hablar contigo sobre algunos asuntos.

—Yo… lo intentaré —dijo Janis débilmente.

Cuando Mykal alargó una mano hacia ella, supo al instante lo que quería. Se acercó a él y tomó su mano. Mykal sonrió débilmente y unos segundos después estaba dormido.

Janis miró la mano que sostenía en la suya y la apoyó contra su corazón mientras miraba a Mykal. Parecía un guerrero herido. Su corazón se llenó de amor por él. No pudo evitarlo… y no sabía si quería hacerlo.

Su matrimonio apenas había durado dos meses, pero había sido tan dulce… Eran amigos además de amantes, pero el amor había sido lo mejor. Recordó la noche en que despertó en ella tal pasión que le arañó la espalda. Mykal bromeó luego diciendo que iba a pasear por ahí sin la camisa para que todo el mundo pudiera ver lo ardiente que era su mujer.

Si pudieran volver atrás, recuperar lo que compartieron durante el breve periodo de su matrimonio, antes de que todo se desmoronara…

Pero aquello era soñar y, según su experiencia, los sueños casi nunca se hacían realidad. Había crecido en un entorno duro, aprendiendo a defenderse sola desde muy pronto. Su madre murió cuando ella aún era una niña y su padre era un gánster. Murió en una redada policial cuando ella tenía diez años. Su hermano, Rolo, era la única familia real que le quedaba, y ambos fueron a vivir con su tío, Max Gorgonio. Rolo había sido la única persona en que había confiado hasta que conoció a Mykal.

Confianza. Aquella palabra tenía un sabor amargo en sus labios. Se disolvía como nieve de primavera y dejaba un frío consuelo detrás.

—¿Qué sucede?

Sobresaltada, Janis soltó la mano de Mykal. Había olvidado que su hermano seguía allí.

—Nada… —dijo rápidamente—. Solo estaba pensando.

—Ah, ¿sí? —Kylos la miró con expresión dubitativa—. Ahora debo acudir a una cita con… con mi abogado. ¿Va a pasar aquí la noche?

Janis no contestó. Sabía que debía irse. Quedándose no iba a lograr nada. Miró a Mykal y suspiró. No quería dejarlo en aquel estado, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Si se queda, puede echarle un vistazo —continuó Kylos—, pero quiero que quede claro que debe asegurarse de que permanezca quieto y tranquilo, y para conseguirlo debe mantenerlo suficientemente drogado.

—¿Drogado? —repitió Janis, indecisa.

—Claro. Eso es lo que han hecho en el hospital, ¿no? Nadie quiere correr riesgos con la metralla que tiene en la espalda.

—Oh, claro. Pero tampoco creo que haga falta que esté totalmente dormido para permanecer tranquilo, ¿no?

Kylos se encogió de hombros con aparente indiferencia.

—Habrá que hacer lo necesario, pero le aseguro que lo mejor será mantenerlo grogui. Así es más fácil de manejar.

Janis se quedó boquiabierta. ¿De qué diablos estaba hablando aquel hombre?

Kylos le pellizcó la mejilla y sonrió.

—Sígame la corriente y le aseguró que obtendrá una buena bonificación cuando termine el trabajo. Solo necesito un par de días más, y entonces… —apartó la mirada como si temiera haber dicho más de lo necesario—. Estoy realmente preocupado por mi hermano. Tiene cosas importantes que hacer en su trabajo y debemos esforzarnos por lograr que esté tranquilo, ¿de acuerdo?

Janis no estaba de acuerdo, pero asintió de todos modos, ya consciente de que no iba a irse. No podía hacerlo mientras aquel buitre merodeaba por allí pidiéndole que mantuviera drogado a Mykal. No podía permitirlo. Alguien debía controlar la situación. Suspiró. Tal vez debería quedarse

allí para todo el trayecto, o, al menos, hasta que Mykal recuperara la memoria y recordara que era su esposa… y que la odiaba.

Despertó sintiéndose extraña. Miró un momento a su alrededor, desorientada. ¿Dónde estaba? Al recordarlo, se irguió como impulsada por un resorte. Volvió la mirada hacia la cama y vio que estaba vacía. ¿Dónde se había metido Mykal?

Oyó ruido de agua procedente del baño. De la ducha.

Se puso en pie de un salto, corrió a la puerta del baño y la abrió de par en par sin pensárselo dos veces.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —preguntó según entraba en el baño, lleno de vapor.

—Hola a ti también —Mykal se asomó por el borde de la cortina con expresión divertida—. ¿Quieres reunirte conmigo?

—Se supone que no puedes hacer nada sin ayuda. Estoy aquí para echarte una mano, y sabes muy bien que cualquier movimiento repentino podría matarte.

Mykal hizo una mueca.

—De acuerdo, pero tómatelo con calma. No tengo instintos suicidas. Puedo tomar algunas decisiones por mí mismo.

—No hasta aclararlas conmigo —espetó Janis, sinceramente preocupada. Mykal estaba siendo temerario. Tenía que encontrar un modo de hacerle recapacitar antes de actuar.

—¿Aclararlas contigo? —Mykal la miró como si fuera un molesto insecto del que podría librarse a voluntad—. Lo siento, no pretendo ser grosero, pero solo eres una empleada.

Janis sintió que algo atenazaba su garganta. Mykal tenía razón, por supuesto. Ella ya no era nada para él. Fue a volverse, pero Mykal pareció lamentar sus ásperas palabras.

—Espera un momento.

Janis se detuvo y lo miró, con la esperanza de que no viera cuánto daño le había hecho. No tenía derecho a sentirse dolida. Pero, aunque ella no significara nada para él, él seguía siéndolo todo para ella. Solo necesitaba tiempo para acostumbrarse a dejar de quererlo.

—Lo siento —dijo Mykal—. Eso no ha venido a cuento —sonrió y cerró el agua—. Además, te necesito aquí para que me alcances la toalla.

Janis hizo una mueca, pero le alcanzó una gruesa toalla. Mykal se secó tras la cortina y, tras ponerse la toalla en torno a la cintura, salió cuidadosamente del baño.

Janis se dijo que debería salir de allí. De haber estado con un desconocido, hacía rato que se habría ido, pero estar allí con Mykal resultaba algo completamente natural. Podría haberse ido, pero su cuerpo no parecía estar recibiendo órdenes de la parte alta en aquellos momentos. Toda su atención estaba centrada en el magnífico hombre que tenía ante sí. El tiempo que había pasado en coma no parecía haber afectado al magnífico estado de forma de su musculoso cuerpo, y el recuerdo de lo que solía sentir estando entre sus brazos la dejó sin aliento.

Aquel era el hombre al que había amado apasionadamente hacía muy poco tiempo. Algo en su interior la impulsaba a rodearlo con sus brazos, a besarlo como solía hacerlo, a lograr que todo quedara olvidado mientras hacían el amor…

Pero lo que vio en sus ojos le hizo regresar a la realidad de inmediato. No había recuerdos en ellos; tan solo una expresión de ligera sorpresa. Debía pensar que se sentía abrumada por su

presencia, y tenía razón. La diferencia residía en que él pensaba que ella era una empleada con la que podía coquetear un poco, pero con la que también debía mantener las distancias.

Respiró profundamente y trató de concentrarse en lo que estaba haciendo.

—Jugar a la ruleta rusa no es una opción —dijo con toda la firmeza que pudo—. Supone un riesgo para tu vida, y yo debo asegurarme de que no corras esa clase de riesgos.

Mykal frunció el ceño.

—Estamos hablando de mi vida, y mi vida me pertenece a mí, no a ti, ni a los médicos, ni a los tipos listos del castillo. Solo me pertenece a mí.

Aunque aquello fuera cierto, Janis sintió deseos de llorar de impotencia. No podía explicarle a Mykal por qué sentía que aquella situación le incumbía. No podía decírselo.

La mirada de Mykal se endureció de repente, como si acabara de recordar que Janis era una intrusa y no estuviera seguro de qué seguía haciendo allí.

—Así que deja que te aclare la situación —continuó—. Pienso hacer las cosas a mi propio ritmo. Puedes aconsejarme, pero no vas a dirigir mi comportamiento —tras dedicarle una retadora mirada, añadió—: Nada de reglas.

Janis asintió, reacia.

—De acuerdo, pero…

Mykal negó firmemente con la cabeza.

—Este es mi juego y lo jugaré según mis reglas. Si no puedes hacerte a la idea, será mejor que te vayas.

CAPÍTULO 04

Janis se volvió de nuevo hacia la puerta. Mykal no podía haber sido más claro. Quería que se fuera. Miró a su alrededor para asegurarse de que no se dejaba nada. Estaba enfadada y se sentía dolida. Solo había tratado de ayudarlo, pero ya había tenido suficiente.

Estaba saliendo cuando oyó que Mykal dejaba escapar un gemido de evidente dolor. Volvió a entrar de inmediato y lo vio apoyado contra la pared, con los ojos cerrados. Se había puesto los pantalones del pijama, pero tenía el torso desnudo. Se acercó a él, solícita, y le hizo pasar un brazo por sus hombros para que se apoyara en ella.

—¿Qué ha pasado?

—Estoy demasiado débil como para mantenerme de pie cuando empieza el dolor —murmuró Mykal en tono resentido.

—Apóyate en mí. Vamos, te acompaño a la cama.

Para Janis supuso un placer poder tocarlo de nuevo y aspirar su olor, pero la emoción atenazó de inmediato su garganta. Lo había echado tanto de menos…

Mientras Mykal se metía en la cama, Janis pudo ver por un momento la horrible y rojiza cicatriz que cubría su espalda. Debía de haberse quitado la venda antes de ducharse. ¿Podía hacerlo? Janis lo dudaba, pero sabía que no podía hacer nada al respecto. Mykal había sido muy claro. Aquel era su juego.

Le ayudó a tumbarse, lo arropó y luego lo miró sin lograr ocultar su ansiedad.

—Gracias —murmuró Mykal—. Ahora, déjame descansar un poco.

Janis asintió, alegrándose de que, a pesar de su cansancio, pareciera encontrarse bien. A continuación fue al baño a por gasas y esparadrapo. Cuando volvió al dormitorio, Mykal movió la cabeza al ver lo que llevaba en las manos.

—Quiero que le dé el aire —murmuró.

Janis dudó, sin saber si aquello sería buena idea. Pero no podía discutir con él. Con un suspiro, dejó sobre el tocador las gasas y el esparadrapo y se sentó en el sofá.

—Siempre tienes que salirte con la tuya, ¿no?

Mykal, que parecía encontrarse mejor, esbozó una sonrisa.

—¿Tan evidente es? Cualquiera diría que me conoces bien…

Resultaba muy extraño darse cuenta de que no recordaba nada de los dos últimos años. No habían pasado mucho tiempo juntos, pero el que habían pasado había cambiado la vida de Janis. Era inquietante pensar en los cambios que hubiera podido experimentar desde entonces. Era posible que cuando recuperara la memoria volviera a odiarla, pero aquello sería preferible al olvido total.

Tal como la estaba mirando Mykal en aquellos momentos, con la cabeza echada atrás y los ojos entornados, no podía saber lo que estaba pensando. Los segundos fueron pasando sin que dejara de mirarla. Janis se mordió el labio, nerviosa, pero dispuesta a enfrentarse a lo que fuera a decirle.

—¿Estás casada? —preguntó finalmente.

Janis tuvo que esforzarse para ocultar su desconcierto.

—Sí, pero en estos momentos estoy separada.

—Ya veo —Mykal asintió lentamente—. La guerra.

—Sí. La guerra —Janis estuvo a punto de reír en alto, pero se contuvo.

Mykal frunció el ceño.

—Yo estuve en la guerra. O, al menos, eso me han dicho, porque no lo recuerdo. Dicen que hice algunas cosas buenas, pero supongo que nunca llegaré a saberlo con certeza.

Janis supo intuitivamente que Mykal no necesitaba que le dijeran que había sido valiente y honorable. Aquella era su esencia… y también el motivo de que encajaran tan mal. Sintió que su corazón se encogía. Se podía cambiar de opinión, incluso de comportamiento, pero no se podía renunciar a la línea de sangre.

—¿Cuándo te vas a casa? —preguntó Mykal.

—Estaba a punto de irme hace un momento —contestó Janis a la defensiva—. Pero ahora me voy. No te preocupes.

Mykal frunció el ceño.

—¿Y por qué vas a irte? ¿No consiste tu trabajo en quedarte conmigo?

—No si me echas como lo hiciste.

—¿Echarte? —el tono de Mykal evidenció que creía que Janis se estaba inventando aquello—. Yo nunca te echaría. Te necesito. ¿Han preparado una habitación para ti?

—No, que yo sepa —replicó Janis, exasperada y confusa—. Tampoco le he dicho a nadie que necesito una. Pensaba que…

Mykal hizo un gesto de impaciencia.

—Llama a Boswell. Él se asegurará de instalarte. Me sorprende que no se haya ocupado ya de eso.

—¿Boswell? —repitió Janis, desconcertada.

—Nuestro mayordomo.

—Pensaba que se llamaba Griswold.

—Oh —Mykal hizo una mueca, como si acabara de recordar algo que hubiera preferido ignorar—. Es verdad. Aún no entiendo por qué Kylos ha reemplazado a todo el personal de servicio —miró a Janis con curiosidad—. ¿Tú sabes por qué lo ha hecho?

—Oh… no.

—Yo tampoco —Mykal suspiró—. Pobre viejo Boswell. Me preguntó qué habrá sido de él. Ya estaba aquí cuando yo era un crío. Era prácticamente de la familia.

—Pues ahora tienes a Griswold. Pero se ha ido a casa a las nueve.

—¿Se ha ido a casa? —repitió Mykal, perplejo—. ¿Qué diablos hace un mayordomo marchándose a su casa? ¿No vive aquí?

Janis sonrió.

—No tengo ni idea. Es tu mayordomo.

—Boswell nunca habría abandonado su puesto —murmuró Mykal.

Janis asintió, convencida de que aquello era cierto… aunque ella nunca había tenido mayordomo. Aquel pensamiento le produjo unas extrañas ganas de reír. Esperaba que no se debiera a un inminente ataque de histeria. Porque la situación en que se encontraba se volvía cada vez más y más inverosímil. Sentía que ya debería haberse ido y, al mismo tiempo, quería quedarse. Quería asegurarse de que Mykal se encontraba bien. No solo le preocupaba su estado de salud; también había algo en la actitud de su hermano que le había resultado extraño.

Pero lo más probable era que estuviera imaginando cosas.

—¿Qué haces? —preguntó al ver que Mykal empezaba a sacar las piernas de la cama.

—Lo que me apetece hacer —replicó él—. Y en estos momentos me apetece ver mi vieja casa.

—¿Te refieres a esta?

—Si tengo otra, no lo recuerdo. Cuento con que estés dispuesta a hacer de muleta para mí. Así podrás sujetarme si me caigo. ¿De acuerdo?

Janis estuvo a punto de discutir con él, pero se contuvo.

—Por supuesto —dijo en tono irónico—. Soy adaptable. Para eso me pagan un buen sueldo.

—No esperes diamantes ni perlas de mí —contestó Mykal, burlón—. Pero, si juegas bien tus cartas y todo este asunto de la realeza sale adelante, puede que uno de estos días te invite a un café con hielo.

—Qué emoción —dijo Janis en tono sarcástico, aunque sonrió mientras se inclinaba junto a él.

Mykal apoyó una mano en su hombro y caminaron lentamente hasta el elegante vestíbulo de la casa, que tenía un maravilloso suelo de arce. Janis miró a su alrededor con interés, apreciando las molestias que se había tomado alguien para lograr que aquella casa pareciera un precioso lugar de interés turístico. El hecho de que la decoración datara de cincuenta años atrás no mermaba el carácter y la sensación de calidez que emanaba de la casa.

Tras cruzar un estudio y la biblioteca, cuyos ventanales llegaban del techo al suelo, llegaron a la cocina. Janis comprendió que el sitio en el que había estado antes debía de ser la antecocina. La cocina principal era enorme, con grandes hornos de todas clases y una nevera que prácticamente ocupaba toda una pared.

—Solíamos organizar grandes fiestas —dijo Mykal—. La gente se quedaba a pasar el fin de semana. Siempre había algo en marcha. Pero eso era antes… —su voz se fue apagando.

—¿Antes? —preguntó Janis, pero él la ignoró y señaló los jardines que se divisaban desde los ventanales de la cocina.

—Vamos arriba. Desde mi vieja habitación se ven casi todos los terrenos de la casa.

Janis tuvo la impresión de que sus fuerzas comenzaban a flaquear.

—¿Crees prudente que hagas el esfuerzo de subir?

—Claro —Mykal sonrió—. Tomaremos el ascensor.

—¿Hay un ascensor en la casa?

—Sí. Mi padre se debilitó mucho tras… tras algunos reveses financieros y esta casa tiene tres alturas.

El ascensor se balanceaba un poco, pero los llevó sanos y salvos hasta la segunda planta.

—Este es mi dormitorio —Mykal condujo a Janis al interior y señaló un ventanal en saliente—. Solía pasarme las horas muertas ahí sentado, mirando por la ventana.

Janis comprendió por qué. Ya había anochecido, pero los jardines estaban plagados de luces solares que destellaban desde los árboles y los laterales de los senderos. Parecía un jardín encantado. Pero estaba más interesada en los libros y juguetes de la infancia de Mykal, que llenaban los estantes de una de las paredes.

—Tus padres dejaron un montón de tus cosas aquí. Sabes lo que significa eso, ¿no? —preguntó Janis con una sonrisa.

Mykal se encogió de hombros.

—¿Que eran demasiado perezosos como para tirarlas?

—No. Que te querían tanto que querían conservar todo lo que les recordaba a ti.

Mykal sonrió como si lo que acabara de decir Janis lo hubiera conmovido, al menos un poco.

—Sí. A mi madre le gustaba.

Janis lo miró y pensó, ¿y a quién no? Mykal era un encanto de hombre. Al mirarlo a los ojos comprendió que aún seguía pensando en lo que le había dicho. ¿Echaría de menos a sus padres? Qué triste... Era extraño que nunca le hubiera hablado de ellos.

—¿Cómo fueron capaces de irse de una casa como esta?

—Deberías haberla visto cuando yo era un niño. Teníamos el doble de terreno, y todo estaba en mejor estado. Pero diversos reveses financieros hundieron a mi padre hace quince años.

Aquello despertó la curiosidad de Janis.

—¿Adónde fueron? ¿Al continente?

—No. Lo creas o no, se fueron a Florida, donde compraron un apartamento. Desde entonces han sido bastante felices. No creo que tengan intención de regresar —Mykal dijo aquello último como si le costara creerlo.

Janis asintió.

—A algunas personas les gusta el sol y las playas.

—¿A diferencia de la niebla y las nubes? —preguntó Mykal con ironía, describiendo el clima habitual de Ambria—. Supongo que tienes razón.

Estaban muy cerca el uno del otro. Mykal se volvió y apoyó una mano en el hombro de Janis como para mantener el equilibrio. Entonces su expresión cambió y se arrimó a ella a la vez que deslizaba la mano hasta la parte baja de su espalda.

—Has dicho que estabas casada, ¿no?

—Sí —Janis apartó la mirada—. Técnicamente, estoy casada.

Mykal le tocó la barbilla con un dedo.

—¿No hay esperanza de que volváis a estar juntos?

Janis negó con firmeza.

—No.

Mykal alzó una ceja.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

—Bien —Mykal apartó un mechón de pelo de Janis tras su oreja—. Porque quiero besarte el cuello.

—¿Qué? —exclamó Janis, sorprendida, aunque no se apartó. ¿Cómo iba a hacerlo cuando cada nervio de su cuerpo estaba reaccionando como si estuvieran sonando violines?

—No te muevas —dijo Mykal en tono semiburlón—. Ya sabes que soy un hombre enfermo. Debes seguirme al corriente.

—Veo que eres muy atrevido —Janis no pudo evitar una sonrisa—. Pero eso es hacer trampas.

—Me reconozco culpable, pero hay algo en ti que me vuelve loco —dijo Mykal mientras inclinaba la cabeza hacia su cuello—. No puedo mantenerme alejado.

Janis se estremeció al sentir el delicado roce de su lengua contra la sensible piel de su cuello.

—Mykal —murmuró, y su voz sonó casi como un gemido. Volvió el rostro y Mykal rozó su mejilla contra la de ella. Luego se apartó como si no hubiera pasado nada.

La expresión de sus ojos cuando apoyó la palma de su mano bajo la barbilla de Janis reflejó una sensualidad que hizo que esta sintiera que su sangre pareciera miel.

—Estás embarazada, ¿verdad?

Janis abrió los ojos de par en par, completamente anonadada. ¿Cómo lo había sabido? Nadie lo sabía. No se lo había contado a nadie, y, después del tiempo que había pasado presa, aún estaba muy delgada.

—Yo… no… no —balbuceó.

—No te preocupes. Sé mantener un secreto —los labios de Mykal se curvaron en una semisonrisa—. Pero me ha parecido notarlo cuando me has ayudado a acostarme. Lo he sentido. Espero que sea verdad. Deberías sentirte muy feliz.

Janis apartó la mirada, pero la emoción atenazaba su garganta y no se sentía capaz de hablar. ¿Cómo había podido descubrirlo Mykal? Estaba segura de que aún faltaban semanas para que se le notara. ¿Recordaría…? Pero no, no había nada que recordar. Ni siquiera ella lo había sabido antes de ser apresada.

¿Se debería a que era el padre? ¿Tendría algún sentido especial para detectar a su propio hijo? Parecía imposible, pero…

Mykal la condujo hasta otro dormitorio desde cuyos ventanales se veía el resto de los terrenos de la casa. Janis lo siguió como si la tuviera hipnotizada.

—Echa un vistazo. Ese es el estanque de los patos. Es una lástima que nadie se ocupe de conservarlo.

A Janis le gustó la pintoresca imagen.

—¿Qué es esa casa medio quemada que hay al otro lado?

Mykal no respondió de inmediato y Janis notó que se había emocionado.

—Esa era la casa victoriana de mi madre. Le encantaba invitar a sus amigas a tomar el té allí. Se sentaban en el porche y contemplaban a los patos mientras charlaban y bebían su té. Nada le hacía más feliz.

—¿Y qué le pasó a la casa?

Mykal respiró profundamente antes de contestar.

—Es una larga historia. En resumen, los enemigos de mi padre la incendiaron.

—¿Por qué?

—Hay demasiada gente mala en el mundo, Janis —Mykal volvió a acariciarle la mejilla, pero de forma más juguetona—. Mantente alejada de ellos si puedes.

—Lo intento. ¿Tus padres resultaron heridos?

Mykal la miró, sorprendido, y enseguida sonrió.

—Sucedió hace años. Mi padre decidió dejar la casa así como recordatorio.

—Comprendo —dijo Janis, aunque en realidad no comprendía.

Mykal permaneció unos minutos mirando por la ventana, pensativo, y ella esperó, pues no quería interrumpirlo.

—De acuerdo, esto es lo que pasó —dijo Mykal finalmente, como si ya no pudiera contenerse más—. Mi padre tomó algunas malas decisiones. Kylos se metió en algún lío. Siempre se estaba metiendo en líos, pero en aquella ocasión el asunto era realmente grave. Mi padre necesitaba dinero rápido, pero no eran buenos tiempos y no encontró a nadie que pudiera prestarle la cantidad que necesitaba. Finalmente tuvo que recurrir a la mafia.

Al escuchar aquella última palabra, Janis se quedó petrificada. Aquello no podía estar pasando. Su corazón se volvió de piedra y una voz en su interior comenzó a rogar: «Por favor, por favor, que no sean los Gorgonios».

—Era un montón de dinero y no pudo devolverlo a tiempo. Tuvo que ocultarse una larga temporada. Mi pobre madre tuvo que valerse por sí misma —el tono de Mykal reveló su creciente enfado—. La policía logró evitar que le hicieran daño, pero no que se arruinara. Apenas fue capaz de mantener la casa. Entretanto, quemaron su casita para asegurarse de que supiéramos que iban en serio.

Janis murmuró algo con la esperanza de que sonara compasivo, pero lo único que lograba escuchar era un intenso zumbido en los oídos. Temió estar a punto de desmayarse.

—Todo el mundo sabe lo que pasa cuando no pagas a la mafia a tiempo. Arruinan tu vida o te rompen las piernas —Mykal rio sin humor—. Mi padre tuvo suerte. Aún conserva las piernas. Finalmente logró reunir el dinero y regresó para pagar sus deudas, pero le llevó años volver a recuperarse económicamente. Finalmente, con la salud mermada a causa de los disgustos, renunciaron y se marcharon a vivir fuera.

—Oh —Janis se sentía como si se estuviera ahogando, pero Mykal no pareció notarlo.

La miró y, de pronto, deslizó una mano por los hombros de Janis y la atrajo hacia sí.

—Supongo que ya sabrás que en Ambria, la mafia significa los Gorgonios. Afortunadamente, en la actualidad casi toda la familia está en prisión. Especialmente, Max Gorgonio, el muy miserable. Espero que no descansen hasta tenerlos a todos tras las rejas.

Janis apenas podía respirar. ¿Seguiría queriéndola Mykal si supiera que ella pertenecía a aquella familia? Cuando miró a Mykal, este interpretó su horrorizada y confundida expresión por una emoción muy diferente. Despacio, se inclinó hacia ella y la besó en los labios. Instintivamente, Janis se arrimó a su cálido cuerpo, anhelando más, buscando la protección que podía darle su fuerza.

—Oh, Mykal —susurró—. Si supieras…

—Lo siento —murmuró él a la vez que se apartaba. Hay algo en ti que me atrae de un forma incomprensible.

Janis lo miró a los ojos. Seguía sin haber profundidad en los sentimientos que manifestaba por ella. Seguía sin recordar. Pero su cálido y maravilloso beso había sido un comienzo.

A pesar de sí misma, recordó el encuentro de su familia con el famoso tío. Como le habría gustado poder apartar para siempre aquel recuerdo de su mente. La familia mafiosa más odiada de Ambria y tenía que ser la suya…

De pronto notó que Mykal parecía muy cansado.

—Tengo que sentarme un rato —Mykal hizo una mueca de dolor cuando movió una pierna—. Dame cinco minutos para descansar aquí mismo.

Janis lo ayudó a sentarse en el borde de la cama y luego se sentó a su lado. Él la tomó enseguida de la mano.

—Kylos dice que ha puesto a mis padres al tanto del accidente que sufrí y puede que vengan pronto. Le he pedido que les diga que se queden donde están. Son un poco mayores para andar deambulando por el mundo —Mykal se encogió de hombros—. Además, teniendo en cuenta lo que está pasando, es mejor que sigan en Florida.

Janis lo miró con cautela.

—¿Te refieres a…?

Mykal asintió.

—Sí, todo el asunto de la realeza. Supongo que ya estarás al tanto. Todo el mundo parece saberlo.

Janis dudó, preguntándose si debería simular saber a qué se refería. Pero lo cierto era que no tenía ni idea. Disimular lo contrario solo le daría más problemas.

—No sé de qué estás hablando —admitió.

Mykal la miró con expresión incrédula.

—¿En serio?

Janis asintió.

—He estado fuera en una misión de campo —dijo con cautela, tratando de utilizar un lenguaje que Mykal pudiera reconocer de su trabajo de agente secreto—. Llevo semanas sin leer un periódico ni escuchar las noticias —trató de sonreír—. Soy tan inocente como un recién nacido, así que, cuéntame por qué eres tan popular en el castillo últimamente.

—Interesante —dijo Mykal con una ceja alzada—. El que tiene amnesia soy yo, y sin embargo tengo que ponerte al tanto de lo que pasa. Estás en peor forma que yo…

—Oh, vamos, cuéntame —Janis no ocultó su impaciencia.

Mykal se encogió de hombros.

—En realidad es muy sencillo —miró a Janis con expresión burlona—. ¿Te parece que tengo aspecto de príncipe?

Janis frunció el ceño. Aquello era algo en lo que nunca había pensado.

—No.

—A mí tampoco. Pero la gente del castillo parece creer que lo soy.

—Ignóralos —replicó Janis de inmediato.

Mykal rio.

—Sería tentador hacerlo. Pero alguien les ha metido en la cabeza que soy uno de los príncipes desaparecidos de los que tanto habla la leyenda, los que desaparecieron la noche que el castillo se quemó, durante la rebelión que llevó a los Granvillis al poder.

Janis de quedó mirándolo, anonadada.

—Pero… pero…

Mykal volvió a reír.

—Sí, eso fue exactamente lo que dije cuando me lo contaron por primera vez.

Janis movió la cabeza. Aquello resultaba increíble.

—Eso significaría…

—Que fui adoptado por los padres que me criaron —Mykal se encogió de hombros—. Sí, pero eso ya lo sabía.

Janis abrió los ojos de par en par.

—De manera que es posible.

—Sí. Es posible. Pero no necesariamente probable.

Janis sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas. ¿Mykal de la realeza? Todo aquello resultaba tan increíble…

—¿Y…?

—Los médicos han tomado muestras de mi sangre y los psicólogos se han dedicado a examinar mi malparado cerebro —continuó Mykal en tono irónico—. Los analistas han tratado de confundirme y demostrar que estoy mintiendo.

—Sobre qué.

—Sobre todo; especialmente sobre la época en que tenía ocho años. Quieren saber cómo llamaba a mi madre, dónde me escondía cuando mi padre se enfadaba conmigo, el nombre de mi primer caballo de juguete.

—Vaya —murmuró Janis, aturdida.

Mykal asintió.

—Te aseguro que no ha sido un lecho de rosas. Este asunto no es para los débiles de corazón. Me han pasado un rodillo por encima.

Janis seguía sin poder creer que Mykal perteneciera a la realeza. ¿Sería cierto? Sintió que su corazón se encogía dolorosamente, consciente de que aquello significaría la sentencia de muerte de su matrimonio. A lo largo de aquellas últimas semanas se había repetido una y otra vez que todo había acabado, pero siempre quedaba un resto de esperanza en su alma. Ahora, aquella esperanza estaba muriendo.

La realeza. Aquel era un puente demasiado lejano para ella. Mykal no sabía hasta qué punto estaba ella alejada de la realeza. Ninguno de los dos se había parado a pensar ni un segundo en la clase de familias de las que procedían. Tampoco se plantearon ni por un momento en el camino que iba a tomar su relación. Había una guerra en marcha y ambos tenían trabajos peligrosos. Lo único que les importaba era el amor y la pasión. Nada más. Tenían que estar juntos todo el tiempo que

podían y, cuando no podían estarlo, toda su energía se centraba en lograr que nadie se enterara de su relación. Si se hubiera sabido que estaban casados, ambos habrían tenido problemas.

En circunstancias normales no habrían tardado mucho en empezar a hacerse preguntas sobre sus respectivas familias. Pero no llegaron a tener la oportunidad. Todo terminó demasiado pronto. El día que Mykal entró en su dormitorio y la encontró revisando sus papeles ocultos…

Respiró profundamente para tratar de calmarse.

—¿Con qué resultados? —preguntó.

Mykal se preguntó por qué parecía tan emocional por algo que le había sucedido a él. Apreciaba la preocupación de Janis, pero parecía un poco excesiva.

—Aún se están llevando a cabo investigaciones.

Uno de los príncipes perdidos de Ambria, se dijo Janis. Aquella era una noticia increíble. Una noticia que lo cambiaba todo.

CAPÍTULO 05

—¿Por qué parece tan vacía esta casa?

Janis y Mykal habían vuelto a bajar y estaban en el vestíbulo.

—Porque la gente se ha ido yendo —contestó Mykal—. Todo lo que nos queda son los fantasmas de los que pasaron por aquí.

En aquel instante se escuchó el sonido de una provocativa risa femenina procedente de un pasillo, y ambos se quedaron muy quietos.

—¿Fantasmas? —susurró Janis a la vez que miraba a Mykal de reojo.

Él frunció el ceño.

—Sospecho que se trata de alguien de carne y hueso —murmuró Mykal mientras se encaminaban hacia la zona de la que procedía el ruido.

La evidencia de que había alguien pasándolo bien parecía llegar de la biblioteca. A las risitas femeninas se había unido una profunda e incitante voz masculina. Cuando se detuvieron ante la puerta, Mykal alzó un brazo con expresión melodramática.

—Espera. Puede que no quieras ver esto.

Janis rio.

—¿Pero tú sí?

—Es mi deber —contestó Mykal con un guiño.

Las risas se interrumpieron cuando abrió la puerta.

Todo lo que Janis logró ver por encima de su hombro fue el destello de una falda de volantes y el enfadado rostro del hermano de Mykal cuando se levantó precipitadamente del sofá.

—¿Quieres hacer el favor de explicarme a qué viene esto? —preguntó Mykal en su tono más autoritario.

—Al menos podías haber llamado a la puerta —protestó Kylos.

—Y tú podías haberla cerrado si planeabas hacer el amor aquí.

—Yo… no… yo…

—¿Quién es esa encantadora dama?

La mujer volvió a reír y Janis pudo verla con claridad. Demasiado rubia, y un poco mayor para Kylos, seguía siendo bonita, aunque no parecía especialmente brillante.

—Esta es nuestra cocinera —dijo Kylos, enfadado—. La contraté ayer. Estábamos hablando sobre los detalles de su trabajo. Es mi deber hacerlo.

Mykal tuvo que hacer esfuerzos evidentes para contener la risa.

—Supongo que sí. Pero imagino que te entendería mejor con la ropa puesta, ¿no crees?

La cocinera dejó escapar una risita tonta. Mykal movió la cabeza con expresión paciente.

—Espero que sepa cómo preparar una buena lasaña —dijo mientras se volvía hacia la puerta.

Janis lo siguió hasta la habitación que estaba utilizando.

—Creo que les has arruinado la fiesta.



—Eso espero —dijo Mykal, que se volvió y la miró atentamente a los ojos antes de añadir—: Tú espera. En cuanto me haya recuperado, pienso perseguirte por toda la casa.

—Soñar es gratis —replicó Janis, que no pudo contener una sonrisa. A pesar de todo, amaba a Mykal más que a la vida misma.

Lo ayudó a acostarse y, por su expresión, supo que probablemente se había excedido con toda aquella actividad. Lamentó que no quisiera hacerle caso y tomárselo con más calma.

Mykal trató de evitar contraerse de dolor al sentir una punzada en la espalda. La medicación que tomaba era para el dolor, pero tomarla le hacía pagar un alto precio. Iba a tratar de dejar de tomarla. Necesitaba tener la cabeza despejada para pensar con claridad en lo que estaba a punto de pasarle. En aquellos momentos, no estaba muy seguro de que le gustara.

Siempre se había considerado un espíritu libre. En determinado momento de su vida, algunos lo habían considerado indomable. ¿Y ahora le surgía la oportunidad de convertirse en un príncipe, en una de aquellas personas que bebía el té con los dedos de la mano estirados? ¿Uno de aquellos miserables vestidos de uniforme que se pasaban el día asistiendo a actos aburridos? ¿Uno de aquellos tristes personajes que seguían agendas preestablecidas para ellos por unas comadrejas que insistían en que debía seguir las normas? Aquella no era la clase de vida que le gustaba. Se moriría en un ambiente tan enrarecido. Si realmente se trataba de aquello, más le valía renunciar cuanto antes y ahorrar mucho tiempo a mucha gente.

Pero aún no estaba seguro. Necesitaba tiempo, y espacio. Necesitaba pensar. Mientras miraba a Janis sabía que necesitaba algo más, aunque, que él supiera, no tenía una mujer propia. Cuando el dolor remitiera un poco, tal vez podría encontrar una, a ser posible, tan atractiva como la que tenía enfrente. Hizo una mueca, consciente de que liarse con las empleadas nunca era buena idea.

Pero le gustaba su sinuosa forma de moverse, el modo en que su melena rubia enmarcaba su rostro. Seguro que había algún hombre en su vida. Algún tipo realmente afortunado de tenerla.

Aquello era lo que necesitaba, alguien como Janis. Una mujer que capturaba su imaginación y su libido, una mujer seductora, sensual… El mero hecho de pensar en ello resultaba provocador. La miró a los ojos.

—¿Estás listo para tomar la medicación? —preguntó Janis, esperanzada.

Mykal sonrió.

—Teniéndote a ti, ¿para qué necesito medicación?

—Oh, oh… —a Janis le encantaba que flirteara con ella, pero también lo odiaba… y aquella era una reacción que no tenía ninguna prisa por ponerse a analizar.

Ojalá pudiera ayudarlo. Si Mykal supiera que era su esposa, ¿le haría más caso? Si le decía quién era, ¿mantendría la calma? ¿Debía contarle la verdad? La duda la estaba torturando.

En cualquier caso, Mykal no recordaría lo que había pasado. Pero, si supiera que estaban casados, que habían estado enamorados, tal vez aceptaría su papel de esposa, lo que a ella le permitiría tomar decisiones y apoyarlo de la mejor forma posible. Pero hasta que asumiera aquel papel en su vida no podía atreverse a intentarlo.

Observó atentamente el estado de los vendajes y luego alzó la mirada. Mykal parecía tan desprotegido… Y se estaba moviendo demasiado. Tal vez debería tomar de nuevo la medicación. Había pasado mucho rato desde que había tomado la última dosis. Sí, pensó, decidida. Había

dudado, sobre todo por la extraña insistencia del hermano de Mykal, pero ahora sabía que era necesario.

—Creo que es hora de que tomes algo —dijo, tratando de sonar firme y profesional a la vez que se levantaba—. Ya han pasado más de cuatro horas. Voy a por…

—No —dijo Mykal—. No pienso tomar más calmantes. Quiero despejarme y empezar a vivir de nuevo.

—Te la han prescrito para que te estés quieto y puedas recuperarte con más rapidez.

—Si el dolor se vuelve insoportable, te avisaré. No soy ningún masoquista. Pero, por primera vez en varias semanas, siento que mi mente se está despejando y que puedo pensar con claridad. Ya no me siento como si hubiera unos cuantos demonios volando en torno a mi cabeza.

Janis suspiró.

—Supongo que siempre es mejor estar sobrio —admitió.

—Estoy dispuesto a tomar antibióticos, o lo que necesite para curarme, pero prefiero dejar los calmantes para momentos realmente críticos. Últimamente he pasado demasiado tiempo sedado, y no quiero seguir así.

Mykal dijo aquello con evidente firmeza, y Janis comprendió que no iba a ceder ni un milímetro.

—En ese caso, al menos trata de estar tranquilo y de moverte lo mínimo.

Mykal asintió de forma poco convincente. Janis suspiró. El paseo que acababan de dar le había hecho recordar cómo era su relación cuando estaban enamorados, pero el sufrimiento que su familia había causado a la de Mykal hacía que una posible continuidad de su relación resultara imposible. Las cosas nunca volverían a ser como antes.

—¿Tienes hambre? —preguntó. Necesitaba alguna excusa para salir del dormitorio.

—Un poco.

—Deberías comer algo —dijo Janis. Si Kylos volvía y convencía a Mykal de que tomara sus calmantes, más valía que tuviera algo en el estómago—. ¿Quieres que te caliente un poco de sopa de pollo?

Mykal hizo una mueca de desagrado y negó con la cabeza.

—Ya está —el rostro de Janis se iluminó al recordar—. Voy a prepararte una tortilla de queso, tu plato favorito.

Mykal la miró con expresión de sorpresa.

—¿Cómo sabes que es mi plato favorito?

Janis se quedó mirándolo como si fuera un cervatillo asustado por las luces de un coche.

—Yo… no lo sabía —improvisó rápidamente—. Pero he supuesto que, si no otra cosa, en la nevera habría al menos huevos y queso.

Mykal seguía con el ceño fruncido. Janis le dedicó una sonrisa y salió rápidamente del dormitorio. Una vez fuera tuvo que apoyarse unos momentos en la pared para recuperar la calma. Había metido la pata hasta el fondo. Estaba claro que iba a tener que esforzarse mucho más si quería sobrevivir a aquella aventura.

Lo que no sabía era cuánto tiempo iba a seguir con aquella farsa. No podía irse antes de que acudiera alguien más a cuidar de Mykal, pero tampoco sabía si querría irse cuando eso pasara.

Cuando entró en la cocina miró a su alrededor, esperando no encontrarse con nadie. Tuvo suerte. Pero esta se acabó unos momentos después, cuando Kylos entró por la puerta, alzando las manos como un pistolero que quería demostrar que no tenía intención de utilizar sus armas.

—Esta vez no voy a asustarte, nena, así que no me hagas una de tus llaves, ¿de acuerdo?

—No te preocupes —dijo Janis mientras servía en un plato una tortilla perfectamente preparada—. Mientras vengas en son de paz, yo seré pacífica.

—Acabo de volver de llevar a la cocinera a su casa —Kylos miró la tortilla con expresión de evidente aprecio—. ¿Puedes hacerme una de esas?

Janis lo miró con severidad.

—¿Tú tienes metralla en la espalda? —preguntó.

Kylos la miró con gesto apenado:

—Ya conoces la respuesta a eso.

—En ese caso, también conoces la mía —para dejarlo bien claro, añadió—: No.

Kylos se lo tomó con calma y suspiró cuando Janis pasó a su lado con el plato en la mano.

—Es una lástima —murmuró—. Pero tú y yo necesitamos hablar…

Janis hizo caso omiso de sus palabras y siguió caminando. Ahora que sabía que Mykal era adoptado entendía por qué Kylos y él eran tan distintos. Habían sido criados como hermanos, pero no lo eran.

—Tu hermano ha vuelto —le dijo a Mykal en cuanto entró en la habitación—. ¿Te fías de él?

Mykal no ocultó su sorpresa.

—¿De Kylos? ¿Por qué? ¿Te ha tirado los tejos?

—Sé manejar las insinuaciones de hombres como él —dijo Janis en tono despectivo mientras dejaba la bandeja sobre el regazo de Mykal—. Lo que quiero saber es si sospechas que tiene alguna intención oculta.

Mykal movió la cabeza, sin comprender muy bien adónde quería llegar Janis.

—¿Alguna intención oculta de qué?

Janis se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero da la impresión de que se trae algo entre manos.

—Kylos siempre se trae algo entre manos, así que tu impresión es correcta. Ten cuidado con él —añadió antes de empezar a comer la tortilla. Un momento después dejaba escapar un sonido de evidente placer.

Janis se alegró de que estuviera disfrutando de la comida. Pero le preocupaba Kylos. No se fiaba de él, aunque lo cierto era que no tenía ninguna evidencia de que estuviera haciendo algo malo. Si le dijera a Mykal que durante su entrenamiento como espía había desarrollado una especie de sexto sentido que le había resultado muy útil para detectar problemas con antelación, este empezaría a hacerle preguntas que no quería contestar.

—¿Puedes achacarle a Kylos algo en concreto? —preguntó Mykal.

—No —dijo Janis—. Si la intuición no cuenta, no tengo de qué acusarlo.

—La intuición… —murmuró Mykal a la vez que apartaba el plato a un lado y comenzaba a tararear una canción a la vez que miraba hacia lo alto como tratando de recordar algo.



Janis sintió que se ruborizaba. Mykal tenía una preciosa voz de tenor y le encantaba cantar. Durante su breve romance le había cantado canciones de amor, y también canciones cómicas para hacerle reír. Volvió el rostro para que no viera que sus ojos se habían humedecido a causa de las lágrimas.

Pero Mykal empezó a quedarse dormido. En aquella ocasión no pareció necesitar la mano de Janis para lograrlo, ni el medicamento que estaba tomando. Janis sacó una manta del armario y, tras bajar las luces, se tumbó en el sofá y se cubrió con ella. Estaba quedándose dormida cuando escuchó un sonido procedente de la puerta. Al abrir los ojos vio a Kylos en el umbral, aunque desapareció rápidamente. Aquello la sorprendió, aunque estaba demasiado cansada como para preocuparse por ello.

—Mañana —murmuró—. Mañana aclararé las cosas con él —añadió un instante antes de quedarse dormida.

Mykal paseaba a solas por el jardín. Se sentía como si hubiera escapado de una especie de trampa, de una prisión donde lo torturaban con amabilidad. Había salido del dormitorio al amanecer sin despertar a Janis y había tomado uno de los bastones de su padre en el vestíbulo para ayudarse a caminar.

Aunque tampoco iba a ninguna parte. De hecho, ya empezaba a sentirse cansado y débil. Además, soplaba un aire realmente frío. No iba a poder seguir fuera mucho tiempo. Se detuvo junto al que, en otra época, fue su estanque favorito. Comprobó que estaba vacío mientras se sentaba en un banco cercano. Le entristeció verlo sin agua y sin los peces de colores que solían habitarlo cuando era joven. Frunció el ceño mientras se preguntaba por qué estaría dejando Kylos que el lugar se deteriorara de aquella manera. Iba a tener que hablar con él al respecto.

Pero en aquellos momentos no quería detenerse a pensar en ello. Había salido para tratar de despejar su mente. Tenía que pensar y decidir qué quería hacer con su vida antes de que otros tomaran aquellas decisiones por él. Tal cómo iban las cosas, había muchas probabilidades de que fuera realmente el príncipe perdido del que hablaban, y temía cómo pudiera afectar aquello a su vida. Respiró profundamente y frunció el ceño. Al menos, aquella información y una moneda de media corona podrían servirle para tomar una pinta en el pub local.

Sonrió para sí con ironía. Probablemente le darían de comer y beber gratis solo por haber acudido al pub. Si era así, tal vez merecería realmente la pena pertenecer a la realeza.

Pero tenía que ser práctico. ¿De verdad quería ser príncipe e irse a vivir al castillo con el resto de la familia real? No creía ser el tipo de hombre adecuado para aquel trabajo. Le parecía superfluo y sentía la tentación de decir que no.

Pero no quería ser demasiado impulsivo. ¿Y si encontraba algo importante que hacer? ¿Y si pertenecer a la realeza le ponía en situación de hacer algo bueno por su país? Probablemente, pensar aquello no era más que una quimera. A pesar de todo, resultaba interesante ser considerado un posible príncipe. No era tan bueno como ser un héroe de guerra, por supuesto, pero era algo. Le habían dicho que había hecho unas cuantas cosas buenas en la guerra; esperaba que fuera cierto, pero ¿de qué le servía si no podía recordarlo?

Pero, pensando en ello en serio, todo aquello carecía de sentido. Él nunca había querido ser un príncipe. Durante toda su infancia había anhelado ser una estrella del fútbol. Cuando aquel sueño murió, otros lo sustituyeron. Quiso ser bombero, después astronauta y, finalmente, decidió ser arquitecto. Llegó a tener un negocio muy próspero, pero la guerra amenazaba con desatarse y

recordaba haber pensado que ser espía sería muy divertido. Le habían dicho que aquello era precisamente en lo que se había convertido, aunque no lo recordaba.

Pero… ¿un príncipe? Aquello no había estado nunca en su horizonte, y no estaba seguro de lo que hacía la realeza, aparte de sentarse a mirar dándose importancia. ¿Sería un trabajo a jornada completa o podría hacer también otras cosas? Alguien tendría que aclararle aquellos detalles en algún momento; hasta entonces no podría tomar una decisión.

Pero lo cierto era que no sentía ninguna ansiedad por aquel asunto. En cierto modo, el asunto de la realeza le parecía irrelevante. Le obsesionaba mucho más averiguar lo sucedido durante los dos años que se habían borrado de su mente. Aquello era en lo que no lograba dejar de pensar. ¿Dónde había estado? ¿Qué había hecho? ¿A quién había ofendido? ¿Con quién había hecho el amor?

Dos años. Podían pasar muchas cosas en dos años. Recordaba lo excitado que se sintió al iniciar su carrera militar. Se preparó a fondo antes de presentar su solicitud de ingreso. Y después… nada. Era como si hubiera entrado en otro mundo en el que se hubiera quedado dos años. Ahora había vuelto y recuperar lo que había perdido.

Pérdida. La palabra resonó en su interior. Aquello era lo que sentía, el motivo por el que estaba tan inquieto e insatisfecho. Tenía un claro sentimiento de pérdida, un profundo, oscuro e intenso dolor en su alma. Necesitaba a alguien. Algo faltaba en su vida.

Cuando fue a ponerse de pie experimentó una dolorosa punzada en la espalda. Volvió a sentarse con gemido de dolor. De momento, lo único que había era dolor.

Janis no paraba de recriminarse mientras se encaminaba hacia el jardín. Se había quedado dormida y luego había tenido náuseas matutinas, algo que había empezado recientemente. No sabía dónde estaba Mykal y se sentía furiosa consigo misma.

Al despertar y ver que no estaba en la cama había recorrido la casa en su busca, pero no lo había encontrado. Debía de estar fuera. En cuanto salió vio a Kylos y Griswold encaminándose hacia la casa con Mykal en medio.

Janis se llevó una mano a la boca, consternada. Estaba muy pálido y tenía un aspecto horrible. Kylos y el mayordomo sostenían prácticamente todo su peso mientras lo llevaban de vuelta a la casa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, angustiada.

Kylos le dedicó una mirada asesina.

—Supongo que se le ha pasado el efecto de la medicación y ha decidido dar un paseo —dijo con frialdad—. Es una lástima que no seas capaz de convencerlo para que tome sus medicinas.

Mykal negó lentamente con la cabeza.

—No quiero ninguna medicación para el dolor —murmuró.

—Lo que quieres y lo que necesitas son dos cosas distintas —replicó Kylos con severidad.

Acababan de entrar en la casa cuando el teléfono comenzó a sonar.

—Oh —dijo Janis, reacia a irse, pero consciente de que no había nadie más disponible para responder—. ¿Voy a…?

—Si no le importa, señorita —dijo Griswold, tambaleándose bajo el peso Mykal—. Me temo que en estos momentos estoy ocupado.

—Si no te importa, ve a contestar de una vez —murmuró Kylos entre dientes.

—Por supuesto —Janis miró a Mykal con preocupación y, tras dedicar una desafiante mirada a Kylos, fue corriendo al estudio a contestar.

—Hola —dijo sin aliento mientras se volvía a mirar para ver adónde llevaban a Mykal—. Aquí la residencia Marten.

—Soy la reina Pellea —anunció una cantarina voz desde el otro lado de la línea—. Me gustaría hablar con Mykal, por favor.

—Oh —dijo Janis, anonadada. Era la reina. Nunca en su vida había hablado con una reina—. Oh, Dios mío…

—¿Se puede poner? —la reina debió de intuir que algo iba mal, porque su voz se endureció cuando añadió—. ¿Qué sucede? ¿Le ha sucedido algo malo? Infórmeme de inmediato, por favor.

Janis percibió la emoción que reflejó su voz y, por algún motivo, aquello la conmovió intensamente, hasta el punto de que unos instantes después estaba hablando con la reina como si la conociera de toda la vida.

—Oh, Su Excelencia —dijo, sin saber si aquella era una manera adecuada de dirigirse a la reina—. He tratado de que se mantuviera acostado, pero no sabe lo difícil que es conseguirlo. Al despertar he visto que no estaba en su cama y lo he encontrado deambulando por los jardines. Ha sufrido un colapso y ahora mismo lo están llevando de vuelta a su habitación.

—De acuerdo —dijo Pellea en tono enérgico—. Vamos a acelerar la agenda planificada. Voy a enviar cuanto antes a alguien con una ambulancia. Quiero tener a Mykal en el castillo, donde pueda vigilarlo personalmente.

—Oh —Janis tragó saliva. Probablemente, aquello sería lo mejor, pero parecía demasiado repentino.

—¿Cómo te llamas, querida?

Janis tenía tantos nombres que no sabía cuál darle. Su nombre real, Janis Gorgonio, despertaría sospechas en cualquier lugar que fuera mencionado. También estaba Marten, su apellido de casada, y Davos, el de su madre, el que había utilizado casi toda su vida para evitar que la gente supiera que formaba parte de la familia Gorgonio.

—Janis… Janis Davos —contestó.

—¿Y eres…?

—Una especie de asistente de Mykal. Trato de que se mueva lo menos posible, pero resulta complicado —la voz de Janis tembló de miedo al pensar en lo que podría pasarle a Mykal, y tuvo que interrumpirse un momento, avergonzada—. No quiere tomar nada que aturda, así que trato de evitar en lo posible que se haga daño.

—¿Hace cuánto lo conoces? —preguntó la reina amablemente.

—Esto… En realidad… —Janis respiró profundamente antes de continuar. No podía mentir a una reina—. Resulta algo complicado. La amnesia de Mykal le impide recordar quién soy, pero en realidad nos conocemos bastante bien y…

—No digas más —interrumpió la reina, como si hubiera comprendido de inmediato cuál era la situación—. Me fío de ti. Noto por tu voz que eres sincera. Quiero que vengas al castillo con él.

Aquello fue algo totalmente inesperado para Janis.

—Oh, Excelencia…

—Llámame Pellea. Sé que vamos a ser buenas amigas.

Janis no podía creer que la reina de Ambria le estuviera hablando así. Se sintió conmovida y agradecida.

—Oh, eso espero.

—Enviaré a los médicos enseguida. Alguien llamará para avisar de que han salido.

—Muchas gracias.

Tras colgar, Janis se volvió para acudir junto a Mykal, pero se topó con Kylos, que le dedicó una mirada cargada de hostilidad.

—Así que ya lo conocías, ¿no? Ya sabía que había algo extraño en ti. ¿Por qué lo has mantenido en secreto? ¿Qué buscas?

Janis tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para mantener la calma ante la evidente animosidad de Kylos. Volvió la mirada hacia la puerta del dormitorio. Quería ver a Mykal.

—Es una larga historia…

Kylos la tomó del brazo sin contemplaciones.

—Eres una ladrona mentirosa, ¿verdad?

Janis sintió el impulso de mandarlo a paseo, pero se contuvo.

—No. En realidad no he mentido. Simplemente os he dejado pensar cosas que no son ciertas.

—Me da igual esa sutil distinción —Kylos apretó con fuerza el brazo de Janis—. Quiero una explicación y la quiero ahora.

Janis le dedicó una mirada furibunda mientras separaba de uno en uno los dedos de Kylos de su brazo.

—Antes tengo que ver cómo está tu hermano. Luego te informaré de todo. Lo juro.

Kylos la tomó por la barbilla con firmeza.

—Más vale que cumplas tu promesa. Si no sales en diez minutos, le contaré a Mykal lo que pasa.

Mientras se encaminaba a la habitación, Janis no pudo evitar preguntarse qué se traería Kylos entre manos. Debía de estar muy interesado en conocer su historia para haber negociado con ella así. Y, por lo que había dicho, no planeaba echarla… al menos de inmediato.

¿Tendría intención de decírselo a Mykal? Tal vez sí, tal vez no.

Mykal parecía agotado, pero estaba recuperando las fuerzas. Al ver a Janis, esbozó una sonrisa.

—¿Quién ha llamado? —preguntó mientras Janis le servía un vaso de agua.

—La reina. Quiere que vayas al castillo cuanto antes.

—Oh —Mykal la miró con expresión taciturna—. ¿Y si no quiero ir?

—¿Por qué no ibas a querer ir? —preguntó Janis, sorprendida.

Él la miró un largo momento antes de contestar.

—No estoy seguro de querer ser un príncipe.

CAPÍTULO 06

Janis trató de ocultar su consternación al escuchar aquello.

—Pero… —tragó saliva— si perteneces a la familia DeAngelis, no puedes pretender que no es así. Las pruebas de ADN no mienten. Si el resultado dice que eres un príncipe, lo eres. No puedes elegir.

—Así que soy prisionero de mi línea de sangre. ¿Así es como están las cosas?

Janis pensó que aquello también se le podía aplicar a ella. Se había visto atrapada por su pasado y, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo, este no había dejado de perseguirla. El pasado criminal de su familia podía estropear sus posibilidades de llevar una vida decente, pero el caso de Mykal era distinto. Su pasado podía transformar su vida en algo maravilloso. Pero, obviamente, no era así como lo veía.

—Yo tomaré la decisión de lo que quiero hacer con mi futuro —dijo Mykal con sencillez—. No tengo por qué aceptar un tipo de vida que no deseo.

—Pero aquí, en Ambria…

—No tengo por qué quedarme en Ambria —interrumpió Mykal—. Al resto del mundo le dan igual los príncipes de Ambria. Puedo ir a algún otro sitio.

Tenía razón, por supuesto. Si no quería ser príncipe, nadie tenía derecho a obligarlo a serlo.

Janis sabía que tenía un dilema que resolver. Si Mykal aceptara su posición real, lo perdería para siempre… aunque no tuviera mayores esperanzas con él. Pero todo en ella anhelaba que Mykal tuviera éxito y fuera feliz, e intuía que no debía dejar pasar aquella oportunidad.

—Tienes razón, desde luego —dijo finalmente—, pero en el castillo podrán ofrecerte los mejores cuidados médicos, y eso es lo que necesitas ahora mismo. No te vendrá mal obtener las opiniones de los mejores médicos del país —Janis suspiró—. Y la reina Pellea me ha parecido encantadora —sonrió—. ¿Por qué no darle la opción de convencerte? Eso no te hará ningún mal. Si no te convence, siempre podrás declinar su oferta con dignidad.

Mykal la miró y Janis no supo con certeza si la había escuchado. Cuando se inclinó para colocarle bien las almohadas, Mykal hundió la mano en su pelo y observó cómo se deslizaba entre sus dedos cuando ella volvió a erguirse. Janis recordó cómo solía gustarle jugar con su pelo. ¿Recordaría al menos aquel detalle? El roce de sus dedos le hizo estremecerse.

—No puedo ni empezar a describir cuánto odio todo esto —dijo Mykal distraídamente, como si aún siguiera concentrado en el pelo de Janis.

—¿Qué es lo que odias?

—No poder moverme por mí mismo, depender de otros para caminar.

—Debes tener paciencia —dijo Janis—. Apenas hace quince horas que te han traído en camilla. Aún no puedes ponerte a bailar.

Mykal la miró un momento a los ojos antes de hablar.

—¿Bailarás conmigo, Janis? —preguntó con suavidad—. Cuando pueda volver a bailar, quiero que tú seas mi pareja.

El pulso de Janis empezó a correr. Mykal estaba bromeando, pero no tenía idea de cuánto le habría gustado que estuviera hablando en serio.

—Lo seré si sigues queriendo que lo sea —replicó rápidamente.

Lo amaba tanto… Más le valía admitirlo. Aquello no había cambiado, y nunca cambiaría.

Lo amó desde el primer momento en que lo vio. Sabía muy bien que el concepto del amor a primera vista era ridículo. No creía en él. No se podía amar a alguien que no se conocía, de manera que no podía estar segura de qué fue lo que llamó su atención la primera vez que lo vio.

La impresión fue muy intensa, aunque, dado lo guapo que era Mykal, tampoco era de extrañar. Llevaba su pelo negro corto, pero no tanto como para que no se rizara un poco en torno a su cabeza, dándole el aspecto de un antiguo guerrero griego. Su cuerpo también era de guerrero: duro, musculoso, ancho en todas las partes adecuadas. Sus ojos eran de un azul pálido, como de flores de primavera, pero de ellos parecía emanar una intensa luz.

Por unos instantes, Janis sintió que no iba a volver a respirar. Tal vez aquello no era amor, pero era algo. Era como si hubiera surgido un campo de fuerza entre ellos, eléctrico, palpitante, incontrolable.

Le bastó una mirada para saber que era el hombre de su vida.

¿Habría sentido él lo mismo? Tal vez. Tal vez un poco. Pero no creía que su primer encuentro hubiera sido tan intenso para Mykal como para ella. A pesar de todo, ella le hizo saber desde un principio lo que sentía. No tuvo otra opción. Era como si necesitara el aliento de sus labios para sobrevivir.

Y las cosas no habían cambiado. Lo cierto era que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para recuperar su relación con él. Cualquier cosa.

Y esa era su desgracia, porque sabía que aquello no podía funcionar. Cuanto más permanecía junto a Mykal, más consciente se hacía de ello. No podía acudir al castillo con él. Aquel tenía que ser su adiós definitivo.

Temiendo que Mykal viera las lágrimas que brillaban en sus ojos, se volvió hacia la puerta.

—Voy a llenarte esto de agua —dijo a la vez que tomaba la jarra que había en la mesilla—. También voy a ver si Griswold te ha preparado algo para desayunar. Enseguida vuelvo.

—Espera un momento —llamó Mykal—. ¿Podrías hacerme un favor?

Janis se volvió a medias.

—Por supuesto.

—Tengo algo que hacer. Si miras en el escritorio del estudio, creo que encontrarás papel y una estilográfica. Me gustaría enviar una nota a mis padres. Sé que, cuando se enteren, se sentirán afectados por todas estas especulaciones sobre la realeza, y quiero asegurarles que sigo siendo su hijo.

Janis sonrió, amándolo aún más por ser tan decente.

—Por supuesto —dijo mientras se volvía del todo para mirarlo. Tuvo que esforzarse para no inclinarse a abrazarlo—. Enseguida vuelvo. Dame cinco minutos.

Cuando vio que Mykal cerraba los ojos tras asentir, salió del dormitorio. Esperaba que su reunión con Kylos no durara demasiado y que le diera tiempo a hacer a la vez el encargo de Mykal.

Cuando entró en el estudio lo encontró vacío. Fue abriendo los cajones hasta encontrar lo que le había pedido Mykal. Sacó el paquete de hojas entero y extrajo dos de ellas. Cuando iba a devolver

el paquete a su cajón se fijó en un papel de aspecto oficial que se hallaba en el fondo. Sintió que estaba cotilleando, pero no pudo evitar echarle un vistazo.

Era un certificado de defunción. Aquello la sorprendió, pero se quedó aún más sorprendida al ver el nombre y la fecha que figuraban en él. Aquel tenía que ser el padre adoptivo de Mykal. Incapaz de ignorar aquel hecho, sacó el certificado. Al hacerlo vio que había otro debajo. Se trataba del certificado de defunción de la madre de Mykal. Al parecer, ambos habían muerto en un accidente de tráfico.

Aún tenía los papeles en las manos cuando escuchó unos pasos acercándose. Debía tratarse de Kylos. Devolvió los documentos a su cajón tan rápido como pudo. Acababa de cerrarlo cuando Kylos entró en el estudio. Janis se quedó mirándolo. Sus padres habían muerto y no se lo había dicho a Mykal, o, al menos, eso parecía. ¿Por qué? ¿Debía interrogarlo al respecto?

Pero Kylos estaba pensando en otras cosas.

—De acuerdo, cuéntame —dijo, situándose ante ella en actitud retadora—. Y más vale que hables claro.

Janis se preguntó por qué transmitiría tan malas vibraciones.

Lo cierto era que Kylos no despertaba precisamente sus simpatías. ¿Por qué estaba tan interesado en averiguar lo sucedido entre Mykal y ella? ¿Y qué planeaba hacer con la información? Más le valía tener cuidado con lo que le contara.

—Mykal y yo nos conocimos hace seis meses. Ambos estábamos en el ejército y trabajamos juntos en un par de misiones.

—La guerra ha acabado —dijo Kylos en tono mordaz, como si aquello invalidara la historia de Janis.

—La guerra no ha acabado. Es cierto que hay una tregua entre los leales a la realeza y los Granvilli, y que estos creen que gobiernan una pequeña parte de la isla, pero las cosas se están desmoronando a su alrededor y los leales están limitándose a dejar pasar el tiempo. No tardarán en tomar el poder.

—Por tu forma de contarlo deduzco que perteneces al bando de los traidores Granvilli —dijo Kylos en tono despectivo.

Janis se estremeció. ¿De qué lado estaba cuando la policía secreta de los Granvilli la metieron en el campo de prisioneros?

—¿Y eso qué importa a estas alturas? —preguntó.

—Nos importa a aquellos que somos leales a la corona —el tono que utilizó Kylos para decir aquello hizo comprender a Janis que en realidad le daba bastante igual—. Por lo que has contado, deduzco que Mykal también estaba en el bando equivocado. ¿Estoy en lo cierto? —añadió con un extraño brillo en la mirada.

Janis fue a protestar, pero Kylos la interrumpió.

—De manera que ese es el motivo por el que me está costando tanto obtener información sobre sus servicios de la burocracia militar —dijo, asintiendo lentamente—. Los leales a la corona me pidieron que reuniera todos los datos y papeles posibles sobre Mykal, y estoy teniendo verdaderas dificultades para conseguirlo —volvió a asentir como si se sintiera totalmente confundido—. Por eso nadie ha logrado encontrarlo durante los dos últimos años. Estaba con el enemigo. ¿Quién podría haberlo imaginado?

Janis suspiró.

—El asunto es más complicado de lo que parece, y vas a tener que pedirle a Mykal que te lo explique. Yo no puedo.

Kylos la miró un momento antes de chasquear los dedos.

—Era agente doble. ¿Tengo razón?

—Pregúntaselo a él.

Kylos frunció el ceño.

—Sabes que no puedo hacerlo ahora mismo. No debemos hacer nada que pueda disgustarlo. Además, Mykal asegura que no recuerda nada. ¿Tú lo crees?

—¿Te refieres a si creo que está diciendo la verdad? —preguntó Janis con expresión de incredulidad—. Mykal no se parece al resto de nosotros —añadió con frialdad—. Él nunca miente.

—Veo que te han lavado realmente bien el cerebro, ¿no?

Janis se encogió de hombros y se volvió como para irse, pero Kylos la interrumpió.

—Aún no has terminado de explicármelo todo. Sigue.

—¿De qué quieres que te hable?

—De mi hermano y de ti. Vamos. Cuéntamelo.

Janis dudó, pero sabía que tenía que acceder, al menos con algún resumen de la verdad.

—Llegamos a mantener una relación bastante cercana…

—¿Os enamorasteis? —preguntó Kylos con evidente sarcasmo.

Janis necesitó unos momentos para responder aquello. No tenía por qué revelar que Mykal y ella se habían casado. Nadie tenía por qué saber eso. Al menos, no hasta que el bebé y ella se hubieran ido.

—Podría decirse algo así.

Algo destelló en la mirada de Kylos antes de que entrecerrara los ojos.

—Qué bonito. No hay nada como una buena historia de amor para conmover el corazón —dijo con evidente desprecio—. Pero después hubo problemas en el paraíso, ¿no? ¿Qué pasó?

—Hace un par de meses tuvimos una pelea bastante fuerte. Rompimos y desde entonces no había vuelto a verlo. Vine ayer para…

—Para arreglar las cosas, ¿no? —gruñó Kylos.

—Sí. No —Janis hizo una mueca de frustración—. Lo que quería era atar los cabos sueltos. No sabía que Mykal había sufrido un accidente y que estaba herido. Me sentí conmocionada cuando vi llegar la ambulancia y todo el mundo asumió que estaba aquí para ocuparme de él.

—Y el hecho de que te enteraras de que era probable que Mykal perteneciera a la realeza no influyó nada en tu decisión de quedarte, ¿no? —dijo Kylos con evidente ironía.

—No.

Los labios de Kylos se curvaron en una sonrisa cínica.

—Pero supongo que la información picó tu curiosidad, ¿no?

—No. No sabía nada al respecto.

—Pues la noticia no ha dejado de aparecer en la prensa.

—Últimamente no he estado al tanto de las noticias. He estado… fuera.

Kylos entrecerró los ojos.

—¿Qué juego te traes entre manos, Janis Davos? ¿Qué es lo que realmente quieres?

Janis alzó la barbilla y le sostuvo la mirada.

—Quiero que Mykal esté a salvo, que se recupere y sea feliz.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Mentirosa.

—Es cierto. Cuando vine aquí para verlo no sabía que sufría de amnesia… —Janis se estremeció al recordar y, de pronto, sintió que se quedaba sin energías para luchar—. Todo esto es una locura…

—¿Y Mykal no te recuerda?

—No.

Kylos asintió, pensativo.

—¿Por qué no le has dicho quién eres realmente?

Janis se encogió de hombros.

—Esperaba que me reconociera nada más verme. Para cuando comprobé que no era así, ya me habían dicho que Mykal no debía sufrir sobresaltos físicos ni emocionales. Después de la pelea que tuvimos… bueno, comprendí que debía contenerme. No podía decírselo.

Kylos la miró con escepticismo.

—Estás mintiendo.

—No, yo…

—Te enteraste de que Mykal podía ser el príncipe desaparecido y viniste corriendo para tratar de obtener algún beneficio. ¿Tengo razón?

—No tienes razón —replicó Janis con firmeza.

—Entonces, ¿por qué no le has dicho quién eres?

Janis sabía que para responder a aquella pregunta tendría que hablar de su matrimonio y de cómo lo había destruido con sus insensatas acciones. La única manera de evitar hacerlo era poniéndose a la ofensiva.

—Eso ya te lo he explicado. Pero tú también tienes algunas explicaciones que dar, ¿no? —dijo a la vez que apoyaba repetidas veces el índice contra el pecho de Kylos—. ¿Por qué no le has dicho la verdad sobre tus padres? ¿Por qué no le has dicho que han muerto?

Kylos dio un paso atrás, visiblemente conmocionado.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—He visto los certificados de defunción —Janis señaló el escritorio—. Mykal me dijo hace un rato que quería escribirles una carta, de manera que es evidente que no lo sabe. ¿Por qué no le has contado la verdad?

—Ya sabes por qué. Una conmoción tan intensa podría matarlo.

—Esa es tu versión y te aferras a ella, ¿no? —Janis miró a Kylos con expresión retadora—. Es una excusa muy parecida a la mía, ¿no crees? Resulta curioso —Kylos murmuró algo pero ella no lo

escuchó—. Al parecer, estamos empatados —añadió a la vez que apoyaba las manos en sus caderas—. Tu mantén tu secreto y yo mantendré el mío. ¿De acuerdo?

Kylos pareció a punto de protestar, pero se contuvo de mala gana.

—De acuerdo. De momento ——añadió a la vez que parecía recuperar la confianza en sí mismo—. Entretanto voy a investigar a fondo tu pasado, Janis Davos. ¿Por qué intuyo que tienes algo que ocultar? —sus ojos brillaron maliciosamente—. ¿Con quién puedo hablar sobre ti? ¿Con alguien del castillo?

—No sé —replicó Janis en tono sarcástico—. ¿Por qué no lo intentas con la reina Pellea? Creo que es mi mejor amiga en el castillo.

Kylos dio un paso hacia ella y la tomó con fuerza por el brazo.

—Escucha, mujerzuela… —empezó, pero se apartó de inmediato de Janis al escuchar el sonido de alguien carraspeando en el umbral.

Ambos se volvieron y vieron a Griswold, que, muy en su papel de mayordomo, simuló no haber visto nada.

—Sus visitas han llegado, señor Marten —dijo formalmente—. Le esperan en el salón.

Kylos asintió y se encaminó de inmediato hacia la puerta.

Janis suspiró de alivio mientras se frotaba el brazo. Kylos se estaba convirtiendo en un auténtico problema. Probablemente se arrepentiría de haberlo hecho, pero era un tipo tan detestable que no podía evitar meterse con él. Giró sobre sus talones y regresó a la habitación de Mykal. Había olvidado por completo el agua y el desayuno, pero, afortunadamente, comprobó que Griswold ya le había llevado un plato de huevos con patatas que estaba comiendo con evidente gusto.

Aquello le hizo sentirse mejor al instante. Estaba segura de que Mykal iba a recuperar la salud. Se sentó a verle comer y a escucharle hablar de cosas sin importancia que apenas requerían respuesta. Parecía haber olvidado su plan de escribir a sus padres adoptivos, y ella no quiso recordárselo. Estaba tan relajado que casi pudo engañarse a sí misma pensando que volvían a estar como en los viejos tiempos. Pero en cuanto recordaba que tenía el corazón roto aquella agradable sensación se esfumaba.

Cuando salió para llevar la bandeja de vuelta a la cocina se sorprendió al ver a Kylos bajando las escaleras acompañado de una pareja mayor. Apenas le extrañó que la tratara como si perteneciera al servicio mientras se alejaba con ellos hacia el otro ala de la casa. No había duda de que era un tipo muy extraño.

Poco después llamaron del castillo para comunicar que la ambulancia no tardaría en llegar. También llamó un médico que sugirió que Mykal tomara su medicación antes del viaje para evitar que el zarandeo lo dañara. Mykal hizo una mueca de desagrado cuando se enteró, pero aceptó tomar sus pastillas cuando Janis le explicó el motivo.

—De acuerdo —dijo—. Pero solo esta vez. Después, para convencerme de que vuelva a tomar una pastilla tendrán que clavarme una estaca en el corazón —tras tomarse la pastilla con ayuda del vaso de agua que le ofreció Janis, miró a esta con expresión de tristeza—. Estoy deseando que todo esto acabe. Creo que voy a dar permiso para que me operen.

Aquello preocupó a Janis.

—No —dijo con ansiedad—. Espera a tener más información antes de decidirte. No tomes decisiones precipitadas ahora.

—¿Por qué no? —replicó Mykal con cinismo—. ¿Qué tengo que perder?

—¡Todo! —exclamó Janis.

Mykal sonrió y la sorprendió tomándola de la mano y atrayéndola hacia sí.

—De acuerdo, mi preciosa guardiana. Aceptaré tu palabra —se llevó la mano de Janis a los labios y la besó cortésmente antes de volver a mirarla—. Además, te tendré a mi lado para tomar la decisión correcta.

Janis negó lentamente con la cabeza.

—Creo que no debería ir al castillo contigo.

—Pensaba que trabajabas para el castillo.

—En realidad no. Soy… —¿qué era exactamente?, se preguntó Janis. ¿Qué podía decir?

Mykal apoyó la mano de Janis contra su pecho. Sus ojos brillaron con algo muy parecido a su antiguo encanto.

—Te ordeno que vengas conmigo.

Janis lo miró un momento a los ojos y puso los suyos en blanco a la vez que reía.

—No puedes negarte —insistió Mykal.

—Ah, ¿no?

Mykal frunció el ceño exageradamente.

—Te advierto que tenemos mazmorras para la gente como tú.

—Pero solo en el castillo… donde no pienso ir.

—Por supuesto que vas a ir —Mykal permaneció un momento pensativo antes de añadir—: ¿De qué me sirve pertenecer a la realeza si no puedo mandar a la gente?

Janis sonrió.

—Puede que pertenecer a la realeza no sea tan interesante hoy en día —bromeó—. Tendrás que acostumbrarte a ciertos límites —añadió y, para demostrarle que ella sabía imponérselos a sí misma, retiró su mano de la de Mykal y se apartó un poco de la cama.

La ambulancia no tardaría en llegar, y debía afirmarse en su decisión de no acudir al castillo con Mykal. No podían seguir así. No podía seguir viviendo aquella mentira más tiempo. Solo esperaba ser capaz de mantenerse fuerte para seguir adelante con ello.

Entretanto, se dedicó a mirar a Mykal para comprobar si los analgésicos le estaban haciendo efecto.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Agarrotado. Aún me duele la espalda, pero no tanto como antes.

—¿Te sientes adormilado?

—Un poco. No te preocupes; la medicina está haciendo su efecto.

—Solo quiero que estés cómodo durante el trayecto —le recordó Janis.

Mykal asintió, pero era evidente que estaba pensando en otra cosa. Miró a Janis.

—¿Cómo te convertiste en escolta, Janis?

Ella dudó, pero decidió acercarse lo más posible a la verdad.

—En realidad no soy escolta. Esta misión me ha tocado casi por casualidad.

Mykal asintió.

—Tengo la impresión de que trabajaste para el ejército durante la guerra. ¿Estoy en lo cierto?

Janis se quedó momentáneamente sin aliento. ¿Estaría empezando a recordar?

—Sí —contestó escuetamente.

—¿Pertenecías a las Fuerzas Especiales? ¿O a Inteligencia Militar?

Janis rio.

—¿Por qué piensas eso?

—Por instinto. Por la clase de cosas que dices. Por cómo manejaste a Kylos. Por tu forma de mirarme como si supieras lo que estoy pensando antes de que lo piense.

—¿Crees que puedo leer las mentes? —preguntó Janis con una sonrisa.

Mykal se encogió de hombros.

—No me extrañaría —alzó una ceja antes de añadir—. ¿Tengo razón?

Janis asintió lentamente.

—Bien. Entonces eres justo la mujer que necesito.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque tienes talento y estás entrenada. Me gustaría que hicieras algo por mí.

—¿De qué se trata?

Mykal la miró atentamente un momento antes de contestar.

—Quiero que me ayudes a encontrar a mi esposa.

Janis sintió que su corazón se detenía un instante para ponerse a latir a continuación con tal fuerza que temió desmayarse.

—¿Recuerdas haberte casado? —preguntó sin aliento.

—No, pero, al parecer, lo hice —Mykal señaló una cajita de madera que había en la mesilla de noche—. Me dieron mis efectos personales en esa cajita después del accidente, pero no la había abierto hasta hace unos minutos. Echa un vistazo y comprobarás a qué me refiero.

Janis se levantó a por la caja y la abrió. Dentro vio la cartera de Mykal, sus llaves y su anillo de bodas.

—¿Llevabas el anillo cuando sufriste el accidente? —preguntó. Aquello no resultaba lógico. Cuando se casaron intercambiaron anillos, pero solo se los ponían en casa, cuando estaban a solas. Si se hubiera sabido que estaban casados, habrían sido automáticamente despedidos de su trabajo. Pero después de la pelea que tuvieron, después de las cosas que le dijo Mykal, ¿por qué había seguido llevando el anillo?

Mykal se encogió de hombros.

—Eso parece.

—Pero… —Janis apretó los labios para no decir algo de lo que luego pudiera arrepentirse—. ¿Kylos no sabe nada? —solo preguntó aquello para ver qué decía.

—No. Apenas estuvimos en contacto durante los dos últimos años. Al menos, no que yo recuerde —Mykal miró a Janis a los ojos—. Supongo que te preguntarás dónde está mi esposa. Lo cierto es que no lo sé. Intuyo que de be de haber pasado algo. Por eso quiero encontrarla.

Aturdida, Janis se preguntó qué podía decir.

—¿Y si ella no quiere que la encuentres? —murmuró, y se arrepintió de inmediato de haberlo hecho.

—En eso tienes razón —Mykal parecía cada vez más adormecido—. Si aún me quisiera, a estas alturas ya habría dado señales de vida, ¿no te parece?

—No necesariamente. Puede que no sepa lo que pasó.

—Es posible —Mykal se movió un poco e hizo una mueca de dolor—. Hay un montón de cosas raras en este asunto. Por ejemplo, echa un vistazo al carné de identidad que hay en la cartera.

Janis sacó la cartera y la abrió, pero ya sabía lo que iba a encontrar. Y allí estaba: una foto de Mykal y el nombre *John Blunt* escrito debajo. Era el nombre que había utilizado para infiltrarse en el sindicato naval de la pequeña ciudad costera de Pierria, donde ambos habían estado trabajando como agentes secretos.

De manera que había tenido un accidente en la vieja moto que tanto le gustaba con su carné de identidad de John Blunt en el bolsillo y el anillo de bodas que poseía como Mykal Marten puesto en el dedo. Aquello no tenía sentido.

—¿Cuándo sufriste el accidente? —preguntó Janis—. ¿Y dónde? ¿Lo sabes?

—Hace dos meses, en algún lugar del territorio Granvilli, según me han dicho. Pero no lo sé con exactitud.

—¿Y cómo averiguaron tu verdadera identidad?

—Llevó un tiempo. Supongo que pasé unas semanas en el hospital de Granvilli y luego me trasladaron al bando leal a la monarquía gracias a un intercambio de prisioneros. Al parecer dedujeron que trabajaba de espía para el bando leal —Mykal trató de sonreír, pero se notaba que cada vez estaba más adormecido—. Ojalá pudiera recordar. Al parecer, llevaba una vida realmente intensa.

—Sí —murmuró Janis, recordando—. Así era —miró a Mykal un largo momento. Aquello ya se había prolongado demasiado. Su resistencia se estaba esfumando. Mykal tenía que saber la verdad.

Pero no pareció fijarse en lo que acababa de decirle. Movió la cabeza como para despejarse y miró a Janis con los ojos entrecerrados.

—¿Me ayudarás? —preguntó, arrastrando las palabras—. Siento una especie de doloroso vacío en mi interior y creo que, si pudiera encontrar a mi esposa, si supiera quién es, esa sensación desaparecería.

—Oh, Mykal —sin poder contenerse, Janis se tumbó en la cama junto a él y, cuidando de no hacerle ningún daño, tomó su rostro entre las manos y lo besó firmemente en los labios.

Mykal le devolvió el beso y ella se aferró a él, ansiosa por recibir su afecto, sedienta de su sabor. Abrazarlo fue como entrar en el paraíso.

Pero tenía que apartarse para poder decirle la verdad.

—Yo sé dónde está tu esposa —dijo con suavidad—. Siento no habértelo dicho de inmediato —tuvo que respirar profundamente para calmarse antes de continuar—. Soy yo. Nos casamos hace cuatro meses.

Mykal la estaba mirando, pero no parecía verla. Janis se mordió el labio, inquieta por su falta de reacción. Frustrada, apoyó la cabeza en la almohada y miró al techo.

—Nos conocimos en Pierria. Ambos trabajábamos allí. Yo estaba con el Servicio de Inteligencia de Granvilli, y tú… bueno, en realidad nunca supe con exactitud para quién trabajabas, o por qué. Pero nos enamoramos. Locamente. Nos casamos enseguida, sin apenas darnos cuenta de lo que hacíamos. Y entonces… —respiró hondo y cerró los ojos— tuvimos una terrible pelea. Me fui de nuestra pequeña casa al apartamento de mi hermano y no volví a verte —abrió los ojos y se volvió a mirar a Mykal—. Hasta ayer, cuando…

Dejó de hablar al darse cuenta de que Mykal estaba dormido.

—¡Mykal! —exclamó, pero él no se movió. Tras mirarlo un momento, rompió a reír hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas. Se lo había contado todo y él ni siquiera la estaba escuchando—. Oh, Mykal.

Acababa de levantarse cuando oyó voces fuera de la habitación. La ambulancia había llegado para llevar a Mykal al castillo.

Pero las cosas habían cambiado. Había dicho que se iba, pero ahora iba a quedarse con él. Mykal era su marido y la necesitaba.

Tomó su bolsa y se volvió a mirar la caja de madera. ¿Debía llevársela? No le gustaba la idea de dejarla allí. ¿Pero tenía derecho a hacerlo?

—Claro que lo tienes —murmuró para sí. A fin de cuentas, estaba casada con Mykal.

Moviéndose rápidamente, abrió la bolsa y metió dentro la cajita. Acababa de hacerlo cuando Kylos entró en la habitación y le vio cerrando la bolsa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con suspicacia.

—Prepararme para ir al castillo —Janis se esforzó por no parecer culpable. Temió que Kylos le hiciera vaciar la bolsa, pero no lo hizo.

—¿Dónde está la medicación de Mykal? —preguntó—. ¿Cuánta le queda?

—Está en el baño, pero no creo que vaya a necesitarla. Probablemente le prescribirán otra cuando lo examinen.

—Umm —Kylos la miró de reojo y entró en el baño a la vez que los enfermeros aparecían en el umbral de la puerta.

Janis se volvió hacia Mykal. ¿Quién sabía qué pasaría cuando llegaran al castillo? Respiró profundamente y pronunció en silencio una oración. Había llegado el momento de irse.

CAPÍTULO 07

—Lo primero que vas a hacer es contármelo todo sobre mi cuñado, el nuevo príncipe —la reina Pellea tomó la mano de Janis y le dedicó una sonrisa radiante—. Cuéntame todo lo que sepas.

Janis se sentía abrumada por las circunstancias, el maravilloso castillo, la suntuosa decoración, y la propia reina, que parecía salida de un cuadro del Renacimiento.

Tras dejar instalado a Mykal había tenido la oportunidad de hablar con uno de los médicos sobre sus síntomas, y luego había recibido el mensaje de la reina para que se reuniera allí con ella.

—Entonces, ¿está segura de que es el príncipe perdido? —preguntó Janis, boquiabierta.

Pellea se encogió de hombros.

—Los expertos aún no lo han confirmado, pero yo estoy segura de ello —sonrió traviesamente—. Le he echado un vistazo mientras lo examinaban los médicos y no tengo ninguna duda.

Janis le devolvió la sonrisa, aunque experimentando una intensa melancolía, porque sabía lo que eso significaba.

—Puede que tenga que convencerlo —dijo a la reina—. No para de protestar sobre la pérdida de libertad que supondría ser príncipe.

—Oh, no te preocupes por eso. Pronto cambiará de opinión. Haré que Monte se ocupe de él —la reina se refería a su marido, el rey Monte, el hermano mayor del nuevo príncipe—. Vamos, sentémonos a hablar.

Janis la siguió hasta un par de cómodas sillas situadas frente a una amplia chimenea de piedra.

—Y voy a decirte lo segundo que voy a hacer —añadió la reina, mirándola con recelo—. Vamos a conseguirte algo de ropa para que puedas quitarte ese mono. ¿Es un uniforme, o algo parecido?

—Algo así —Janis se sintió desconcertada, pues no esperaba que aquella pregunta surgiera tan pronto. Pero no podía mentir a la reina, sobre todo después de haber visto sus calmados y amables ojos.

—¿De dónde lo sacaste?

—De un campo de prisioneros —susurró Janis, deseando que se la tragara la tierra.

—¿Qué? —Pellea frunció el ceño como si no hubiera oído bien.

—De un campo de prisioneros —repitió Janis—. He pasado los dos últimos meses en un campo de prisioneros.

Acabo de salir.

—¡Oh! —Pellea se apoyó contra el respaldo del asiento y se quedó mirándola—. Oh, vaya…

Janis respiró temblorosamente. Sabía que aquello haría que todo cambiara. La reina estaba deseando conocerla, pero, después de escuchar aquello, la echaría de allí. ¿Y quién podría culparla? No podía permitir que una prisionera recién liberada deambulara por el castillo. Al menos había estado en un campo de prisioneros de Granvilli, no en uno de los leales a la corona. A pesar de todo, nunca debería haber acudido allí, reconoció, desolada..

Aunque la reina estuviera dispuesta a escuchar su versión de lo sucedido, ¿qué podía decirle? No había una excusa fácil. Aún podía escuchar la voz de su hermano Rolo susurrando junto a su oído:

«Esta vez sí que la has fastidiado, Janis. Has metido la pata hasta tal punto que tu propio marido te ha entregado». Pero no podía decirle aquello a Pellea.

Si se levantara y se fuera en aquel mismo instante, ¿podría evitar la humillación de ser escoltada fuera del castillo por un guardia armado? Miró la puerta con nerviosismo.

—¿Qué hiciste para acabar en un campo de prisioneros? —preguntó la reina con severidad.

Janis se encogió de hombros.

—En primer lugar hay que comprender cómo están las cosas actualmente en el territorio Granvilli. La sociedad se está desmoronando. Todo es un caos. La gente reacciona por miedo y rabia. En realidad no sé por qué me arrestaron. Y tampoco sé por qué me soltaron cuando lo hicieron.

Aquello era cierto. Sabía qué había enfadado a Mykal, pero no creía que aquello tuviera una relación directa con el motivo por el que fue encarcelada. Si realmente había sido él quien la había entregado, ¿qué motivos les había dado? No tenía ni idea.

Pellea frunció el ceño y buscó los ojos de Janis con la mirada.

—¿No te acusaron de nada concreto?

—Para eso habría hecho falta un sistema judicial en funciones, y en estos momentos carecen incluso de eso —Janis dudó, lista de para levantarse y marcharse—. Sé que esto supone un problema para usted —empezó a levantarse—. Debería habérselo dicho antes.

—No —dijo la reina en tono imperativo—. Siéntate y cuéntame todo lo que pasó.

—¿Y por qué iba a creer lo que le cuente? —protestó Janis, tratando de ser realista.

—Habla —ordenó Pellea—. Empieza por lo que pasó cuando te arrestaron. ¿Adónde te llevaron y qué te dijeron?

Aquello no resultaba tan fácil como pudiera parecer. Janis se humedeció los labios mientras recordaba la conversación que mantuvo con el guardián y trataba de decidir qué podía contarle a la reina al respecto.

—¿Qué delito he cometido? —preguntó cuando la detuvieron.

El guardián la miró con frialdad.

—Espionaje.

Espiar. Para eso le pagaban. ¿Cómo podían arrestarla por hacer aquello por lo que le pagaban?

—¿Qué clase de espionaje?

—Espionaje ilegal.

Aquello fue todo lo que le explicaron. La llevaron a un campo de prisioneros provisional que se hallaba cerca de la frontera, le quitaron su ropa y el resto de sus posesiones, junto con su dignidad, y le hicieron ponerse un mono azul. Los dos meses siguientes fueron una auténtica pesadilla. La comida era horrible y escasa. Perdió siete kilos, pero no habría recomendado a nadie aquella dieta. La trabajos que tuvo que hacer fueron casi siempre repugnantes, y, para redondear las cosas, cada noche tenía que librarse de algún guardián pesado. Afortunadamente, en el ejército le habían enseñado a defenderse, y logró mantenerse firme en su terreno, pero, de todos modos, la experiencia resultó muy amarga.

Pero ¿qué le podía contar a la reina de todo aquello? Pero tenía que contarle algo, y logró hacerlo dejando fuera algunas cosas, como su matrimonio, su hermano y algunos de los aspectos más sórdidos de la vida en el campo de prisioneros.

La reina la escuchó con expresión impasible.

—¿Por qué clase de espionaje te arrestaron? Supongo que tendrás alguna idea al respecto.

—Estaba haciendo un informe sobre las actividades de otro agente —explicó Janis—. Hice unas copias y se las entregué a alguien de quien creía que me podía fiar —el motivo por el que había hecho aquello por su hermano era algo en lo que no podía entrar—. Pero… —se interrumpió para no romper a llorar al recordar la expresión de Mykal cuando se había enterado de lo que había hecho.

Pellea la observó un largo momento, sin mostrar la más mínima intención de consolarla.

—Todo eso suena a una especie de guerra entre espías, ¿no crees? —dijo finalmente en tono desapasionado.

—Algo así —admitió Janis débilmente.

—No es nada personal, pero supongo que comprenderás que tengo muchas responsabilidades. Debo proteger a mi gente y a todos los que están en el castillo.

—Claro que lo comprendo.

Tras una pausa, Pellea añadió:

—Me temo que voy a tener que pedirte que te vayas.

Janis asintió. Era lógico que sucediera aquello. Las cosas habrían sido aún peores si la reina hubiera estado al tanto de sus antecedentes familiares. Estaba lista para irse, pero le habría gustado ver a Mykal una vez más antes de hacerlo. Intuía que, cuando se marchara, no volvería a verlo nunca más.

Acababa de levantarse para salir, cuando un cortesano entró de pronto en la sala.

—Su Majestad —dijo a la vez que hacía un reverencia—. Tiene que acudir al hospital. El doctor Pheasar necesita que vaya de inmediato.

Pellea se volvió hacia Janis.

—Debe de tratarse de Mykal —la miró un momento y luego añadió—: Será mejor que vengas conmigo.

Janis la siguió sin dudarlo. ¿Le habría sucedido algo a Mykal?

Un minuto después entraban en una sala de consultas, donde un médico examinaba unas radiografías en la pantalla de un ordenador. Mykal seguía dormido en una camilla que había en el otro extremo de la sala.

—Eche un vistazo a esto —dijo el médico a la vez que se apartaba y señalaba algo parecido a unas agujas que se hallaban muy cerca de una zona de la columna vertebral de Mykal—. No tiene buen aspecto. He consultado con algunos colegas. Hay diversidad de opiniones, pero la mayoría creemos que resultaría muy peligroso tratar de quitar esas esquirlas en estos momentos. Ahora le enviaré los informes, pero quería que lo viera en persona —el médico se volvió a mirarlas—. Aún podrá llevar una vida plena y activa, pero temo que tendrá que pasar la mayoría del tiempo en una silla de ruedas.

Janis se llevó una mano a la boca y la reina frunció el ceño.

—Creía que opinaba que las esquirlas estaban demasiado cerca de la columna como para dejarlas ahí —dijo—. Que podían moverse y afectar a la movilidad de Mykal.

—Eso era lo que pensaba antes, pero ahora que he analizado atentamente estas radiografías, creo que no podemos correr el riesgo de quitárselas.

Pellea miró a Janis.

—¿Qué piensas? ¿Cómo crees que se tomará la noticia?

A Janis le sorprendió que le pidiera su opinión. Pero la tenía.

—Si dependiera de mí, no lo operaría. Esperaría a ver qué pasaba —miró al médico y a la reina y movió la cabeza—. Pero sé que Mykal elegiría ser operado. Lo último que soportaría sería estar inactivo y atado a una silla de ruedas. Estoy segura de ello.

Pellea miró al médico y se encogió de hombros.

—Volveremos a hablar cuando Mykal esté despierto y lúcido —hizo un gesto a Janis para que la siguiera—. Ven conmigo.

Janis trató de obedecer, pero no pudo. Tenía que volverse a mirar de nuevo a Mykal, tenía que acercarse a él para tocarlo, aunque solo fuera un segundo. Aquella podía ser su última oportunidad de verlo. Se inclinó para besarlo en la frente.

—Te quiero —susurró y, al erguirse y volverse, vio que Pellea la observaba atentamente—. Lo siento —dijo, incómoda—. No podía irme así como así…

Sin decir nada, Pellea se volvió y salió de la sala. Janis la siguió automáticamente.

—Me gustaría que vinieras un momento a mis habitaciones —dijo la reina mientras entraban en el ascensor—. Tenemos que terminar nuestra conversación.

Janis asintió. Unos momentos después entraban en un precioso patio con un techado de cristal y lleno de plantas exóticas.

—Siéntate —dijo Pellea a la vez que señalaba una de las sillas que había en torno a una pequeña mesa—. Y cuéntame el resto de tu historia.

Janis hizo lo que le decía.

—¿Qué quiere saber?

—Quiero saber quién es Mykal. Qué clase de hombre es. Tendré que averiguar todo eso por mí misma, pero tú podrías poner en marcha el proceso contándome cómo os conocisteis y por qué estabais juntos.

Janis miró a la reina con curiosidad.

—Estoy segura de que ya se habrá ocupado de hacer que lo investiguen.

—Por supuesto. Tenemos un informe muy completo de las actividades que realizó hasta hace dos años, pero a partir de ahí se pierde por completo el rastro. Y ese es precisamente el periodo que él no logra recordar, así que, como verás, el asunto resulta un poco problemático.

—Oh. Y quiere que yo le informe.

—Si eres tan amable, por favor.

Janis se preguntó si debía hacerlo. ¿Pensaba utilizarla Pellea para obtener toda la información posible antes de echarla del castillo? Probablemente. Pero, a menos que quisiera quedar mal con ella, no tenía más opción que complacerla. De manera que asintió.

—Ya sabe que estaba en el ejército.

—Sí. Sabemos que se alistó hace dos años y medio, pero después se pierde el rastro por completo. No logramos encontrar a nadie con su nombre, y nadie parece capaz de decirnos nada.

Janis asintió.

—Eso es porque éramos… Mykal fue recomendado para el trabajo de espionaje desde un principio, y se presentó voluntario para entrenarse como espía de máximo riesgo. Probablemente anularon su identidad de todos los registros a partir de ese momento. Así, si lo atrapaban, nadie podría rastrear su identidad.

Pellea asintió.

—Comprendo —suspiró—. ¿Y entró mucho en acción?

—Durante la guerra, sí. Pero, una vez que se declaró la tregua, nuestras misiones se volvieron un poco más normales —Janis sonrió al recordar—. Durante una época me hice pasar por encargada de los parquímetros para comprobar quién vivía en determinadas zonas. Nos asignaron varias misiones de ese tipo.

La reina sonrió brevemente.

—Supongo que alguien tiene que hacerlo.

—Desafortunadamente, me tocó a mí.

Pellea frunció el ceño.

—Pero tú estabas en el ejército de los Granvilli, ¿no?

Janis se preparó para la parte más peliaguda de aquella conversación.

—Sí. Mi familia vivía en territorio Granvilli. Era lo más natural.

—Por supuesto, pero ¿y Mykal?

—Cuando nos conocimos trabajaba para los servicios de inteligencia de Granvilli, como yo, y asumí…

—Pero en realidad trabajaba para nosotros, ¿no?

Janis asintió.

—Sí.

Pellea sonrió de oreja a oreja.

—Es un alivio saberlo.

—Pero yo no me enteré de eso hasta más tarde.

—De manera que era doble agente, ¿no?

Janis asintió y luego movió la cabeza, preocupada.

—No me siento bien contándole cosas sobre Mykal. Debería contárselas él mismo.

—Pero él no puede hacerlo. Es posible que nunca llegue a recordar los que sucedió durante la guerra. Entretanto, debemos estar preparados para cualquier posible eventualidad, y solo podremos hacerlo si nos cuentas lo que sabes.

Janis permaneció un momento pensativa.

—Antes tengo que preguntárselo a Mykal. Lo siento, pero no me siento libre para hablar de su vida sin tener su permiso.

—Por supuesto —dijo la reina—. Pero supongo que sí podrás decirme quién te reclutó para el servicio de inteligencia.

Janis dudó. No sabía cuánto contar y cuánto callar.

—Mi hermano —admitió finalmente—. No estaba en el ejército pero trabajaba para ellos. Pensó que era idónea para el trabajo.

—¿Y tenía razón?

—Más o menos. Me gustaba el trabajo, pero no me sentía especialmente orgullosa de realizarlo. ¿Sabe a qué me refiero?

—Se te daba bien pero no estabas convencida de que fuera precisamente honorable.

Janis asintió. Pellea había dado en el clavo. Era liberador hablar con alguien que entendía las cosas con tanta rapidez.

—Exacto.

—¿Y Mykal?

Janis no pudo evitar sonreír.

—A él le encantaba. Disfrutaba engañando a los malos. Le gustaba jugar a ser más listo y espabilado que los demás.

—De manera que estaba en su salsa siendo doble agente.

—Eso parece.

Pellea miró un momento a Janis antes de hablar.

—Veo que lo amas… pero no sé si te gusta.

Janis rio.

—Lo adoro —dijo apasionadamente—. Lo amo y lo admiro. Haría cualquier cosa por él.

—¿Se te ocurre algún motivo por el que pudiera resultar peligroso que te alojaras aquí con mi familia unos días?

Janis meditó su respuesta. Finalmente negó con la cabeza.

—No.

—No tengo ningún documento que pudiera interesarte conseguir —dijo la reina medio en broma—. Al menos, no que yo sepa —sonrió—. De hecho, en estos momentos no tengo ningún secreto. Mi vida es un libro abierto.

—Oh, Majestad. Yo nunca haría algo…

—Estoy segura de ello. Y también sé que Mykal te preocupa de verdad. Pero lo que sienta por ti debe de ser un misterio incluso para él —sonrió y alzó una mano para acariciar la mejilla de Janis—. Así que creo que deberías quedarte por aquí. Mykal necesita todos los amigos que pueda conseguir en estos momentos.

Janis no esperaba aquello.

—Es usted muy amable, Majestad —murmuró, emocionada.

—Haré que alguien se ocupe de prepararte una habitación. Yo te avisaré en cuanto Mykal esté en condiciones de ver gente.

CAPÍTULO 08

Mykal estaba demacrado. Parecía una versión de Halloween de sí mismo. Janis apoyó una mano en su pecho para asegurarse de que estaba respirando. Respiraba. Al ver que no reaccionaba, miró un momento a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca y luego se inclinó para besarlo en los labios.

Mykal abrió los ojos y sonrió.

—Vaya —murmuró débilmente—. ¿Estaba soñando?

Janis volvió a besarlo y él le devolvió el beso.

—¿Has encontrado a mi esposa? —preguntó Mykal en cuanto se separaron.

Janis lo miró, indecisa. Era obvio que no recordaba lo que le había dicho; tal vez, ni siquiera la había escuchado. ¿Debía decírselo de nuevo? Frunció el ceño. Tal vez sería mejor esperar a que todo estuviera más asentado.

—Tengo una buena pista —dijo—. Te hablaré de ello más tarde.

Mykal asintió sin apartar los ojos de ella.

—De acuerdo. Me fío de ti.

Janis dejó de sonreír al escuchar aquello. Mykal no podía fiarse de ella. Aquel era precisamente el problema que había surgido entre ellos. Lo que más deseaba en el mundo era arreglar las cosas de manera que pudiera volver a confiar en ella.

Unos minutos después entró un cirujano para mostrarle a Mykal unas radiografías. Janis acababa de retirarse al vestíbulo para dejarlos a solas cuando llegó Pellea, que la abrazó antes de pasar a la habitación. Apenas habían pasado unos minutos más cuando entró un hombre al que Janis no conocía. Su presencia resultaba bastante imponente.

—Majestad —dijo la enfermera, que prácticamente se puso en pie de un salto.

—Buenas tardes —replicó el hombre en tono amistosamente distraído. Sonrió a Janis antes de pasar a la habitación.

Janis lo observó a través del cristal que separaba el vestíbulo de la habitación. Tenía que ser el rey Monte, el hermano mayor de Mykal. Después de verlo comprendió por qué estaba Pellea tan segura de que Mykal era el príncipe perdido. Se parecían muchísimo.

El rey se unió a la conversación que mantenían en la habitación. Mykal parecía muy empeñado en algo. Janis aguzó el oído y logró captar parte de la conversación.

—Si está seguro, podemos operarlo a primera hora de la mañana —estaba diciendo el cirujano.

Monte le dijo a algo a Mykal y luego tomó su mano. Fue un momento emocional. Janis notó que Mykal parpadeaba mientras el rey volvía a marcharse.

Pellea salió al vestíbulo.

—Pasa a hablar con él, cariño —dijo—. Está empeñado en que lo operen, y van a tratar de retirarle las esquirlas a primera hora de la mañana. Solo podemos rogar para que la operación tenga éxito.

Janis pasó al interior.

—Así que es verdad. Eres un príncipe.

—¿Tú crees? —dijo Mykal en tono irónico. Luego se quedó mirándola un momento—. Estás muy guapa.

—La reina Pellea me ha conseguido algo de ropa —Janis giró sobre sí misma para que Mykal viera la blusa de gasa y la falda corta que le había dado la reina.

Mykal sonrió y asintió para mostrar su aprobación, pero, de pronto, su expresión cambió, como si estuviera recordando algo. Janis esperó conteniendo el aliento, pero Mykal volvió a sonreír enseguida y el momento pasó.

Poco después, Kylos entró en la habitación.

—¿Qué eso que me han contado de que van a operarte? —preguntó—. Creo que es demasiado pronto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Mykal.

—Hablar contigo para tratar de hacerte razonar.

—Me refiero a qué haces en el castillo.

—Oh, he pedido permiso para venir. He pensado que te vendría bien un poco de apoyo moral.

—¿Bromeas? —Mykal miró a Janis y sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa mientras Kylos trataba de convencer a Mykal de que retrasara la operación. Mykal lo ignoró.

—¿Tú qué piensas? —preguntó Mykal—. ¿Has cambiado de opinión?

—Lo único que quiero es que estés a salvo. Eso es lo que más me importa.

La mirada de Mykal se oscureció.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí? Apenas me conoces.

—Te conozco mejor de lo que crees.

Mykal asintió lentamente.

—Nos conocimos durante el periodo que no recuerdo, ¿verdad?

Janis asintió mientras se preparaba para las siguientes preguntas. Mykal la observó un largo momento y luego volvió a sonreír.

—¿Tienes una cita? —preguntó, sorprendiendo a Janis.

—¿Una cita? —Janis rio—. Todavía no.

—Me refiero a si tienes algo que hacer esta noche.

Janis negó con la cabeza a la vez que miraba a Mykal con expresión interrogante.

—¿Por qué no te quedas un rato conmigo? Me siento bastante atontado y sospecho que no voy a tardar en dormirme, pero si te quedas conmigo hasta entonces…

—Será un placer complacerte —Janis ocupó la silla que había junto a la cama, sintiéndose más feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Mykal empezó a hablar y le contó muchas cosas sobre su infancia, sobre sus padres, que lo criaron con tanto amor y amabilidad, sobre las vacaciones que solía pasar en la playa. Janis disfrutó averiguando cosas que desconocía sobre él. Solo lamentaba no poder hablar con él sobre el tiempo que pasaron juntos, que, a pesar de su brevedad, fue muy feliz… y que había dado un bebé como resultado. Apoyó una mano en su regazo y se preguntó si Mykal llegaría a conocerlo, o a conocerla.



Era difícil saber cómo evolucionarían las cosas, pero, pasara lo que pasase, sabía que siempre amaría a Mykal.

A la mañana siguiente, Janis fue incapaz de dejar de pensar en lo que estaba sucediendo en la sala de operaciones. Esperaba que todo saliera bien y que Mykal pudiera sentirse libre para ocupar su posición en la familia real y disfrutar de ello al máximo. Todo debía ser perfecto para él. Lo merecía.

Ella ya lo había perdonado por no haber acudido a rescatarla del campo de prisioneros. A fin de cuentas, lo sucedido fue culpa suya. El día que Mykal le dijo que nunca podría volver a fiarse de ella fue el más infeliz de su vida. Cuando la policía secreta acudió a llevársela, casi sintió que merecía lo que iban a hacerle.

Pero después empezó a preguntarse cómo habían llegado las cosas a aquello. A fin de cuentas, Mykal no simpatizaba con los Granvilli. De hecho, y en secreto, era leal a la monarquía, de manera que, ¿por qué la entregó a las autoridades de Granvilli? No tenía sentido.

Pero aquello ya apenas importaba. Mykal formaba parte de la familia real, algo que nunca le pasaría a ella. La familia de la que procedía, los Gorgonios, llevaban más de cien años dirigiendo la mafia de Ambria. Su abuelo, su padre, y después su tío, habían sido sucesivamente dirigentes de la organización, y cada uno de ellos había sido el criminal más buscado de su época. No había manera de ignorar el hecho de que procedía de una familia que pertenecía a la escoria de la sociedad.

Había tratado de distanciarse de su familia de todas las formas posibles, y había tratado de que Rolo hiciera lo mismo. Al principio le había hecho caso, pero en los últimos tiempos temía estar perdiendo la partida con él. Rolo no parecía dispuesto a alejarse para siempre del mundo del crimen organizado.

Fue a la biblioteca del castillo para tratar de distraerse con alguna revista, pero no logró concentrarse, de manera que decidió deambular por el castillo y distraerse con el trasiego reinante. Acababa de apoyarse en una barandilla que daba al patio central del castillo cuando sintió que se le helaba la sangre en las venas. Abajo estaba su hermano Rolo con su primo Jasper. Por lo que sabía de aquellos dos, no deberían haberles permitido entrar en el castillo. Empezó a caminar para alejarse lo más posible de ellos. Apenas podía respirar. ¿Qué hacían allí? ¿Y qué iba a hacer ella al respecto?

Su mente empezó a llenarse de posibles escenarios de pesadilla. Sabía que debía avisar a Pellea de la presencia de aquellos dos intrusos, pero, si lo hacia, la reina no tardaría en averiguar la clase de familia de la que procedía. Si delataba a Rolo y a Jasper, los echarían de allí sin contemplaciones… y a ella a continuación. Pero no quería irse hasta estar segura de que Mykal se encontraba bien. Después, tendría que irse antes de que alguien averiguara que estaba embarazada. Mykal creía saberlo ya, pero, a menos que recuperara de pronto la memoria, no relacionaría aquel embarazo consigo mismo. Aquel era el abismo al que se enfrentaba; cuando averiguaran en el castillo de qué familia procedía, no querrían saber nada de ella… pero sí querrían al bebé.

Sintió una oleada de pánico. Nadie debía enterarse de la verdad. Se iría en cuanto pudiera al continente. Tal vez emigraría a Australia, o a Canadá. Se llevaría a su bebé tan lejos de Ambria como le fuera posible. Conseguiría una documentación falsa. Ya lo había hecho en otras ocasiones y tenía los contactos necesarios. Tenía que irse, y nadie debía enterarse.

Miró su reloj. Ya podía acudir a la unidad médica. Tenía que estar tan cerca de Mykal como le fuera posible. Se volvió con determinación y se encaminó rápidamente hacia los ascensores.

Janis ocupó una de las sillas de plástico de la sala de espera y se puso a ojear una revista, aunque ni siquiera fue capaz de fijarse en el título de los artículos mientras esperaba a tener noticias de cómo iba la operación.

Incapaz de permanecer quieta más tiempo, se levantó para caminar. Al pasar junto a la sala de la enfermera de guardia vio que esta no estaba, lo que significaba que no había nadie protegiendo la información acumulada en los archivos. Y aquellos archivos podían contener información sobre los detalles del accidente de Mykal. ¿Debía arriesgarse a que la atraparan husmeando? ¿Por qué no pedir directamente la información a la enfermera cuando regresara? Pero aquello no solía funcionar con las personas encargadas de preservar información reservada, de manera que decidió intentarlo por su cuenta.

Se acercó rápidamente al armario archivador y abrió el cajón en el que supuso que estarían los informes de los pacientes. Las carpetas estaban en orden alfabético y empezó a buscar rápidamente. De pronto, se escucharon pasos procedentes del pasillo. Solo necesitaba un par de segundos más.

Cuando la enfermera entró, Janis ya se había apartado del archivador.

—Hola —saludó la enfermera mientras ocupaba su asiento tras el escritorio.

—Hola —respondió Janis—. ¿Tiene alguna noticia sobre cómo va la operación?

La enfermera negó con la cabeza.

—Lo siento. En cuanto me entere de algo se lo comunicaré.

—Gracias.

Janis volvió a sentarse y tomó su revista mientras los intensos latidos de su corazón amainaban. No había encontrado la carpeta del informe sobre Mykal en el archivador. Probablemente estaría en su habitación. En algún momento tenía que conseguir verlo. Averiguar lo sucedido se estaba convirtiendo en una auténtica obsesión.

Unos minutos más tarde Kylos entró en la sala de espera. Iba vestido de negro, como de costumbre. Janis lo miró y le dedicó una leve sonrisa. Asumió que la mueca de Kylos fue su respuesta. Simuló centrarse en su revista mientras Kylos ocupaba una silla a su lado. Parecía tan tenso como ella se sentía.

—¿Hay alguna noticia?

—No. Nada —Janis sintió que Kylos parecía realmente preocupado, y experimentó una pequeña oleada de afecto por él—. Supongo que te llevaste una gran sorpresa cuando le dijeron a tu hermano que era uno de los príncipes desaparecidos, ¿no?

—En realidad no —dijo Kylos con un evidente matiz de amargura en la voz—. Mykal siempre consigue el primer premio. Parece llevarlo en la sangre.

—Sí —murmuró Janis—. Sé a qué te refieres.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó Kylos con una sonrisa de evidente desprecio—. ¿Acaso piensas que alguien como tú va a poder quedarse con él?

Janis parpadeó, desconcertada.

—¿A qué te refieres?

—Te dije que te iba a investigar, y he averiguado unas cuantas cosas.

Janis sintió un escalofrío.

—¿Qué cosas?

—Da igual —Kylos volvió a sonreír—. Hablaremos de ello más tarde.

Janis se encogió de hombros. En aquellos momentos no podía pensar en sus propios problemas. Tan solo podía pensar en Mykal.

Kylos se movió con evidente inquietud en su asiento.

—¿Crees que Mykal saldrá adelante de la operación? ¿Crees que morirá?

Janis se volvió a mirarlo, conmocionada.

—¡Claro que no va a morir! ¿De dónde te has sacado esa absurda idea?

Kylos se encogió de hombros, incómodo.

—Las esquirlas de metralla están en un lugar muy peligroso, y ya que no paran de decir que…

—Mykal no va a morir —dijo Janis apasionadamente, aunque por dentro se estremeció—. Esperamos que la operación no le produzca ningún daño colateral.

Kylos frunció el ceño.

—Probablemente dejará de necesitar los analgésicos, ¿no?

Janis se quedó sorprendida por aquella extraña pregunta. Pero estaba claro que Kylos era un hombre extraño.

—No tengo ni idea.

Kylos dejó escapar algo parecido a un gruñido, pero no dijo nada.

—Cuando termine la operación, y si todo ha ido bien, ambos vamos a contarle nuestros secretos, ¿verdad Kylos? Yo le diré quién soy en realidad y tu le contarás lo de tus padres, ¿de acuerdo? —preguntó Janis, esperanzada.

—¿Estás loca? Pasarán muchos días hasta que Mykal esté en condiciones de recibir noticias como esas —Kylos movió la cabeza y añadió, casi para sí—: Aún tendrán que pasar unos días.

Janis se quedó mirándolo un momento.

—¿Tienes un trabajo, Kylos?

—Claro que tengo un trabajo. Me dedico a redactar contratos.

—¿Qué clase de contratos?

Kylos suspiró.

—Estuve matriculado en Derecho, pero el decano de la facultad me tenía manía y no logré acabar la carrera. Pero aprendí lo suficiente como para asistir con los papeleos a los abogados. Eso es lo que hago.

—¿Trabajas por cuenta propia?

—Más o menos. Leland Lake, un abogado y buen amigo, me da bastante trabajo.

Janis asintió y siguió ojeando su revista. Kylos permaneció un rato sentado y luego se excusó para ir al servicio. Al volver la mirada hacia su asiento, Janis notó que se había dejado el móvil. Casi de inmediato, este empezó a sonar. El tono de llamada era tan estridente y fuerte que Janis decidió responder. Normalmente no habría hecho algo así, pero el sonido era realmente insoportable.

—¿Sí? —contestó.

—¿Puedo hablar con Kylos Marten?

Janis reconoció la voz enseguida. Era Griswold, el mayordomo de día.

—Ahora mismo no está, pero yo soy Janis Davos. Hola, Griswold.

—Oh, hola, señorita.

—¿Quiere que le de algún recado?

—Oh… Oh, ¿por qué no? Por favor, dígale que el grupo en cuestión ya ha llegado.

—Creo que va a tener que ser un poco más específico, Griswold. ¿Qué grupo en cuestión?

—La gente interesada en la casa —contestó el mayordomo tras un momento de duda—. Él sabrá a qué me refiero. Dígale que yo me ocuparé de enseñarles los alrededores hasta que él venga.

—De acuerdo, Griswold.

—Gracias, señorita.

Janis permaneció pensativa mientras espera a que Kylos regresara. Cuando lo hizo, esperó a que tomara su teléfono y se dispusiera a sentarse.

—Has recibido una llamada.

Kylos frunció el ceño.

—¿Y has respondido?

—El teléfono hacía un ruido horrible.

—No es ruido —dijo Kylos, ofendido—. Es un tema de mi grupo favorito.

Janis decidió no hacer comentarios al respecto.

—Era Griswold. Me ha dicho que la gente interesada en la casa ha llegado y que se ocupará de entretenerlos hasta que llegues —miró atentamente a Kylos antes de añadir—: ¿Estás vendiendo la casa?

Kylos se limitó a dedicarle una mirada asesina antes de encaminarse hacia la puerta a toda prisa.

—Volveré —masculló antes de salir.

De manera que el muy miserable había puesto la casa en venta sin que Mykal lo supiera. Aquello le daba mala espina. No creía que Mykal fuera a alegrarse cuando se enterara. Ni siquiera sabía que sus padres habían muerto y Kylos ya estaba vendiendo la casa. Eso no estaba bien.

Trató de concentrarse de nuevo en su revista, pero ya ni siquiera veía las fotos. «Por favor, por favor», repetía constantemente en silencio. «Haz que todo salga bien».

Pellea se presentó en la sala de espera unos minutos después.

—¿Hay alguna noticia? —preguntó.

Janis negó con la cabeza, sintiéndose perdida.

—Voy a averiguar qué pasa —dijo la reina, que se encaminó con paso firme hacia las dobles puertas que llevaban a la zona de quirófanos.

Volvió a salir unos momentos después.

—Nadie dice nada —informó a Janis—. Volveré dentro de un rato para ver si consigo que me cuenten algo.

Pasó media hora. Luego otra. Janis caminaba de un lado a otro de la sala de espera, cada vez más preocupada. ¿Qué estaría pasando en la sala de operaciones? ¿Por qué no salía nadie a decirle nada?

Pellea regresó y le hizo sentarse a su lado.

—Van a venir unos especialistas de Viena.

—¿Por qué? —preguntó Janis, angustiada.

—Parece que ha surgido algún problema. Pero no te preocupes; los cirujanos que vienen son los mejores del mundo.

Los médicos llegaron unos instantes después. Pasaron por la sala de espera a toda prisa, como dioses recién llegados del Olimpo. Pellea y Janis permanecieron tomadas de la mano, rogando en silencio. En determinado momento se escuchó un vocerío procedente de la zona de quirófanos y los ojos de Janis se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, no! —exclamó—. Algo le ha pasado a Mykal…

—Tranquila —dijo Pellea—. Seguro que está bien —añadió, pero sin su habitual firmeza.

Kylos regresó media hora después. Cuando Janis lo presentó a la reina pareció transformarse en un hombre distinto, todo sonrisas y buenos modales. Janis apenas podía creerse aquella transformación, pero no tenía tiempo para pensar en ello. Solo tenía tiempo para preocuparse. Era lo único que le quedaba.

Y de pronto, todo acabó. El doctor Pheasar salió de la zona de quirófanos y tomó a la reina de las manos a la vez que movía la cabeza. Janis comenzó a sollozar y el cirujano la miró con expresión sorprendida.

—No llore, querida. Creo que el pronóstico es bastante bueno. No es perfecto, pero es mucho mejor de lo que esperábamos.

—¿Está seguro? —Janis tomó al médico por el brazo—. ¿Lo dice en serio?

—Totalmente en serio. Esta noche será mejor dejarlo tranquilo, pero mañana por la mañana podrán verlo a primera hora.

Al escuchar aquello, los sollozos de Janis arreciaron y Pellea se unió a ellos. Pero, a la vez que lloraban, rompieron a reír.

El cirujano volvió a mover la cabeza, perplejo.

—Mujeres —murmuró mientras se alejaba.

Pero a Janis le dio igual. Habían superado un obstáculo. El más difícil. Ya solo faltaba que Mykal terminara de curarse… y recuperara la memoria.

CAPÍTULO 09

Rayaba el alba cuando Janis entró con sigilo en la habitación de Mykal y se acercó a su cama. Se inclinó sobre él, lo besó en los labios y luego lo tomó de la mano. Él abrió los ojos lentamente y la miró. Nerviosa, Janis aguardó su reacción.

No podría haber esperado nada mejor. La sonrisa de Mykal fue ensanchándose hasta alcanzar sus ojos. Janis supo que, al menos instintivamente, la amaba. Podía sentirlo.

—Hola —saludó Mykal—. Has vuelto. Estaba deseando verte.

—Y yo a ti —replicó Janis con sencillez—. Tenemos muchas cosas de qué hablar.

La sonrisa de Mykal flaqueó.

—Nos conocíamos antes, ¿verdad?

—Sí.

—Lo sabía. Es extraño que pueda sentirlo a pesar de no recordarlo —Mykal miró a Janis con expresión expectante—. ¿Y…?

Janis trató de sonreír, pero estaba muy nerviosa.

—Primero dime cómo te sientes.

—Estupendamente. Podría levantarme y ponerme a bailar ahora mismo si no tuviera puesto el maldito suero.

—Nada de eso. Tienes que permanecer quieto para terminar de curarte.

—Claro. Pero no te preocupes, Janis; voy a estar bien. Ya no voy a pasarme la vida temiendo que un diminuto trozo de metralla me deje paralizado —Mykal movió la cabeza—. No sabes el alivio que supone.

—Claro que lo sé —Janis sonrió y Mykal alzó una mano para acariciarle la mejilla. Sintió la tentación de volver el rostro para besarle la palma, pero se contuvo.

—Ahora que te he contado mis noticias, cuéntame las tuyas —dijo él cuando apartó la mano. Su mirada se oscureció ligeramente cuando añadió—: ¿Has encontrado a mi esposa?

Janis asintió. A pesar de que podía suponer su perdición, estaba a punto de contarle la verdad. Reaccionara como reaccionase Mykal, era lo que debía hacer.

—Sí —respondió escuetamente.

Mykal la miró, conteniendo apenas una sonrisa.

—¿Eres tú?

Cuando Janis asintió, su sonrisa se ensanchó.

—Lo intuía —alargó una mano para atraerla hacia sí—. Sabía que ibas a ser tú —abrazó a Janis con un solo brazo y aspiró el aroma de su pelo—. No podrías haberme contado nada que me hubiera hecho más feliz.

Janis rio, feliz, aun sabiendo que aquel momento no iba a durar. Se inclinó a besarlo y él le devolvió el beso.

—¿Por qué no me lo contaste desde el principio? —preguntó Mykal.



—No podía —contestó Janis, consciente de que se acercaba la parte más difícil—. Debía evitar cualquier información que pudiera disgustarte.

—Pero averiguar que tenía una esposa como tú no iba a disgustarme —dijo Mykal. Al ver la expresión de Janis, la suya cambió—. ¿O sí?

Janis cerró los ojos y respiró profundamente.

—Sí, si supieras toda la historia —dijo con tristeza.

Mykal apartó la mirada y ella se preguntó qué estaría pensando. Cuando volvió a mirarla, su expresión parecía preocupada.

—Tal vez deberíamos dejarlo estar, Janis. Tal vez sería mejor pretender que nunca pasó… fuera lo que fuese.

—No podemos hacer eso, Mykal. Aunque quisiéramos. De hecho, ahora que vas a pertenecer a la realeza, todo lo que tenga que ver contigo va a salir a la luz. No vas a poder ocultarte de ello.

—De acuerdo. Cuéntame. ¿Tan terrible fue lo que hiciste como para tener que ocultármelo?

—Cuando volaste en tu moto no estábamos juntos.

—¿Qué pasó?

Janis le contó cómo se conocieron, y que ambos trabajaban de espías.

—Como tú solías decir, vivíamos en un mundo de mentiras y debíamos esforzarnos para mantener nuestra propia realidad al margen —continuó hablándole de la época que pasaron juntos, de cuánto se amaban, de su boda secreta—. Éramos muy felices juntos. Nos entendíamos de maravilla. Era casi un milagro. Apenas podíamos estar sin vernos.

—Eso puedo creerlo —dijo Mykal, esbozando una sonrisa.

—Pero había algunas nubes en el horizonte. Cosas sobre las que no sabías nada. Y yo era la culpable —la voz de Janis se quebró al añadir aquello. Mykal la tomó de la mano sin decir nada—. Sabes muchas cosas sobre mi pasado, pero nunca te hablé de mi hermano Rolo. Lo conocías. No estaba en el ejército, pero hizo algunos trabajos para nosotros y trabajó contigo en un par de ocasiones. Es mi hermano pequeño. Prácticamente lo crié, pues nuestros padres no solían estar mucho en casa. Cuando era pequeño lo adoraba. Era un niño encantador. No acabó siendo lo que me habría gustado, pero lo intenté —la voz empezó a temblarle, pero ya no podía parar—. Pero nunca perdí la esperanza. Siempre pensaba que, si le daba una nueva oportunidad, la aprovecharía. Pero Rolo siempre necesitaba un cambio, siempre había alguien en contra suya, o, al menos, eso era lo que él creía.

Mykal asintió mientras la escuchaba, pero Janis notó que su mirada se había vuelto un poco más distante. Aquello le produjo un escalofrío, pero ¿qué esperaba?

—Apenas llevábamos dos meses casados cuando Rolo acudió a mí en busca de ayuda. Una vez más, estaban a punto de echarlo. Necesitaba alguna evidencia para demostrar que podía hacer el trabajo que esperaban que hiciera. Tenía que buscar alguna buena información que ofrecerles, y quería que yo la consiguiera para él.

—No me gusta adónde nos está llevando esta conversación —murmuró Mykal.

Janis sintió que su corazón se encogía dolorosamente. Mykal pareció dispuesto a condenarla antes de haber escuchado toda la historia.



—Quería ayudarlo —continuó—. Quería creer en él. Es la única familia que me queda. Pero al tratar de ayudarlo hice algo muy malo, muy estúpido… Revisé tus papeles en busca de información, de cualquier cosa intrascendente que pudiera servir para que Rolo conservara su trabajo. Algo que ni siquiera notaras. Encontré la investigación que habías realizado sobre los diseños del puerto Grieg. Me habías comentado que no servía para nada, de manera que hice una copia y se la entregué a Rolo.

Mykal retiró la mano con la que aún sostenía la de Janis.

—Vaya —fue todo lo que dijo.

Janis bajó la mirada y asintió.

—Después, Rolo me llamó para decirme que la información no le servía sin una copia de la segunda página. Cuando volví a revisar tus papeles para conseguirla, me descubriste —al notar que Mykal la miraba con expresión horrorizada a la vez que se apartaba todo lo posible de ella, movió la cabeza, desconsolada—. Ya te había dicho que lo que tenía que contarte no era bueno. Es el motivo por el que ya no estamos juntos —respiró temblorosamente y, cuando siguió hablando, su voz comenzó a sonar más y más mecánica—. Al principio, apenas podías creer lo que viste. Después me dijiste con toda claridad que nunca podrías perdonarme, que no podrías volver a fiarte de mí. Traté de explicarte la situación, pero, lógicamente, ni siquiera quisiste escucharme. Te enfadaste mucho y me dijiste que no querías volver a verme. Yo salí corriendo del apartamento y fui a la nueva casa de Rolo, un lugar del que no sabías nada. Me quedé hasta el día siguiente. Allí fue donde me arrestó la policía.

—No comprendo —dijo Mykal—. ¿Por qué te detuvieron?

—Rolo me dijo que tu llamaste a la policía y les informaste sobre mí.

—¿Yo?

—Sí. Deduje que era cierto, porque, ¿quién más podría haberme delatado?

Mykal movió la cabeza como si no pudiera creer que Janis pensara aquello de él.

—Creía que habías dicho que no sabía dónde estabas.

—Alguien debió de decírtelo.

Mykal miró un largo momento a Janis, obviamente frustrado por no poder recordar los detalles personalmente.

—No me lo creo.

Janis se encogió de hombros. Y no sabía qué creer, pero lo que estaba claro era que la habían arrestado.

—En cualquier caso, el hecho es que vinieron a por mí y me llevaron al campo de prisioneros de Swanson, cerca de la frontera. Pasé dos meses allí y, en cuanto me soltaron, hace unos días, fui a buscarte. Me enteré de que habías cruzado la frontera y vivías en la ciudad. Alguien me dio tus señas y me planté en tu casa aún vestida con el mono de la prisión. Y allí estabas, con la espalda llena de metralla y a punto de ser nombrado príncipe. No me pareció oportuno contarte la verdad en aquellas circunstancias y por eso no lo hice.

Mykal cerró los ojos y movió la cabeza. Luego volvió a mirar a Janis.

—De manera que ese anillo de casados es nuestro…

Janis sonrió a pesar de todo.



—Sí. Solo nos los poníamos cuando estábamos en casa. Se suponía que no podíamos casarnos. Iba en contra de las normas militares —frunció el ceño—. Por eso no entiendo por qué lo llevabas puesto cuando sufriste el accidente… ¿y tú?

Mykal se encogió de hombros.

—Obviamente no.

—¿Y recuerdas qué fecha era?

—No.

Janis volvió la mirada hacia los pies de la cama, donde solían estar los gráficos y otros papeles médicos de Mykal. Allí no había nada. Miró de nuevo a Mykal. Parecía cansado, confundido. Alargó una mano para acariciarle el brazo, pero él no hizo el más mínimo intento de devolverle la caricia.

—Creo que ya te he dado mucho en qué pensar —dijo mientras se esforzaba por reprimir las lágrimas—. Ahora será mejor que me vaya. Volveré a mediodía, ¿de acuerdo?

Mykal no contestó. Se limitó a mirarla como si no la hubiera visto nunca antes. Janis se volvió y salió rápidamente de la habitación. Una vez fuera, las lágrimas empezaron a manar de sus ojos. Su matrimonio estaba acabado.

Trató de calmarse mientras avanzaba por el pasillo. Aún había mucho que hacer. Debía mantener el control, o las cosas podían empeorar aún más. Poco a poco logró calmarse.

Unos minutos después cayó en la cuenta de que no le había dicho a Mykal que Kylos estaba enseñando la casa a posibles compradores. Pero lo mejor sería que se lo dijera el propio Kylos. Mykal no tenía por qué recibir todas las malas noticias al mismo tiempo.

Al pasar junto a las puertas abiertas de una oficina, reconoció a alguien a quien conocía hacía unos años y pensó que podría serle útil.

—Señor Dreyer —dijo mientras se acercaba a un hombre mayor de aspecto distinguido—. ¿Me recuerda?

El hombre sonrió a la vez que le ofrecía su mano.

—Claro que te recuerdo. Eres la pequeña de los Gorgonio, ¿no?

Janis le devolvió la sonrisa. Varios años antes, su tío había tratado de contratar los servicios del señor Dreyer como abogado defensor, pero, tras varias reuniones, este le recomendó otro abogado.

—Todo el mundo tiene derecho a una defensa decente —dijo entonces—, pero yo no podría aceptar ocuparme de un caso que no iba a dejarme dormir por las noches. Tengo una familia en la que pensar.

Janis no olvidó aquellas palabras, que, años más tarde, le sirvieron para tomar la decisión de desvincularse de su familia.

—Sí, pero ahora utilizo el apellido de soltera de mi madre, Davos —aclaró.

—Ah. Puede que eso sea buena idea.

—Sí —Janis respiró profundamente antes de lanzarse a explicar por qué estaba en el castillo y lo que le había pasado a Mykal—. Es magnífico que se le haya presentado la oportunidad de convertirse en un príncipe, pero creo que le convendría tener un representante legal. Todo es tan nuevo e inesperado para él… ¿Le importaría hablar con él?



—Claro que no me importaría. Todo lo que me has contado suena muy excitante y, a veces, la gente pierde el rumbo en ese tipo de circunstancias. No le vendrían mal algunos consejos, que es en lo que me especializo como abogado.

—Sí. No es que no me fíe de la gente del castillo y de lo que están haciendo por él, pero creo que a Mykal le convendría contar con alguien que velara por sus intereses. Y ya que yo pienso marcharme…

—Hoy tengo algunos asuntos que atender, pero mañana podría ir a ver a Mykal.

—Se lo agradecería mucho —Janis explicó al abogado dónde estaba Mykal y luego se fue, sintiéndose satisfecha.

Sabía lo que estaba haciendo, aunque no era lo que tenía planeado originalmente. Quería que Mykal firmara los papeles del divorcio, cosa que probablemente haría, pero también quería que renunciara a sus derechos de paternidad, cosa que dudaba mucho que fuera a aceptar. No le iba a quedar más remedio que ocultarse en algún lugar donde no pudiera encontrarla. Y ya que no iba a poder quedarse con él para ayudarlo, se alegraba de haber encontrado a alguien que pudiera hacerlo por ella.

Pero aún le quedaba por hacer lo más duro de todo. Antes de irse debía revelar a Mykal quién era su familia. Aquello le haría comprender por qué no tenía más remedio que irse. Su tío, Max Gorgonio, el hermano de su padre, era el gánster más famoso de Ambria y el hombre que, unos años antes, estuvo a punto de arruinar a los padres de Mykal. En aquellos momentos estaba en la cárcel, sentenciado a cadena perpetua. Su apellido era temido y despreciado en todo el país, y ella había nacido con aquel apellido.

Cuando se detuvo en una cafetería para llevarse un café a la habitación, encontró a su hermano Rolo sentado a una mesa con su primo Jasper. Ambos parecían cabizbajos y apesadumbrados.

—¡Janis! —exclamó Rolo al verla—. Meno mal. Me había enterado de que andabas por aquí y te estaba buscando. Necesitamos ayuda.

—Ahora no puedo ocuparme de nada, Rolo. Necesito descansar —Janis vio la conmocionada expresión del rostro de su hermano, que no estaba acostumbrado a que su hermana mayor le negara su ayuda—. ¿Por qué no pasas por mi habitación hacia las tres? Veré qué puedo hacer —tras explicarle rápidamente dónde estaba su alojamiento, pidió su bebida y se fue.

Se tumbó en la cama decidida a pensar solo en Mykal, pero, a pesar de sus esfuerzos, solo logró pensar en lo que este había dicho sobre Rolo y en la firmeza con que había mantenido que él no había llamado a la policía. Y ella quería creerlo con toda su alma.

Pellea salía de la habitación de Mykal cuando Janis estaba a punto de entrar.

—¿Cómo está? —preguntó de inmediato.

—Cansado, pero bien —contestó Pellea, radiante—. Ahora no tengo más remedio que irme para asistir a una reunión relacionada con el baile que se celebra la semana que viene. Tendremos que buscarte un vestido adecuado, querida —añadió con una sonrisa—. Pensábamos que íbamos a tener que hacer desfilar a un montón de jovencitas para que Mykal eligiera alguna como prometida, pero ahora ya no hará falta.

—Oh —dijo Janis, sorprendida—. ¿Qué le ha contado Mykal?

—Nada, cariño —contestó Pellea a la vez que le daba un abrazo—. Pero solo hay que ver su expresión cada vez que se menciona tu nombre.

Janis simuló no saber de qué estaba hablando la reina.

—Lo importante es que se encuentre bien —murmuró vagamente.

En cuanto la reina se fue, Janis pasó a la habitación de Mykal, dispuesta a contarle la verdad sobre su familia.

—Hola —saludó, indecisa, sin saber cómo iba a ser recibida.

—Hola —por un instante, Mykal no sonrió, como si estuviera repasando todo lo que sabía sobre ella y estuviera decidiendo cómo debía reaccionar. Finalmente, esbozó una sonrisa—. Cada vez que te veo estás más guapa. ¿Cómo puedo haber olvidado que te amaba?

—La amnesia juega muy malas pasadas.

Mykal tomó a Janis de la mano.

—Hay tantas cosas que no sé… ¿Dónde vivíamos? ¿Cuánto tiempo estuvimos casados? ¿Teníamos un gato?

Janis rio.

—No teníamos gato, pero sí un lagarto al que llamábamos Ferdinand. Vivía en el patio.

Mykal tiró de ella para que se sentara en la cama a su lado.

—¿Vivíamos cerca del mar? ¿Dábamos largos paseos por la playa? ¿Hacíamos el amor las tardes lluviosas?

—Hacíamos todo eso —dijo Janis con un suspiro a la vez que se acurrucaba junto a él—. Éramos muy felices.

—¿Hasta…?

—Sí, hasta aquel fatídico día.

Mykal la estrechó contra su costado y enterró el rostro en su pelo para aspirar su aroma.

—Olvida ese día —murmuró—. Dejémoslo atrás.

—No podemos dejarlo atrás. Ya sabes lo que hice. Nunca volverás a sentir lo mismo por mí.

—¿Cómo puedo saber que no siento lo mismo si no recuerdo lo que sentía?

—Cuando recuperes la memoria lo comprenderás —Janis respiró profundamente antes de añadir—: Creo que entonces comprenderás que en realidad me odias.

—¿Que te odio? —Mykal negó con la cabeza—. He sentido muchas cosas desde que apareciste a mi lado, pero ninguna de ellas ha sido odio.

Janis se irguió con el ceño fruncido.

—Me temo que no comprendes del todo lo que hice.

—Sí lo comprendo.

—Te traicioné. Fue algo imperdonable.

—Sí, y no puedo perdonarte por ello. Pero puedo comprenderlo. No estabas pensando en mí. Estabas desesperada por ayudar a tu hermano pequeño. Seguro que te has pasado casi toda la vida tratando de ayudarlo. Eso es algo que en algún momento tendrás que aprender a dejar de hacer, pero que comprendo.

—Mykal…



—Ya es suficiente —dijo él a la vez que apoyaba un dedo sobre los labios de Janis—. Dejemos ese episodio atrás y sigamos adelante.

—No podemos. Aún hay más —añadió Janis, preparándose para contarle la verdad sobre su parentesco con los Gorgonio.

—Me da igual. Ven aquí.

La mirada azul de Mykal era hipnótica para Janis. Siempre lo había sido. Un instante después estaba entre sus brazos, besándolo, consciente de que no iba a hablarle de su familia. Aún no. Aquel momento era demasiado maravilloso como para estropearlo.

Cuando Rolo se presentó en su habitación, Janis no ocultó su enfado.

—De acuerdo, Rolo —dijo sin preámbulos—. ¿Por qué fue a detenerme la policía secreta? Mykal me ha dicho que no fue él quien los llamó, y le creo.

Rolo pareció sorprendido, y Janis casi pudo leer sus pensamientos mientras decidía qué parte de la verdad contarle.

—Sí, tienes razón. Era una trampa. Cuando entregué los papeles que me diste, quisieron saber de dónde los había obtenido. Pero no quise decírselo.

—¿Y?

Rolo unió las manos en un gesto de súplica.

—Me torturaron, Janis. ¿Qué podía hacer?

—Les dijiste que había sido yo, ¿no?

—Yo… sí… más o menos. No pude evitarlo. Me estaban torturando.

—Sí, seguro —Janis no veía ninguna señal de torturas en su hermano. Probablemente lo habían amenazado con quitarle sus videojuegos.—. Y les dijiste que estaba en mi apartamento.

—No —negó Rolo con firmeza—. Nunca les habría dicho dónde estabas. Te lo juro.

—¿A pesar de que te torturaron? —preguntó Janis con ironía.

—Lo que sucedió fue que me siguieron al apartamento. Supongo que debería haber tenido más cuidado.

—¿Y por qué no le dijiste a Mykal dónde estaba?

—¿Mykal? —Rolo pareció realmente sorprendido—. Pensaba que era de él de quien huías. Suponía que no querías que supiera dónde estabas. Pero no tuve más remedio que decírselo dos días después. Descubrió dónde vivía y vino a verme… —miró furtivamente a su hermana—. Me obligó a decírselo. A veces puede ponerse realmente duro.

—¿Y qué hizo cuando se lo dijiste?

—Fue a buscarte. Pero su moto salió volando por los aires…

Janis cerró un momento los ojos. Mykal había estado buscándola. Mientras a ella se le había envenenado la sangre pensando que había sido él quien la había traicionado, él la había estado buscando y había sufrido un accidente. Aquello cambiaba por completo las cosas. La felicidad que había muerto dos meses antes acababa de dar un nuevo brote. Mykal había tratado de encontrarla. ¡Aleluya!

—El caso es que ahora necesito tu ayuda —continuó Rolo—. La policía del castillo está empezando a hacer preguntas y sé que van a querer echarme de aquí. ¿Podrías decirle a la reina que no hay ningún problema conmigo?

Janis miró a su hermano, consciente de que lo que iba a hacer no iba a ser fácil. Ya no era un niño, pero aún podía ver sus rasgos de niño ocultos tras su bigote y la desagradable expresión de su rostro. Sintió que lloraba por dentro, que lloraba por la pérdida del dulce bebé que fue en otra época.

—No —dijo con tristeza—. Lo siento, Rolo. Esta vez no. Lo único que le voy a decir a la reina es que no eres de fiar.

Rolo la miró con expresión incrédula.

—Pero… no puedes hacerme eso. Somos familia.

—Todos tomamos decisiones en la vida, y tú no has tomado las correctas.

—Pero…

—Yo elijo mirar hacia delante, hacia un futuro brillante y honroso. Si tú prefieres mirar hacia un pasado de dudosa reputación para perpetuarlo, adelante, pero tendremos que despedirnos definitivamente. Será mejor que te vayas.

Rolo rogó unos minutos más y luego se enfadó, pero Janis se mantuvo firme en su terreno.

—Adiós, Rolo. Puede que algún día volvamos a encontrarnos, pero no creo que vaya a ser muy pronto.

Rolo la maldijo cuando se fue, pero Janis apenas lo escuchó. Tenía que volver cuanto antes junto a Mykal. Debía contarle lo sucedido. También debía hablarle de su familia antes de que lo hiciera algún otro, aunque, si Kylos había ido a verlo ya, probablemente ya sería demasiado tarde.

En su cama del hospital, Mykal se sentía cada vez más frustrado e impaciente. Quería seguir adelante con su vida, aunque era consciente de que aún necesitaba tiempo para recuperarse. Pero lo que más deseaba era comprender su relación con Janis. Sentía una peculiar calidez cada vez que pensaba en ella. Aunque su mente no la recordara, su corazón y su alma reaccionaban ante ella como si todo estuviera bien.

Sabía que la quería. La quería en su vida, en su cama, en su rincón. El pasado no importara. Fuera lo que fuese lo que había pasado entre ellos, lo único que tenía que hacer era mirarla al rostro para saber que podían superar cualquier cosa.

Al escuchar un ruido junto a la puerta, alzó la mirada con la esperanza de que fuera Janis. Pero era Kylos. A pesar de la decepción que experimentó, trató de que no se le notara demasiado.

—Hola —saludó—. ¿Cómo va todo?

—Bien —Kylos parecía nervioso y, antes de cruzar el umbral de la puerta, miró de un lado a otro de la habitación como si estuviera buscando algo—. ¿Sigues sin recordar nada de lo sucedido estos dos últimos años?

Mykal frunció el ceño.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada —Kylos pasó al interior y cerró la puerta a sus espaldas—. ¿Cómo te sientes?

—Bien. Tenía intención de escribir a mamá y a papá, pero aún no he podido hacerlo. ¿Puedes hacerme el favor de ponerte en contacto con ellos para decirles que les quiero y que quiero verlos, pero que deben quedarse en Florida hasta que yo les avise?

Kylos se quedó mirándolo un largo momento, hasta que se sobresaltó como si acabara de recordar que debía responder.

—Sí, claro. Yo me ocuparé de eso. No hay problema.

—Bien. No quiero que estén preocupados.

—No, claro que no —Kylos hizo una mueca de pesar—. Siento tener que hacer esto, Mykal, pero debo darte una mala noticia.

—Dispara —contestó Mykal con un encogimiento de hombros.

Kylos empezó a hablar, pero se interrumpió para buscar algo en el bolsillo de su chaqueta.

—Lo había olvidado —dijo mientras sacaba un pequeño vaso blanco con una pastilla y se la entregaba a su hermano—. La enfermera me ha pedido que te diera esto —añadió mientras servía un vaso de agua—. Creo que son unas vitaminas con las que podrás recuperarte antes.

Distraído, Mykal se tomó la pastilla sin pensárselo dos veces.

—¿Cuál es esa mala noticia? —preguntó.

Kylos sonrió como si a él acabaran de darle una buena noticia.

—Oh, sí. Es sobre tu amiguita, Janis Davos. Al parecer, ese no es su apellido auténtico.

—¿En serio? —dijo Mykal con ironía, suponiendo que Kylos se había enterado de que era su esposa.

—En serio. Se apellida Gorgonio. Max Gorgonio es su tío. Lleva un apellido que nuestra familia ha odiado durante quince años.

Mykal miró a su hermano con expresión incrédula.

—Supongo que me estás tomando el pelo…

—No. Leland, mi abogado, se ha enterado de que es hija de Andre Gorgonio, el hermano de Max. Andre murió cuando ella era pequeña y la criaron en casa de Max. Solo te digo esto por tu propio bien. Se nota que Janis te gusta y he pensado que debías saber la verdad. Me sorprende que aún no se hayan enterado en el castillo. De lo contrario, nunca le habrían dejado entrar aquí.

—No —se limitó a decir Mykal a la vez que negaba insistentemente con la cabeza, claramente anonadado por lo que acababa de escuchar. No podía creerlo. No quería creerlo.

—Mi abogado ha estado aquí esta mañana y la ha reconocido —continuó Kylos—. Estaba con su hermano Rolo, un conocido sinvergüenza —se encogió de hombros—. Uno nunca sabe qué esperar, ¿verdad?

Mykal no respondió y Kylos miró su reloj.

—Ahora tengo que irme, pero vendré a verte más tarde —estaba a punto de salir cuando se volvió de nuevo hacia su hermano—. No te sientas mal, Mykal. Perteneciendo a los Gorgonio, está claro que esa chica lleva la mentira en la sangre —añadió, y salió antes de que Mykal pudiera manifestar su indignación.



Porque estaba realmente indignado; con su propia debilidad, con su hermano, con Janis… Aquello empezaba a resultar demasiado. Era como si Janis hubiera aparecido a propósito en su amnésica vida para arruinarla aún más. ¿Qué diablos estaba pasando?

CAPÍTULO 10

Janis había guardado sus escasas posesiones en su cartera. Vestía unos pantalones y una chaqueta que le había dado Pellea, pero, aparte de eso, se iba tan ligera de equipaje como había llegado.

Tenía un plan. Apoyó una mano en su apenas abultado vientre y sonrió.

—No te preocupes, cariño —murmuró—. Para cuando se enteren de que nos hemos ido ya estaremos lejos, camino del continente. Nunca nos encontrarán.

Al llegar a la entrada de la habitación de Mykal comprobó que no había ninguna enfermera tras el mostrador y se alegró de ello. Seguro que, no tardando, empezarían a denegarle la entrada a sitios como aquel. Pero tenía una oportunidad más de ver a Mykal sin intromisiones y estaba dispuesta a aprovecharla. Entró en la habitación y vio que Mykal parecía profundamente dormido, con el brazo que tenía libre sobre los ojos.

—Mykal —susurró a la vez que apoyaba una mano en su brazo. Tenía que despedirse de él sin decirle que se trataba de una despedida—. Mykal —repitió, y a continuación se inclinó para besarlo en los labios. Pero Mykal no reaccionó. Desconcertada, y un poco asustada, lo zarandeó ligeramente por el hombro.

Mykal movió el brazo y apenas abrió los ojos.

—¿Qué pasa? —murmuró, aturdido, sin dar muestras de reconocer a Janis.

Ella lo miró atentamente. Parecía casi drogado.

—¿Estás bien, Mykal?

—¿Qué? Oh, sí —Mykal hizo verdaderos esfuerzos por mantener los ojos abiertos—. ¿Por qué sigues dándome esos analgésicos tan fuertes?

—No te estoy dando ningún analgésico.

—Alguien lo está haciendo. No puedo abrir los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—No sé. Vuelve dentro de una hora. Entonces estaré mejor —Mykal bostezó aparatosamente y un instante después volvía a estar profundamente dormido.

Janis lo contempló un momento, furiosa. A continuación, giró sobre sus talones y se encaminó al mostrador de las enfermeras. Seguía sin haber nadie, pero el libro de visitas estaba allí mismo, de manera que lo abrió para ver quién había acudido recientemente a ver a Mykal. Su propio nombre aparecía dos veces, y el de la reina Pellea y el rey Monte. El único otro nombre que había en la lista era el de Kylos. Hacía casi dos horas que había estado allí.

—Kylos —murmuró. Tenía que ser él, pero ¿por qué?

La enfermera entró en aquel momento. No sonreía. Janis le pidió que comprobara las constantes vitales de Mykal.

—Hace un rato ha venido un hombre de la guardia del castillo —dijo la enfermera mientras lo hacía—. Me ha dicho que le avisara en cuanto usted apareciera por aquí. Voy a tener que llamarlo.

De manera que todo había empezado. Alguien había informado a las autoridades sobre ella. Aunque lo esperaba, Janis sintió que su corazón se encogía.

—Le agradecería que no lo avisara aún. Quiero volver dentro de una hora para asegurarme de que, sea lo que sea que le hayan dado, sus efectos se estén pasando —miró atentamente a la enfermera—. ¿Le ha dado usted alguna medicación?

—No.

—¿Ha venido algún médico a verlo hoy?

—El cirujano a primera hora de la mañana y más tarde el fisioterapeuta.

—¿Y ninguno le ha dado nada?

—No hay nada anotado.

Janis suspiró y miró de reojo a la enfermera. ¿Avisaría a la guardia? Tal vez sí, tal vez no. Lo mejor sería no estar allí, por si acaso.

—De acuerdo —dijo finalmente—. En ese caso, me voy.

Salió de la habitación sin intención de irse muy lejos. Buscó un lugar discreto en la sala de espera, un asiento semioculto por una hilera de plantas desde el que podía vigilar la entrada. Kylos se había empeñado en mantener medicado a Mykal desde el principio. No sabía exactamente con qué fin, pero sospechaba que trataba de vender la casa y las tierras de los Marten sin que Mykal se enterara. Y ya que este no podía defenderse por sí mismo, tendría que hacerlo ella.

Ya eran más de las diez cuando apareció Kylos. Al verlo, Janis se ocultó lo mejor que pudo tras las plantas. En cuanto vio que entraba en la habitación de Mykal, lo siguió. Estaba segura de que era él quien estaba drogando a Mykal y estaba decidida a atraparlo.

Una vez más, no había nadie en el puesto de la enfermera. Janis tomó nota mental para poner un reclamación contra aquella falta de seguridad. Pero en aquellos momentos no podía pensar en ello. Se encaminó sigilosamente hasta la puerta y se detuvo a escuchar lo que sucedía dentro.

—¿Cómo te sientes, hermanito? —estaba diciendo Kylos.

—¿Qué está… pasando? —el ronco tono de Mykal reveló lo adormilado que seguía.

—Nada. Tómatelo con calma. Me alegra que sigas grogui. Así te mantendrás callado.

—¿Qué? No entiendo….

—No pasa nada. Tú mantente tranquilo.

—¿Dónde está Janis?

—¿Janis? Se ha ido. Nadie sabe adónde.

—¿Qué?

—La enfermera me ha dado otro par de pastillas de vitaminas para ti. Voy a dártelas con un vaso de agua…

Janis abrió la puerta en aquel momento, furiosa.

—Deja esas pastillas y apártate de mi marido.

—¿Tu qué? —dijo Kylos, estupefacto.

—Dame de inmediato esas pastillas —Janis aprovechó el desconcierto de Kylos para quitarle las pastillas de las manos—. ¿Cómo has sido capaz de hacer algo así? —se inclinó sobre Mykal a la vez que pulsaba el botón para avisar a la enfermera. ¿Cómo era posible que hubiera vuelto a dormirse en aquellas circunstancias?



—No sabes de qué estás hablando —dijo Kylos, aunque ya se estaba retirando de espaldas hacia la puerta. De pronto se detuvo y una expresión de picardía cruzó su rostro—. Puede que creas que Mykal es tu marido, pero eso no durará mucho. Le he revelado que eres una Gorgonio, y creo que eso ha sido la gota que ha colmado el vaso para él.

Janis trató de ignorar lo que estaba escuchando, pero era consciente de que a Mykal no le haría ninguna gracia enterarse de aquello. Precisamente por eso tenía que irse.

—Vamos, Janis. Sabes muy bien que la familia real nunca aceptaría a un Gorgonio —Kylos movió la cabeza y sonrió. Por algún motivo que se le escapaba a Janis, ya no parecía ansioso por salir de la habitación.

Cuando entró la enfermera, se quedó mirándolos con el ceño fruncido.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

—Acabo de atrapar a esta mujer tratando de dar a mi hermano las pastillas que tiene en la mano. Creo que deberían arrestarla.

—En realidad es al revés —dijo Janis con toda la calma que pudo—. Le he atrapado tratando de drogar a Mykal. Haga el favor de llamar a la guardia del castillo.

La enfermera los miró un momento antes de descolgar el teléfono y llamar a la guardia.

—Alguno de los dos miente, y no sé cuál es. Pero es a usted a quien buscaban antes, y él es el hermano del paciente —dijo a la vez que señalaba a Kylos—, de manera que voy a tener que aceptar su palabra.

—¡Pero no puede creerlo a él!

—Tú eres la única que está fichada, nena —dijo Kylos con una sonrisa de suficiencia—. Lo sabemos todo sobre ti. Acabas de pasar una temporada en prisión, ¿no?

—En una prisión Granvilli —aclaró Janis, y se volvió hacia la enfermera con expresión desesperada—. Escúcheme, por favor. Puede que no me crea, pero asegúrese de que pongan esta habitación bajo vigilancia.

El guardia entró en aquel momento y sus ojos se iluminaron al ver a Janis.

—La estábamos buscando, señorita. Tiene algunas preguntas que responder.

—Iré donde usted quiera y contestaré a todas sus preguntas, pero ponga un vigilante en la puerta, por favor. Y no permita que ese hombre vuelva a acercarse a Mykal.

Nadie le prometió nada y dos guardias que esperaban afuera la escoltaron hasta una anticuada prisión que utilizaban para aquellas circunstancias.

Al menos les había advertido sobre Kylos, se dijo Janis, una vez encerrada en la celda. Aquello era lo más que podía hacer en aquellos momentos. Si pudiera hablar con Pellea…

—¿Puede pedirle a la reina que me llame? —preguntó al joven vigilante de la prisión.

—¿A estas horas de la noche? Supongo que estará bromeando —dijo el vigilante, pero, al ver la desesperada expresión de Janis, añadió—: Puedo darle una hoja de papel para que escriba una nota. Me aseguraré de que su doncella la reciba a primera hora de la mañana.

El principal objetivo de Janis era asegurarse de que Mykal estaba a salvo. El segundo era salir del castillo antes de que Pellea se diera cuenta de que estaba embarazada. En cuanto los miembros de la familia real se enteraran de aquello, y de que estaba casada con Mykal, nunca le permitirían salir de allí.

A la mañana siguiente, Janis acababa de tomar el frugal desayuno que le dieron cuando llegó Pellea.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la reina con brusquedad—. ¿Te importaría darme una explicación?

Janis notó que la mirada de Pellea carecía de su habitual calidez, pero se encaró con ella resueltamente, dispuesta a explicárselo todo. Le habló de sus sospechas sobre las intenciones de Kylos, de que este estaba ocultando a Mykal la muerte de sus padres para tratar de vender la casa, y de que, para evitar que hiciera preguntas incómodas, lo estaba manteniendo drogado desde el principio.

—Tenía que hacer algo y he conseguido atraparlo con las manos en la masa —concluyó.

—Él dice que te ha atrapado a ti haciéndolo —dijo la reina con frialdad.

—Pero no es cierto.

—¿Y es cierto que Max Gorgonio es tu tío?

Janis sintió que se le caía el alma a los pies. Aquel era el golpe de gracia.

—Sí —susurró a la vez que bajaba la mirada.

—¿Y es cierto que te criaste en su casa, junto a su familia?

—Sí —Janis se armó de valor para volver a mirar a la reina a los ojos—. Pero eso no tiene nada que ver con esto.

—Lo siento, Janis, pero no puedo limitarme a aceptar tu palabra —dijo la reina con severidad—. No debería haber permitido que te quedaras aquí. Lo sucedido es culpa mía.

Janis sintió el picor de las lágrimas en sus ojos.

—Yo… lo siento.

Pellea no sonrió.

—Tendré que examinar todo este asunto atentamente. Cuídate. Haré que te tengan al tanto de cómo van las cosas —añadió antes de volverse para salir.

Janis contempló cómo se alejaba. Cuando la puerta se cerró tras las espaldas de la reina, las lágrimas que había contenido comenzaron a rodar por su rostro.

Tras visitar a Janis en la cárcel, la reina acudió a la habitación de Mykal.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con delicadeza, por si estaba dormido Mykal abrió un solo ojo y gruñó.

—Me siento como si tuviera una resaca terrible. O eso, o alguien me ha pegado una paliza durante la noche. ¿Qué ha pasado?

—Eso he venido a averiguar.

Mykal volvió a cerrar los ojos.

—De acuerdo. Avísame cuando sepas algo —murmuró.

—Alguien te drogó ayer. La enfermera te ha hecho unas pruebas y ha comprobado que es cierto. ¿Quién crees que pudo hacerlo? —preguntó Pellea.

—No sé… ¿El médico?

—No —dijo Pellea con impaciencia—. Recibiste varias visitas, incluyendo la de Janis y la de tu hermano. ¿Crees que alguno de ellos puede tener interés en que estés fuera de circulación?

Mykal frunció el ceño.

—No lo sé.

Pellea suspiró.

—De acuerdo. Volveré dentro de un rato para ver si estás más despejado. Te tendré al tanto de lo que averigüe —palmeó cariñosamente la mejilla de Mykal—. Tú duerme y descansa.

Mykal gruñó. Estaba harto de dormir y descansar. De todos modos, cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, unas dos horas después, había un abogado sentado junto a la cama revisando unos papeles y diciéndole cosas que apenas entendía. Se llamaba Dreyfer y acababa de comunicarle que lo había enviado Janis.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Está seguro de que era Janis?

—Sí. Ella piensa que puede convenirle tener un representante legal, alguien que lo apoye.

Mykal miró de frente mientras trataba de comprender qué estaba pasando.

—Se va, ¿no? —murmuró.

—Creo que dijo que tenía asuntos de los que ocuparse.

—Debería estar aquí, ocupándose de mis asuntos. En lugar de ello, lo ha enviado a usted —Mykal arrugó de nuevo el ceño—. No es buena señal.

—Janis es una joven brillante, pero dudo que entienda de asuntos legales.

—Puede que no entienda de asuntos legales, pero sabe lo que necesitamos mejor que usted. No pretendo ofenderlo, pero Janis es mi esposa y me temo que pretende irse para facilitarme las cosas.

El abogado se fue tras asegurarle que volvería al día siguiente, cuando se encontrara más recuperado. Mykal permaneció pensativo en la habitación hasta que la enfermera acudió a cambiarle los vendajes. Cuando se apartó de él para ver qué tal habían quedado, Mykal se fijó en la bolsa de Janis, que se encontraba en una esquina de la habitación. Debía de habérsela dejado allí, pero ¿cuándo?

Aquello tenía que significar que aún no se había ido del castillo, que no lo había abandonado. Si lograra reunir las fuerzas suficientes, podría ir tras ella.

—¿Puede decirme si Janis ha venido a visitarme hoy? —preguntó a la enfermera, cuya expresión cambió dramáticamente.

—Eh… no, señor. Pensaba que lo sabía. Anoche la atraparon.

—¿Cómo que la atraparon? —preguntó Mykal, repentinamente alerta.

—Según tengo entendido, le estaba suministrando medicamentos para mantenerlo dormido…

—¿Qué? —aquello era absurdo. Ridículo. La enfermera tenía que estar bromeando—. ¿Qué?

—Su hermano la atrapó haciéndolo —contestó la enfermera, muy satisfecha—. Pero no se preocupe; ya la han metido en la cárcel —sonrió—. Entretanto, tenemos órdenes de asegurarnos de que nadie entre en la habitación sin un testigo —añadió antes de salir.

¿Janis lo estaba drogando? Imposible. Alguien tenía que haberse inventado aquella historia. Janis nunca le haría algo así. Tenía sus momentos… como cuando husmeó entre sus papeles en busca de algo de información para su hermano. Pero, aparte de eso, ¿qué otra cosa había hecho para enfadarlo? Nada.

Cerró los ojos y empezó a recordar cosas… Janis en biquini, saltando al agua, Janis cocinando pizza y quemándola, Janis entre sus brazos, haciéndole creer que estaba haciendo el amor con un ángel, un ángel muy sexy, con unos pechos perfectos, hechos para sus manos, y una piel suave como miel con mantequilla…

Abrió los ojos de repente. Acababa de recuperar la memoria.

—¡Enfermera! —exclamó a la vez que se arrancaba la vía intravenosa—. Tengo que salir de aquí.

Comprobó con alivio que llevaba unos pantalones de pijama en lugar de la típica bata de hospital. No tenía la parte superior, pero eso no importaba. Tampoco tenía calzado… ni tiempo para encontrarlo.

—¡Señor! —la enfermera acudió rápidamente a la cama para tratar de detenerlo—. ¿Qué hace? No puede salir así…

—Ah, ¿no? Míreme.

—Pero no puede hacer eso… ¡Está a punto de ser nombrado príncipe!

—Tengo que hacerlo —Mykal apartó a la enfermera de su lado con toda la delicadeza que pudo—. Y ahora, dígame cómo llegar a la cárcel del castillo.

En cuanto la enfermera balbuceó la dirección, Mykal salió a toda prisa de la habitación. Le habría gustado correr, pero sabía que debía contenerse, lo que no le impidió andar todo lo rápido que pudo. Por la reacción de las personas junto a las que pasaba, debía de ser todo un espectáculo caminando semidesnudo por los pasillos del castillo. Pero le daba igual. Tenía que encontrar a Janis antes de que pasara un minuto más encerrada.

Cuando entró en la zona de los calabozos, los dos agentes a cargo se quedaron asombrados al ver quién era… y cómo iba vestido.

—He venido a por mi esposa —dijo, sin preámbulos—. Denme la llave.

—Me temo que no podemos hacer eso…

—¡Ahora! —bramó Mykal antes de seguir la inevitable mirada que los agentes dirigieron hacia donde colgaba la llave.

Sin darles tiempo a reaccionar, fue a tomarla, y, un instante después avanzaba por el pasillo hasta la celda que ocupaba Janis, que ya se estaba preguntando a qué vendría todo aquel jaleo.

—¡Mykal! —exclamó la verlo—. ¿Se puede saber qué haces aquí? ¡Vas a hacerte daño! —añadió, aunque no pudo evitar sonreír al ver el aspecto que tenía.

—Vengo a por mi mujer —dijo él con firmeza.

—No puedes hacer esto —protestó ella, feliz.

—¿En serio? —preguntó Mykal mientras abría la puerta—. ¿Y qué ventaja tiene pertenecer a la realeza si ni siquiera puedo rescatar a mi esposa? —abrió los brazos de par en par—. Venga; vámonos de aquí.

Janis voló a sus brazos y lo estrechó con delicadeza entre los suyos.

—No creerás que te estaba drogando, ¿no? —preguntó mientras Mykal enterraba el rostro en su pelo.

—Claro que no. Y, aunque lo hubieras estado haciendo, seguro que habría sido por algún buen motivo.

Aquello hizo reír de nuevo a Janis mientras salían de la cárcel ante la mirada de los atónitos guardias. Apenas se fijó en que Pellea los aguardaba a la salida, pues estaba demasiado ocupada prestando toda su atención a Mykal. Unos momentos después se encontraban en un jardín, besándose como solían hacerlo antes de que ocurriera todo aquello. Los pájaros cantaban, el sonido de las fuentes que los rodeaban era música para sus oídos, el aroma a rosas invadía el aire…

—¿No es este el jardín de las habitaciones de Pellea? —preguntó, aturdida.

—Sí. Espera aquí. Tengo que hacer algunas llamadas.

Janis suspiró mientras se sentaba en un suntuoso sofá. Hacía solo unos minutos estaba sentada en el catre de una celda, y ahora se encontraba en las habitaciones privadas de la reina. Mykal sí que había acudido en su rescate en aquella ocasión.

Mykal regresó un rato después y se sentó en el sofá junto a ella.

—Pellea me ha dicho que nos sintamos como en nuestra casa —dijo mientras tomaba a Janis entre sus brazos—. Sabe que necesitamos tiempo para hablar, y tardará varias horas en volver.

—Horas —murmuró Janis mientras frotaba el rostro contra el pecho desnudo de Mykal—. Horas para abrazarnos. Esto es el paraíso —alzó la mirada hacia el rostro de Mykal—. ¿Sabes ya que era Kylos el que te estaba drogando?

—Sí. Y creo saber por qué. Parece que he recuperado la memoria.

—¡Oh! —Janis rio—. ¿Recuerdas cómo eran las cosas cuando estábamos juntos?

Mykal asintió, sonriente.

Janis dejó de sonreír.

—¿Y recuerdas lo que hice?

—Tú misma me lo contaste —Mykal la abrazó con fuerza—. Lo recuerdo todo —añadió con voz ronca—. Y ahora que te he recuperado, no pienso dejarte ir nunca más —se inclinó para besarla y Janis sintió que se derretía.

—Espera —dijo, esforzándose por aclarar algunas cosas antes de entregarse a la pasión y el placer—. ¿Has dicho que ya sabías por qué te estaba drogando Kylos?

—He recuperado la memoria, Janis. Antes de conocerte ya sabía que mis padres habían muerto. También sabía que me lo habían dejado todo en su testamento para que hiciera lo que me pareciera más oportuno. Pero cuando sufrí el accidente y perdí la memoria, Kylos y su amigo abogado, el tal Leland, creyeron que había llegado su oportunidad. Alteraron el testamento y estaban tratando de vender las propiedades antes de que me recuperara. Cuanto más tiempo estuviera sedado, más oportunidades tendrían de salirse con la suya.

—¡Tu propio hermano! Es increíble…

—Sí. Supongo que todos tenemos algún miembro en la familia que preferiríamos que desapareciera.

Janis miró a Mykal a los ojos. Ya debía de estar al tanto de sus lazos familiares con los Gorgonio, y, sin embargo, no parecía importarle. ¿Cómo podía ser tan afortunada? Suspiró y asintió.

—¿Qué va a pasarles?

—Me temo que ambos tendrán que ser juzgados. Solo espero que Kylos aprenda esta vez la lección —Mykal besó a Janis en la nariz—. Pero ya hemos hablado lo suficiente sobre él. Ahora quiero explicarte por qué no pude hacer nada para rescatarte.

—Lo cierto es que no dejé de preguntármelo…

—Es lógico. Fue un día terrible. Me enfadé mucho contigo y dije algunas cosas horribles, algo de lo que me arrepentí de inmediato. Casi me vuelvo loco. Te busqué por todas partes y nadie sabía dónde estabas. Finalmente, alguien me dijo dónde vivía Rolo y acudí de inmediato a verlo. Me dijo que había visto cómo te detenía la policía secreta. Supuse que te enviarían al campo de prisioneros, de manera que me quité el anillo de bodas, monté en mi vieja moto y salí a toda prisa a buscarte.

—¿Por qué te quitaste el anillo? —preguntó Janis, curiosa.

Mykal sonrió y la estrechó contra su costado.

—Quería demostrarte que mi compromiso contigo era más fuerte que mi trabajo, mi patriotismo, que cualquier otra cosa en el mundo. Tú eres lo único que me importa, Janis, y vamos a permanecer juntos a lo largo de todas estas tonterías de la realeza. Nada volverá a separarnos.

Janis movió la cabeza, aún preocupada.

—Me temo que hay demasiadas cosas en nuestra contra…

¿Por ejemplo?

—Mi traición. Puedes decir que estás dispuesto a ignorarla, pero siempre seguirá entre nosotros. Además, he estado en prisión. ¿Cuántos miembros de la realeza han estado en la cárcel? También está el hecho de que me crié en el seno de la principal familia mafiosa del país, que estuvo a punto de arruinar a tus padres adoptivos. ¿Cómo va a aceptar alguien que quieras seguir conmigo a pesar de todo eso?

Mykal movió la cabeza burlonamente.

—Y también está el bebé.

Janis asintió con gesto preocupado.

—Oh, sí. El bebé.

Mykal sonrió y cubrió el vientre de Janis con su gran mano.

—No puedo renunciar a mi bebé.

—Aunque la familia real no me acepte, temo que quieran de todos modos al bebé, y no puedo dejarlo contigo.

—No te irás dejando al bebé conmigo porque yo tampoco estaré aquí. Si tú no puedes quedarte, yo tampoco —dijo Mykal con firmeza—. Iré donde tú vayas.

Estaba dispuesto a renunciar a su puesto en el castillo por ella. Janis pudo verlo en su rostro. Lo amaba más que a nada en el mundo, y empezaba a creer que tal vez podían salir adelante.

—Oh, Mykal. ¿Estás seguro?

—Si esta familia real no puede aceptarme con una esposa como tú, tampoco podrá contar conmigo. Es tan sencillo como eso.

Janis lo rodeó con los brazos por el cuello.

—Te quiero tanto…

Mykal se contrajo de dolor. Aún tenía aquellas heridas en la espalda. Pero no dejó que Janis lo notara. En aquellos momentos, lo único que le importaba era que se sintiera feliz.

—Yo lo doblo… —dijo con voz emocionada mientras la atraía hacia sí— porque tengo dos a los que amar.



FIN